



Nuevo Topo
Revista de historia y
pensamiento crítico

ISSN 1669-8487



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

N° 8 - Setiembre/Octubre de 2011

Nuevo Topo

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

Consejo Editorial

Omar Acha - Universidad de Buenos Aires / **Ezequiel Adamovsky** - Universidad de Buenos Aires / **Hernán Apaza** - Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe / **Alejandro Belkin** - Universidad de Buenos Aires / **Lucía Brienza** - Universidad Nacional de Rosario / **Hernán Camarero** - Universidad de Buenos Aires / **Gustavo Nicolás Contreras** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Gabriel Di Meglio** - Universidad de Buenos Aires / **Silvana Ferreyra** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Juan Grigera** - Universidad Nacional de La Plata / **Carlos Miguel Herrera** - Universidad Cergy-Pontoise, Francia / **David Mayer** - Universidad de Viena, Austria / **Agustín Nieto** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Pablo Pérez Branda** - Universidad Nacional de Mar del Plata / **Ariel Petruccelli** - Universidad Nacional del Comahue, Neuquén / **Laura Rodríguez Agüero** - Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza / **Agustín Santella** - Universidad de Buenos Aires / **Pablo Scatizza** - Universidad Nacional del Comahue, Neuquén / **Gabriela Scodeller** - Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza / **Luciana Seminara** - Universidad Nacional de Rosario.

Nuevo Topo es una publicación independiente, de periodicidad anual, dedicada al estímulo y difusión de la producción intelectual en el campo de la historia, las ciencias sociales y el pensamiento crítico en general. Son bienvenidas todas las contribuciones tendientes a construir un puente entre el conocimiento de la sociedad y sus transformaciones.

La responsabilidad de los artículos publicados con firma es exclusiva de sus autores/as.

Para suscripciones, correspondencia y toda otra información, dirigirse a nuestro e-mail: revistanuevotopo@yahoo.com.ar - Nuestro blog: <http://nuevotopo.wordpress.com/>
ISSN 1669-8487

Distribución: Prometeo Libros, 2011.

Pringles 521 (C11183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

info@prometeolibros.com

www.prometeolibros.com

www.prometeoeditorial.com

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Índice

5 **Presentación**

Dossier:
**Política, sociedad y economía
en América Latina actual**

- 9 Crisis y recuperación económica en América Latina, análisis alternativos por Rolando Astarita
- 21 Identificaciones populares, populismo y democracia por Sebastián Barros
- 39 Izquierda libertaria y “gobiernos populares”: varios puentes, no pocos precipicios. Pensando en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela por Pablo Stefanoni
- 55 Tres explicaciones sobre el kirchnerismo, y una apostilla socialista por Omar Acha
- 71 Habitar todas las subalternidades. Políticas de representación del subalterno o desde dónde leer el mundo contemporáneo por Karina Bidaseca

Dossier:
Reflexiones sobre la divulgación histórica

- 91 Historia, divulgación y valoración del pasado. Acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento por Ezequiel Adamovsky
- 107 Wolf, el lobo. Observaciones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica por Gabriel Di Meglio

- 121 Entre el *qué*, el *por qué* y la hegemonía de la lógica *billikeneana*.
Algunas reflexiones sobre la difusión de la historia
por Pablo Scatizza

Artículos

- 133 Un aporte al debate teórico sobre la burocracia sindical
por Agustín Santella

Perfiles

- 149 New Left Review (1960-)
por Juan Grigera

Crítica de libros

- 157 Julio E. Vezub, *Valentín Saygüequé y
la Gobernación Indígena de Las Manzanas*
por Florencia Carlón

- 159 Javo Ferreira, *Comunidad, indigenismo y marxismo*
por Alejandro M. Schneider

- 163 **Números anteriores de *Nuevo Topo***

- 165 **Normas de publicación**

Presentación

Este número de *Nuevo Topo* está integrado por cinco núcleos temáticos que abordamos en la persistencia de nuestras preocupaciones de siempre: la historia, la crítica y la política.

El “dossier” sobre la política en América Latina actual provee algunos materiales para la polémica y la reflexión en torno de una era de novedades y contradicciones en el subcontinente. Desde luego, el conjunto es heterogéneo y arriesga temas en diversas direcciones. En modo alguno representa una postura única, pues tanto quienes aceptaron escribir en él, como nuestro Consejo Editorial, sostienen posiciones encontradas al respecto. Como sea, queríamos así introducir una pulsación del presente en las modulaciones ideológicas que laten, manifiestas o encubiertas, en el quehacer de las investigaciones aparentemente más desapasionadas. Sabemos que torrentes de historicidad y praxis se vierten en diferentes zonas de América Latina en nuestros días, y nos interesa situar esa contingencia en una vocación de comprensión sobre qué sucede y qué hacer.

En segundo lugar, otro “dossier” aborda cuestiones relativas a la “divulgación” de la producción de conocimientos históricos. El asunto es de particular interés para quienes, como este colectivo editor, nos hallamos en una condición peculiar donde la circulación académica de textos no agota nuestros intereses de saber y de efectividad pública. Desde su aparición, *Nuevo Topo* se quiso un órgano de inquietudes excedentarias de la maquinaria universitaria, a la que de alguna u otra manera pertenecemos, pero de la que no constituimos —o no deseamos ser— un mero apéndice.

En tercer lugar, la sección “Artículos” contiene un solo ensayo que, sin embargo, persiste en el debate que habíamos abierto en nuestro número precedente alrededor de la “burocracia sindical”, un tema candente para la definición de una cultura de la organización obrera autónoma. Es una discusión que tendrá nuevos capítulos atizados por los formidables problemas que plantea la democracia sindical y, más allá de ella, una potencial democracia socialista.

La sección “Perfiles” introduce una innovación. Hasta este número habíamos dedicado la misma a intelectuales sobre los que deseábamos plantear alguna posición, algún debate. En este caso, con el mismo espíritu encaramos una revisión de la trayectoria de la *New Left Review*, un precedente siempre en el horizonte de las publicaciones periódicas de izquierda. Sin embargo, ese

precedente no deja de ser problemático y discutible. Toda revista es una empresa perecedera, lo sabemos muy bien. Pero también es una apuesta que se obstina en pronunciar palabras ante la fuerza de los hechos.

Finalmente, en la sección “Crítica de libros” introduce dos ensayos de revisión sobre recientes publicaciones relacionadas con la historia y el presente de la presencia de los pueblos originarios, en el pasado y en el presente de América Latina. De alguna manera así cerramos un círculo de preocupaciones sobre el presente y porvenir del subcontinente pleno de esperanzas en el que nos toca vivir y actuar.



Dossier:

POLÍTICA, SOCIEDAD
Y ECONOMÍA
EN AMÉRICA LATINA
ACTUAL



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Crisis y recuperación económica en América Latina, análisis alternativos

Rolando Astarita¹

Durante buena parte de la primera década del siglo XXI, América Latina ha tenido un elevado crecimiento económico, y mejoraron muchos indicadores sociales. Esto ha dado lugar a un debate en la izquierda acerca de la naturaleza de esta mejora, y la actitud a tomar ante los gobiernos que están al frente de estas economías, en especial ante aquellos que se proclaman de izquierda, o progresistas. En este trabajo analizo la cuestión desde la teoría de Marx. Empiezo con algunos datos sobre la evolución de las economías latinoamericanas en la década.

Las economías latinoamericanas en los 2000

Desde 2003 a 2008 las economías de América Latina y del Caribe experimentaron un crecimiento promedio del 4,7% anual; en 2010 fue del 6,1%, luego de la caída del 1,7% en 2009 (FMI, 2011). Entre 2005 y 2010 el PBI por persona en América Latina creció al 2,7% anual. Entre 2004 y 2008 la formación bruta de capital fijo aumentó a una tasa anual del 11,6% anual, frente a una caída del 3,3% entre 2000 y 2002 (CEPAL, 2009). La productividad en la industria y la agricultura, que estaba aumentando desde los noventa, continuó creciendo también en el promedio de América Latina (ver más abajo). En 2010 el desempleo se ubica en el 7,8%, cuando en 2002 superaba el 11% (CEPAL, ídem).

Acompañando al crecimiento, en esta década unas 40 millones de personas –la población de América Latina es de 580 millones– salieron de la pobreza. La pobreza en 2007 alcanzaba el 34,1% de la población, contra el 40,5% en 1980 y el 44% en 2002. La indigencia en 2007 era del 8,1%, contra el 18,6% en 1980 y el 19,4% en 2002 (CEPAL, 2008). Paralelamente, y aunque no puede interpretarse como un cambio significativo de los patrones prevalecientes en la región,

¹ Docente de Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA, y de la Universidad Nacional de Quilmes. E-mail: rastarita@gmail.com.

disminuyó la desigualdad de los ingresos en varios países. Entre 2002 y 2007 el 40% de los hogares con menores ingresos incrementaron por lo menos un punto porcentual su participación en el ingreso total en Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, El Salvador, Nicaragua, Panamá, Paraguay y Venezuela (el máximo es Venezuela, con cuatro puntos). A su vez el ingreso del 10% más rico se redujo en esos países entre cuatro y cinco puntos porcentuales (con excepción de Paraguay). Aunque en Colombia, Costa Rica, Ecuador, Perú, México y Uruguay no hubo alteraciones, en promedio la desigualdad disminuyó en la región con respecto a los años anteriores a 2002. Aunque, es importante destacarlo, *es apenas menor que en 1990*. En 2007 el coeficiente Gini era 0,515 y en 1990 se ubicaba en 0,532 (CEPAL, 2008).

Además, la mayoría de los países pasaron a tener superávit en sus balanzas comerciales, favorecidos por la expansión del mercado mundial, el incremento de la productividad (en particular en la agricultura) y la mejora de los términos de intercambio. En 2001 la región tenía un déficit en cuenta corriente equivalente al 2,6% del PBI; en 2003 pasó a ser positivo, y se mantuvo positivo hasta la crisis de 2009. El índice de términos de intercambio de bienes se ubicaba en 121,5 en 2008, contra 100 en 2000. El índice del poder de compra de las exportaciones de bienes de la región era 171,1 en 2008, contra 100 en 2000. Como resultado de la mejora de las cuentas externas y fiscales, en prácticamente toda la región disminuyó el nivel de endeudamiento. La deuda externa como proporción del PBI bajó, en América Latina, del 36,4% en 2001 al 18,7% en 2008 (CEPAL, 2010).

Interpretaciones divergentes

Esta mejora de los indicadores económicos y sociales resultó inesperada para la izquierda “catastrofista”, esto es, para aquella que sostuvo durante años que el sistema capitalista en América Latina estaba agotado, y solo podía generar más miseria, hambre y desocupación. Sin embargo esta visión pareció encajar muy bien con lo que sucedía en América Latina en la década de 1980, y durante el período que va de 1990 a 2003, signado por algunas expansiones, pero interrumpidas por crisis profundas y depresiones. Por aquellos años bastaba con mostrar cómo crecían la miseria, la desocupación, la polarización social o la precarización del empleo, para mantener una posición crítica frente al capitalismo, al menos en América Latina. En este punto había, además, una coincidencia con la izquierda nacional y popular, que se oponía a las reformas neoliberales, aunque con un enfoque algo distinto. Es que las corrientes nacionales atribuían los males y sufrimientos que padecían los pueblos latinoamericanos a los programas neoliberales, y

a la hegemonía del capital financiero y especulativo. La izquierda nacionalista no planteó que se asistiera por entonces a la “crisis crónica”, o final, del capitalismo, pero en cualquier caso ambas corrientes coincidían en rechazar a los gobiernos que aplicaban las políticas de “ajuste”, aperturas comerciales y liberalización de los mercados. En síntesis, según la izquierda radical, que se reivindicaba del marxismo, el neoliberalismo era la quintaesencia del capitalismo senil, con su hegemonía del capital financiero y parasitario. Y de acuerdo a la izquierda nacional, el neoliberalismo era el producto del triunfo circunstancial de la fracción de derecha, antinacional y financiera, de las burguesías latinoamericanas. Esto explica que cuando sobrevino la recuperación económica, *ambos enfoques colisionaron*. Por el lado de la izquierda radical, el crecimiento de América Latina a partir de 2003 fue un acontecimiento casi imposible de encajar en los esquemas a los que estaba habituada. De ahí que haya una permanente necesidad de destacar las continuidades —sigue habiendo hambre, desocupación, atraso, etc.— y de disimular los datos de las mejoras. ¿Cómo puede ocurrir que bajen la desocupación o la pobreza, si el capitalismo está en su etapa senil? Para las corrientes del pensamiento nacional, en cambio, la recuperación se explica por lo político. A la hegemonía del neoliberalismo, sostienen, le ha sucedido el ascenso de las fracciones nacionales e industrialistas de las burguesías latinoamericanas, y esto explica el crecimiento económico, las mejoras de salarios y la caída de la pobreza. Son los pueblos los que han desplazado a la derecha neoliberal, y los gobiernos industrialistas reflejan este avance. De ahí el énfasis en que “la política ha recuperado su lugar, por sobre la economía”. Este argumento plantea, además, otro problema para la izquierda radical, ya que ésta venía caracterizando que los trabajadores y los pueblos habían encarado, entre fines de los años noventa y comienzos de la nueva década, una ofensiva revolucionaria. ¿Cómo es posible que todo siga más o menos igual, si había grandes triunfos? De aquí también la inclinación, por parte de la izquierda radical, a atribuir el apoyo de los trabajadores a gobiernos como los de Lula, Tabaré o Kirchner, a una confusión, o al engaño de las clases dominantes.

Naturalmente, entre estas posiciones polares hay muchas intermedias. Por ejemplo, marxistas que se convirtieron en partidarios de la corriente nacional, y variantes semejantes. Y también existe una fracción del pensamiento nacional que afirma que los gobiernos “progresistas” no tienen nada de efectivamente progresista, ya que continúan lo esencial de las orientaciones neoliberales. Sin embargo, las líneas fundamentales se reparten según lo explicado. Por otra parte, desde el punto de vista de la táctica política, la izquierda nacional “no catastrofista” sostiene que hay que centrarse detrás de los gobiernos y partidos que están al frente de estos procesos progresistas e industrialistas, porque la derecha y el imperialismo quieren volver a los noventa. Según esta visión, la estrategia de la

derecha y el imperialismo es el golpe militar. ¿Cómo podrían triunfar si no es con un golpe militar, dado el clima de conformidad de los pueblos con sus gobiernos progresistas?

Puestas así las cosas, la izquierda radical señala que los gobiernos de Lula, Kirchner, Bachelet, Evo, etc., son burgueses. La izquierda nacional más izquierdista, y algunos marxistas que la acompañan (táctica del “frente unido”), responden que sí, que son burgueses, pero son mejores que los gobiernos de los ochenta o noventa, y por lo tanto hay que apoyarlos. Llegado a esta instancia, el debate queda empantanado.

Análisis alternativo basado en Marx

Frente a las posiciones anteriores defendiendo un enfoque alternativo, basado en Marx, que rechaza tanto la tesis catastrofista, como la explicación “politicista” de la recuperación económica en América Latina. Este enfoque afirma que el modo de producción capitalista atraviesa periódicamente por crisis de acumulación, durante las cuales aumentan la desocupación, el hambre y la miseria de los trabajadores y de las masas populares. Pero admite también que estas crisis, *por sí mismas*, no llevan a la desaparición del capitalismo. Si la clase obrera no acaba con la propiedad privada y el Estado, *el capital finalmente logra imponer las condiciones necesarias para la acumulación*. Esto se debe a que durante la crisis bajan los salarios, se disciplina la fuerza del trabajo, cierran las fracciones menos productivas del capital, se acelera la centralización de los capitales, y finalmente retoma la acumulación. Se abre así una fase de ascenso, durante la cual desciende la desocupación, los salarios recuperan el terreno perdido (o parte del mismo), y mejoran los indicadores sociales. De manera que si el ciclo alcista se prolonga, la clase trabajadora, o sectores importantes de ella, acceden a bienes de consumo que en otras épocas le estaban vedados. Además, el aumento de la productividad y el desarrollo de las fuerzas productivas tienden a mejorar el nivel de vida de los explotados.

Crisis estructural, explotación y recuperación económica

Lo ocurrido en América Latina se explica por esta dinámica de crisis, ofensiva del capital sobre el trabajo, restablecimiento de las condiciones necesarias para la acumulación — particularmente aumento de la rentabilidad del capital — y recuperación económica. Solo que en este caso no se trata de un ciclo “normal” de negocios, *sino de una larga crisis estructural, que estuvo asociada a la crisis*

de la industrialización por sustitución de importaciones, y a la mundialización intensificada del capital que le sucedió. En términos generales, la década de 1980 fue de crisis y retroceso en América Latina. La década siguiente, en cambio, no fue solo de caída y retroceso; ni tampoco fue un período de mera especulación financiera y parasitismo, como piensa buena parte de la izquierda, tanto radical como nacionalista. Es que en los noventa se implementaron políticas contrarias a los trabajadores, y aumentaron la desocupación y la precarización laboral, pero también *hubo dos fases de expansión de las economías latinoamericanas, así como empezó a aumentar la inversión y la productividad.* Entre 1990 y 1994 América Latina creció a una tasa del 4,1% anual. Este crecimiento fue interrumpido por la crisis del Tequila, en 1995, año en que la economía latinoamericana aumentó solo el 1,1%. Luego se recuperó, y entre 1996 y 1998 América Latina creció al 3,8% anual; para hundirse en la crisis de 1999-2002, cuando solo crece el 1% anual de promedio. Por otra parte, y según datos del Banco Interamericano de Desarrollo, la productividad en la industria comenzó a mejorar desde inicios de los noventa. De conjunto aumentó, en América Latina, en la industria, al 2% anual entre 1990 y 2005. Si bien es un incremento menor que el registrado en Asia del Este (3,5%) y los países desarrollados (2,2%), fue significativamente mayor que entre 1975 y 1990, cuando descendió al 0,9% anual. Más elevada aún fue la tasa de aumento en la productividad de la agricultura. Entre 1990 y 2005 se incrementó al 3,5% anual, a la par de los países desarrollados; entre 1975 y 1990 había crecido al 1,8%. Si bien los niveles de productividad siguen siendo inferiores a los de los países avanzados, hubo una recuperación (a excepción del sector servicios, donde la productividad se mantuvo estancada). En lo que respecta a la inversión, entre 1993 y 2001 su participación en el PBI se ubicó en el 19,7%. Y la formación bruta de capital creció a una tasa anual del 8,7% entre 1990 y 1994; y del 4,9% anual entre 1995 y 1998, para hundirse entre 1999 y 2003, cuando disminuyó al 1,5% anual (CEPAL; la variación anual se calcula sobre la base de dólares constantes de 2000).

Paralelamente aumentó la desocupación. En primer lugar, porque se incorporaron muchas mujeres y jóvenes al mercado laboral. También por la incorporación de tecnología, y la intensificación y extensión del trabajo (los trabajadores con empleo realizan sobretrabajo, en un mar de desocupados). A esto se sumó la reducción del empleo estatal. La participación de los trabajadores en el sector público bajó durante los noventa, en promedio (para países con información disponible) del 28 al 21% (Contreras y Gallegos, 2007). La caída del empleo estatal fue producto de la reducción del gasto social (en educación, salud, inversiones públicas), y de la “racionalización” (los que conservan el empleo tienen que trabajar a mayor ritmo). Todo esto explica que entre 1990 y

2003 el promedio ponderado de la tasa de desempleo en América Latina y el Caribe aumentara de 7,2% al 10,5% (CEPAL, 2002-2003). La desocupación debilitó la capacidad de resistencia del movimiento sindical frente al capital. De todas maneras, la pobreza y la indigencia disminuyeron durante la década. La pobreza bajó desde el 48,3% en 1990 al 43,8% en 1999; en ese lapso la indigencia bajó del 22,5% al 18,5% (CEPAL, 2002-2003). Esto nos da otro indicio de que *el proceso fue más complejo de lo que habitualmente se piensa en la izquierda*. De la misma forma, en la década de los noventa subieron de 9 a 10 los años de escolaridad aprobados; en Brasil, Guatemala y Colombia aumentaron 2 años de estudios aprobados (Contreras y Gallegos, 2007). Sin embargo, “los noventa” se cierran con la profunda crisis de 1999-2002, que implica un gigantesco “ajuste” de los salarios, no solo en Argentina, sino también en Brasil, vía devaluación. El promedio ponderado del salario medio real, para América Latina y el Caribe, bajó de un índice 100 en 2000, a 94,5 en 2003 (CEPAL, 2004-2005). En 2002 el PBI por habitante fue de 2 puntos porcentuales inferior al de 1997 (CEPAL, ídem). Hay que destacar que *sobre esta base se produce la recuperación económica a partir de 2003, acompañando a la expansión del mercado mundial*. No se puede entender lo que sucedió entre 2003 y 2010 sin hacer referencia al largo proceso de ajuste, racionalización y ofensiva sobre el trabajo. En muchos países estos procesos fueron encabezados por auténticos neoliberales, pero en otros por dirigentes y partidos provenientes del campo “nacional”, o incluso de la izquierda, en alianza con los neoliberales ortodoxos. Son los casos de ex militantes de la Juventud Peronista y Montoneros de los 70s, que participaron en el gobierno de Menem; o el de Fernando Henrique Cardoso en Brasil, ex marxista, fundador de la Corriente de la Dependencia en los sesenta, junto a lo más selecto de la derecha tradicional de estos países. Por eso la política “progresista” de Lula se levanta sobre el terreno preparado por Cardoso, de la misma manera que la política “progresista” de Kirchner lo hace sobre el terreno que el mismo Kirchner ayudó a preparar en los noventa, colaborando con Menem. El caso de Argentina es significativo porque la recuperación económica a partir de 2002 se dio después de una fuerte baja de los salarios; en agosto de ese año los salarios, medidos en dólares, estaban a un 25% de su nivel en diciembre de 2001, antes del estallido de la convertibilidad. De esta manera las industrias productoras de bienes transables se encontraron en el mejor de los mundos; muchas habían renovado maquinaria y equipos en los 90 (el tipo de cambio favoreció la importación de tecnología), y los costos laborales, y de insumos esenciales como energía y transporte, eran muy bajos. Se produjo así un fuerte aumento de la producción sustitutiva de importaciones. El incremento de la producción llevó aparejado un rápido aumento de la productividad, debido al aumento de

la utilización de capacidad de las empresas. Lo importante a destacar es que la mejora de la rentabilidad empresaria fue la condición imprescindible de la recuperación económica.

El proceso en Brasil fue similar en muchos aspectos. De manera parecida a lo ocurrido en Argentina, en ese país hubo *una dinámica que fue de los planes antiinflacionarios mediante anclaje cambiario, con la consiguiente apreciación de la moneda, a las crisis del sector externo, las devaluaciones y la caída de los salarios en términos de dólar*. Así, el plan Real, puesto en marcha en 1994, buscó frenar una inflación que en 1993 había alcanzado el 2000%. Fue entonces un típico plan de “ajuste y estabilización”, que buscó contener la inflación por medio de altas tasas de interés y el retraso cambiario. Además, el gobierno liberalizó y abrió la economía, bajando los aranceles a las importaciones. También flexibilizó el mercado laboral; y se lanzaron los programas de privatizaciones. En consecuencia *aumentaron la desocupación y la precarización laboral, a la par que las empresas racionalizaron y aumentaron la productividad*. Sin embargo la sobrevaluación del real, combinada con las crisis asiática y rusa, y la caída de los precios de las exportaciones, terminaron provocando el estallido de la economía entre fines de 1998 y principios de 1999, y la devaluación de la moneda del 40%. A lo que le siguió otra devaluación, aunque de menor magnitud, en 2002. Lo fundamental es que a consecuencia de esta larga crisis y reestructuración del capital, la desocupación pasó del 5,4% en 1994 al 12,3% en 2002; los trabajadores precarizados aumentaron del 20,8% en 1991 al 27% en 2001; la parte de la población cubierta por la previsión social bajó del 61% en 1993 al 53,5% en 2002; y la participación de los asalariados en la renta nacional pasó del 58,3% en 1990 al 46,3% en 2002 (Medialdea García, 2003); el coeficiente Gini era 0,573 en 1990 y pasó a 0,59 en 2002, habiéndose mantenido en 0,6 o por encima en buena parte de la década de los noventa. En este marco, *el capital brasileño mejoró su competitividad*. En la manufactura la productividad laboral creció a una tasa anual del 7,19% entre 1990 y 1995, y al 8,31% entre 1995 y 2000, contra un descenso de casi el 1,8% anual en la década de 1980 (Bonelli, 2002). Junto a la caída de los salarios en términos reales, esta reestructuración capitalista, y la ofensiva contra el trabajo, generaron las condiciones para el crecimiento de los 2000. Por eso Lula no hizo retroceder las reformas esenciales. Incluso cuando asumió la presidencia, en 2003, presentó un programa fiscal más ajustado –un superávit del 4,25%– del que le pedía el FMI.

De manera que la recuperación, en Brasil, Argentina y en la mayor parte de América Latina, *no se debió a que la política haya retomado el control por sobre la economía*. Como gusta decir la corriente nacional popular. Tampoco a que los “grupos de poder” se hayan subordinado al poder político. Lo que ha sucedido es, simplemente, que el capital, con la colaboración del Estado capitalista, terminó

imponiendo la ley de hierro que rige la acumulación, a saber, la salida de la crisis se realiza a costa de la clase trabajadora.

Recuperación y mejora de los salarios

La recuperación económica trajo aparejada la recuperación de los salarios. Este hecho no contradice la teoría de Marx, como algunos pueden pensar, sino a la visión catastrofista, que piensa que los salarios están condenados a bajar siempre, en términos absolutos. En Marx no existe tal cosa. La única ley salarial esencial en la teoría de Marx, como señala Rosdolsky, es que el salario nunca puede ascender tanto como para que el capitalista pierda interés en la producción. En otros términos, el salario no puede subir al punto de amenazar o hacer disminuir la ganancia del capital por debajo de ciertos límites. Pero el precio de la fuerza de trabajo depende de una serie de factores. En primer lugar, de la duración e intensidad de la jornada de trabajo. Al aumentar la duración e intensidad de la jornada de trabajo, hay mayor desgaste de la fuerza de trabajo, por lo que pueden crecer simultáneamente el salario y la plusvalía. Cuando se produce la recuperación económica, ambos factores se conjugan. En muchas empresas aumentan las horas trabajadas, muy por encima de las 40 o 44 horas semanales. Además, muchos trabajadores que durante la crisis o la recesión estaban a tiempo parcial, pasan a estar empleados a tiempo completo. Todo esto puede verse potenciado cuando la acumulación del capital tiene un carácter extensivo; esto es, cuando ocurre con escaso aumento de la inversión de capital fijo por obrero.

Por otra parte el salario está condicionado por la fuerza productiva del trabajo. En la fase alcista del ciclo económico aumenta la productividad, tanto porque disminuye la capacidad ociosa, como por la incorporación de tecnología a medida que se expande la producción. Por este motivo los salarios *pueden* aumentar en términos reales. En este respecto, la disminución de la desocupación, esto es, el aumento de la fuerza del trabajo, cumple un rol vital. Marx lo señala cuando dice que los trabajadores “fuerzan cuantitativamente una participación en el progreso de la riqueza general” (citado por Rosdolsky). Sin embargo el salario no asciende o desciende mecánicamente según aumente o baje la productividad. Por el contrario, el salario por lo general no aumenta en la medida en que aumenta la producción, *con el resultado de que la tasa de plusvalía, lejos de verse perjudicada por la mejora del salario real, puede aumentar mucho*. Los salarios reales en promedio en América Latina aumentaron solo el 10% entre 1990 y 2005; esto equivale al crecimiento de los cuatro años que van de 2001 a 2005 (CEPAL, 2006). En 2005 el salario promedio en América Latina era de solo 371 dólares, apenas 2,8% más

alto que en 2002, a pesar del aumento de la producción. Es necesario tener en cuenta que una parte importante de la fuerza laboral se mantuvo debilitada, a pesar de la reducción de la desocupación, *porque está precarizada, e imposibilitada de organizarse sindicalmente*. Esto ha generado una fractura en las filas de los trabajadores, entre aquellos sindicalizados y con trabajos formales, y los que están precarizados. En 2005, en América Latina, los salarios de los que tenían cobertura social eran al menos dos veces más altos que los salarios de quienes no tenían cobertura (CEPAL, ídem).

Por otra parte, con la mejora de las condiciones económicas de la clase trabajadora, pueden mejorar las condiciones de vida de los sectores pauperizados. De todas formas, siempre hay que tener en cuenta que el avance en las condiciones de vida de la clase obrera *es una consecuencia de la mejora en la acumulación*. Como sostiene Marx en el capítulo 23 de *El capital, la variable independiente es la acumulación del capital, y la tasa salarial la variable dependiente*. La recuperación no se produce porque se incrementan los salarios (como pretenden los teóricos subconsumistas), sino los salarios aumentan porque se recupera la economía. Por último, digamos también que en esta cuestión pueden incidir los intereses del capital, relacionados con la necesidad de mantener y reproducir una fuerza de trabajo que en el futuro esté en condiciones de ser explotada. La desnutrición infantil, la falta de escolarización, de atención sanitaria, etc., deterioran la fuerza de trabajo, y para el capital esto representa una pérdida potencial de plusvalías futuras. Refiriéndose a la malnutrición infantil en India, *The Economist* dice:

“La malnutrición significa una pesada carga para India. (...) Los niños que están mal nutridos tienden a no alcanzar su potencial, físico o mental, y se desempeñan peor en la escuela. Esto tiene un impacto directo en la productividad: el Banco Mundial reconoce que en los países asiáticos de bajos ingresos los deterioros físicos causados por la malnutrición significan un recorte del 3% del PBI” (*The Economist*, 25/09/10).

En Argentina, por ejemplo, la clase dominante tomó con preocupación el aumento de la desnutrición infantil, debido al deterioro que implica a largo plazo para la futura fuerza de trabajo. También existe mucha preocupación por el bajo nivel de la enseñanza, y la crisis educativa general. Lógicamente, asimismo existen cuestiones relacionadas con la legitimación de los gobiernos, y del aparato del Estado. Las noticias sobre la muerte de niños por desnutrición, o enfermedades relacionadas con la pobreza extrema, a veces golpean a las buenas conciencias, y obligan a actuar a los gobiernos. Marx se refería al “componente moral” que existe en la determinación del salario; esto se puede extender seguramente a

las decisiones atinentes a planes sociales y de socorro frente a algunos casos de extrema penuria y hambre.

Plusvalía e independencia de clase

En base a lo expuesto, podemos concluir que la mejora del salario en América Latina no se ha debido a que subió la fracción de la burguesía “amiga de los trabajadores”, sino al cambio en la situación económica del capitalismo. La mejora económica del capitalismo tampoco se produjo porque hubiera tomado las riendas la fracción “industrialista” o “productiva” de la clase dominante, sino porque los “ajustes” aplicados al calor de la larga crisis de los ochenta y noventa, permitieron restablecer las condiciones para la extracción y reinversión de la plusvalía. En este respecto, el enfoque “catastrofista” no puede responder a quienes se alinean, con argumentos de izquierda, con las burguesías “nacionales y progresistas” de América Latina.

El marxismo puede dar una explicación coherente de lo sucedido. Entender la naturaleza del salario, y su relación con la plusvalía, y con el ciclo capitalista, es esencial para una política y una estrategia que tenga como centro la independencia de clase. De aquí también la importancia política que cobra la lectura de “El Capital”. En particular, se puede explicar por qué *las clases dominantes en América Latina, y el capital internacionalizado, no tienen ningún interés en promover golpes militares.* Los negocios marchan aceptablemente bien, con las lógicas tensiones y conflictos entre fracciones o clases de cualquier país capitalista. También se puede comprender por qué la clase capitalista que apoyó, en prácticamente todas sus variantes, los “ajustes” de los noventa, tome como modelos a imitar a gobiernos “izquierdistas”, como el de Lula o Tabaré, o a los gobiernos “socialistas” de Chile.

En cuanto a la crítica marxista, es importante tener en cuenta que la misma no pasa por sostener la tesis, falsa, de que los salarios bajan siempre. Lo esencial de la teoría de Marx, como señala Rosdolsky (y Rosa Luxemburgo) es el descubrimiento de que el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, *donde la tasa de explotación puede aumentar a medida que se desarrollan las fuerzas productivas, sin importar si el obrero recibe una mejor o peor paga.* Este es el punto de partida para sostener una política de independencia de clase frente al capital y su Estado.

Textos citados

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Bonelli, R. (2002), “Labor Productivity in Brazil During the 1990s”, Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada, IPEA.

- CEPAL (2002-2003), *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2002-2003*.
- CEPAL (2004-2005), *Estudio económico de América Latina y el Caribe 2004-2005*.
- CEPAL (2006), *Panorama social de América Latina 2006*.
- CEPAL (2008), *Panorama social de América Latina 2008*.
- CEPAL (2009), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2009*.
- CEPAL (2010), *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe 2010*.
- Contreras, D. y Gallegos, S. (2007), *Descomponiendo la desigualdad salarial en América Latina: ¿Una década de cambios?*, en Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos, CEPAL.
- FMI, *World Economic Outlook*, April 2011.
- Medialdea García, B. (2003), “Un caso ‘exitoso’ de ajuste y estabilización: inestabilidad financiera y regresión social en la economía brasileña”, Departamento de Economía Aplicada I, Universidad Complutense Madrid.
- Rosdolsky, R. (1983), *Estructura y génesis de El Capital de Marx*, México, Siglo XXI.

Resumen:

Durante buena parte de la década de 2000 América Latina ha tenido un elevado crecimiento económico, y mejoraron muchos indicadores sociales. Esto ha dado lugar a un debate en la izquierda acerca de la naturaleza de esta mejora, y la actitud a tomar ante los gobiernos que están al frente de estas economías, en especial ante aquellos que se proclaman de izquierda, o progresistas. En este trabajo se analiza la cuestión desde la teoría de Marx. Lo esencial de la teoría de Marx, es el descubrimiento de que el sistema del trabajo asalariado es un sistema de esclavitud, *donde la tasa de explotación puede aumentar a medida que se desarrollan las fuerzas productivas, sin importar si el obrero recibe una mejor o peor paga*. Este es el punto de partida para sostener una política de independencia de clase frente al capital y su Estado.

Palabras clave: Economía; Recuperación Económica; Marxismo.

Abstract:

During the most of the first decade of the 21st century, Latin America has shown a high rate of economic growth, and the social indicators improved. All this promoted a debate in the Left about the nature of this growth and the attitudes towards the governments commanding the economies, mainly those self-proclaimed leftist or progresivist. This text analyses the matter from Marx's theory, that is to say, the discovery that the wage-work system is an exploitation system where the exploitation rate can increase following the development of productive forces regardless of better or worse wage received by the workers. This is the point of departure to support a class independence towards the capital and the state.

Keywords: Economy; Economic Recovery; Marxism



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Identificaciones populares, populismo y democracia

Sebastián Barros¹

En mayo de 2009 se publicó un resumen de prensa con los resultados de una investigación realizada por el CERES (Centro de Estudios de la Realidad Económica y Social) de Uruguay, en el que se presentan básicamente todos los lugares comunes en relación al populismo. A grandes rasgos, lo que concluye la investigación es que la sociedad uruguaya ha sufrido una serie de cambios estructurales debido a la crisis de la educación y a la falta de oportunidades para una vida mejor. Estos cambios llevarían a la aparición de nuevos fenómenos políticos y a “posibles tendencias populistas”.² A partir de una revisión de los presupuestos de este informe propondremos una caracterización distinta sobre la aparición de un sujeto popular que nos llevará a precisar de manera diferente los aspectos específicos de una articulación política populista. Esto nos permitirá a su vez esbozar una serie de intuiciones sobre las diferencias entre populismo, democracia liberal y autoritarismo.

La posibilidad de un gobierno populista en Uruguay según el informe CERES estaba ligada al fracaso del sistema educativo y a las pocas posibilidades de encontrar oportunidades de vida acorde a las expectativas, lo que provocaba “la emigración de los ciudadanos más calificados”. Esto llevó también a que “el sector de los excluidos” haya crecido de 16% en 1985 a 32% en 2009. Es decir, hubo un cambio estructural por la disminución del peso de la clase media. Ahora bien, esto que parece una descripción objetiva de datos estructurales está marcado por las siguientes descripciones de ambos sectores, excluidos y clases medias. Los excluidos son “aquellos para los cuales las posibilidades de ascenso social y económico están enormemente acotadas y resultan muy dependientes de la asistencia

¹ UNPSJB/IESyPPat-UNPA-CONICET, E-mail: sbarros@unpata.edu.ar. Este trabajo continúa algunas de las ideas presentadas al Segundo Congreso Latinoamericano y Caribeño de Ciencias Sociales, 26-28 de mayo de 2010, FLACSO, Ciudad de México. Los resultados presentados aquí son parte del Proyecto de investigación PICT-2007-247 financiado por la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de la República Argentina.

² CERES, “El Uruguay que vendrá: entre la crisis global y el cambio político”, Resumen de prensa, 26 de mayo de 2009, p. 8. Disponible en www.ceres-uy.org/pdfs/ResumendePrensa_CERES_200905.pdf. Último acceso 07 de junio de 2011.

estatal o privada”. Las clases medias son “un sector para el cual la posición en la vida se construye mediante el esfuerzo personal basado en tres pilares: educación, trabajo y ahorro”.

Lo primero que se puede leer aquí es la literalidad de un argumento marcado por criterios de clase. Desde esta lectura, el excluido no construye su vida a través del esfuerzo personal, no se educa, no trabaja ni ahorra. Estas son cualidades de los sectores medios. Esta lectura literal descansa en ciertos presupuestos que acompañan la descripción de los cambios estructurales. Así, al momento de explicar la migración de los sectores medios se ponen en acción parámetros de una racionalidad instrumental que implica que las personas emigran porque no encuentran oportunidades que satisfagan sus expectativas. Pero estos presupuestos también funcionan como valores a partir de los cuales se evalúan normativamente los efectos sociales de esos cambios, concluyendo, por ejemplo, que los excluidos no se educan, no trabajan, no ahorran, son dependientes del Estado o la caridad y, por eso no ascienden en la escala social. Todos estos valores respaldan las descripciones de los sectores excluidos pero en ningún momento se problematiza en este resumen cuál es la relación entre esos presupuestos racional-instrumentales y los efectos que se supone alcanzan.

Estos son también los supuestos que guían el razonamiento al pasar al análisis de la oferta electoral. Según el estudio, los cambios estructurales implican cambios en el electorado. La investigación presentada liga automáticamente el cambio estructural al corrimiento del centro de gravedad del sistema político “hacia propuestas de sesgo populista”. Es decir, de la descripción normativamente cargada que determina que los excluidos no se educan, no trabajan y no ahorran, se desprende que “los excluidos van a tener una inclinación en este sentido (populista)” y que “quien tenga la habilidad de capturar su voto va a tener un piso electoral del orden del 30%”. Los excluidos automática y necesariamente se inclinan por políticos habilidosos para capturar su voto. Hay una relación necesaria entre exclusión y relaciones clientelares, dado que el político habilidoso puede rápidamente inclinar a estos sectores excluidos. Puede lograrlo porque se asume que su voto no tiene contenido ideológico racional, como si lo tiene el voto de clase media, “parte del cual puede ser un voto de sesgo ideológico”.

Los sectores excluidos, que crecen “a expensas de la clase media”,³ no comparten entonces los presupuestos de racionalidad y los valores de esta última y eso es lo que los llevaría, si proseguimos con el argumento presentado en el informe de la investigación, al consumo de drogas y a la delincuencia; tal como corroboran los datos provistos de porcentajes sobre delitos violentos perpetrados por pobres. Para

³ Idem, p. 10.

demostrar de forma más exhaustiva lo grave de la situación descrita, el informe cita índices elaborados por la *Heritage Foundation*⁴ para evaluar la evolución de la intervención del Estado en la economía. Los gobiernos con sesgo populista obtuvieron una calificación de economías “predominantemente reprimidas”, mientras que los países serios con gobiernos de centro-izquierda y centro-derecha mantuvieron sus categorías de economías “predominantemente libres”.⁵

Dado este contexto de un país subyacente “que ha ido vaciando la clase media y aumentando el sector excluido” es que se “ha creado un enorme mercado que alguien tuvo la habilidad e inteligencia para identificar y que tiene, además, las características personales para empatizar con ese electorado y captar gran parte de su voto”.⁶ Ese alguien no era otro que José Mujica, hoy presidente de la república.⁷ Básicamente para el informe de CERES, el candidato que tuviese la habilidad de ganarse el apoyo de estos pobres debía ser un *candidato atípico* “en cuanto a su lenguaje, su vestimenta y actitud, en contraste con los candidatos más formales, de ‘saco y corbata’”.⁸ Nuevamente, la lectura que se desprende del informe es que los sectores excluidos no pueden racionalizar una ideología y, por lo tanto, sólo se guían por sus sentidos, por lo sensorial del discurso, la percepción de la vestimenta y/o de la actitud, pero nunca por las ideas, patrimonio de clases medias racionales e ideológicas.

Con este diagnóstico es claro que para CERES “se hace necesario enfrentar el deterioro de una sociedad donde avanza la exclusión y recuperar el país digno de clase media que alguna vez Uruguay supo ser y que corre el riesgo de desaparecer”.⁹ Si bien las citas no hablan por sí solas, esta es bastante indicativa del predominio normativo de ciertos valores al momento de evaluar datos presentados objetivamente como datos estructurales. Para CERES la dignidad va atada a un país de clase media.

⁴ La *Heritage Foundation* fue fundada en 1973 como un *think tank* cuya misión es “formular y promover políticas públicas conservadoras basadas en los principios de la libre empresa, el gobierno limitado, la libertad individual, los valores americanos tradicionales y una fuerte defensa nacional”, tal como versa la presentación de su página web. Acceso 02 de mayo de 2010, <http://www.heritage.org/About>.

⁵ CERES, “El Uruguay que vendrá”, ob. cit., p. 12.

⁶ Idem, p. 11.

⁷ No me voy a referir aquí a la respuesta de Mujica, que contestó “más populista será tu abuela”, ya que esta ha sido muy bien analizada en Francisco Panizza “What do we talk about when we talk about populism? ‘Más populista será tu abuela!’”, trabajo presentado en la Conferencia Populism of the Twenty-First Century, Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington, D.C., 8 de octubre de 2009. Tampoco intentaré caracterizar al gobierno de Mujica como populista o no-populista.

⁸ CERES, “El Uruguay que vendrá”, ob. cit., p. 11.

⁹ Idem, p. 12.

Este informe nos muestra entonces los presupuestos más comunes bajo los que se analiza el populismo y las identificaciones populares en América Latina.¹⁰ En primer lugar, se puede ver cómo se liga automáticamente la idea de crecimiento de la exclusión con la aparición de políticas populistas. Esto estaría dado por la habilidad de empatizar con los pobres, antes que por la posibilidad de que los pobres racionalicen su apoyo como lo harían las clases medias a través de la ideología. En segundo lugar, estas descripciones decantan una percepción de los sectores populares como sujetos sometidos a la hábil manipulación por parte de aquel que empatiza con ellos. En tercer lugar, los sectores excluidos son el objeto de un tipo de política populista que debe ser evitada a través de políticas sociales y educativas focalizadas, que debieran tender a transformar a estos grupos excluidos en sujetos racionales e ideológicos como las clases medias. Esto tendría también la ventaja de que las políticas populistas dejarían de ser una opción para los políticos habilidosos. Para el informe uruguayo la relación entre líder y excluidos quedaba automáticamente sancionada por el carácter de estos últimos, incapaces de un tipo de asociación racional-instrumental ideológica.

La lectura del informe CERES y el análisis de sus presupuestos muestran que para entender la constitución de identificaciones populares no podemos centrarnos exclusivamente en una idea de racionalidad instrumental. La constitución de una identificación popular no pasa por la irracionalidad del vínculo entre sectores excluidos y liderazgos atípicos. Una identificación popular se constituirá a partir de la construcción de una idea de *pueblo* que, dada la forma de su emergencia, tiene efectos en los procesos y prácticas políticas que dispara.¹¹ Antes que la racionalidad de los actores, lo que está en juego al momento de proveer un análisis político que se precie son los efectos sobredeterminantes que dispara la constitución de una multiplicidad de identificaciones populares y la articulación populista de las mismas. Veamos qué significa esto.

¹⁰ La constitución y el sostenimiento de una subjetividad incluye una diversidad de procesos de identificación y desidentificación parciales y contingentes que operan de formas particulares. Estos procesos de identificación estructuran la percepción del mundo que tienen los sujetos. Esta noción de identificación supone una concepción de sujeto particular que asume una subjetividad a la que le es imposible adquirir una identidad. No existe un sujeto que pueda tener una identidad única y esencial. Por lo tanto, hablar sobre estudios identitarios implica prestar atención a la multiplicidad de identificaciones y desidentificaciones que sostienen la subjetividad. Estas son instancias precarias y dinámicas en las que el sujeto se ve envuelto al enfrentarse a diversas situaciones externas que disparan esos procesos (des)identificatorios. Véase Yannis Stavrakakis, *Lacan y lo político*, Buenos Aires, Prometeo, 2008.

¹¹ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

La identificación popular

El pueblo representado en una identificación popular no es cualquier pueblo. Esto a pesar de que *pueblo* fue el significante que condensó los diferentes significados que tuvo lo popular en las experiencias que han sido descritas como populistas. Uno de los autores que ha dedicado sus últimos trabajos a repensar la noción de populismo y la construcción de un pueblo en tanto identidad popular ha sido Ernesto Laclau. Este autor retomó el esfuerzo, que había comenzado en 1977, por repensar la noción de populismo quitándole los sesgos peyorativos o negativos que tuvo en la literatura. El esfuerzo de Laclau se dirige a construir una categoría formal de populismo independiente de los contenidos a nivel de las políticas públicas o de las prácticas político-institucionales que estos discursos hayan llevado adelante. En resumidas cuentas, la reformulación de Laclau sobre el populismo resulta en las siguientes aseveraciones. Sólo tenemos populismo si hay una serie de prácticas político-discursivas que construyen un sujeto popular cuya emergencia está atada a la constitución de una frontera que divide al espacio social en dos campos antagónicos. La lógica de esta división está dictada por la creación de cadenas de solidaridad amplias entre una serie de demandas dispares; cadenas que se consolidan con la emergencia de un elemento que les da coherencia representándolas como una unidad.

La especificidad del concepto de populismo residirá entonces en la forma de presentación de esa unidad mediante una interpelación a “los de abajo”, los sectores excluidos del informe CERES, que divide el espacio social en dos polos antagónicos. Pero siguiendo el mismo esquema de Laclau, toda hegemonía implica la existencia de cadenas de solidaridad entre demandas diferentes y una representación de su unidad. Estas cadenas son definidas como cadenas de equivalencia en tanto constituyen a esas demandas dispares como equivalentes entre sí. Es decir, son demandas que si bien mantienen un residuo de particularidad comparten algún nivel de generalidad más amplio sobredeterminado por el discurso hegemónico. El único rasgo específico del populismo sería entonces la interpelación a “los de abajo”, al pueblo o los sectores excluidos, de modo tal que la sociedad quede identitariamente dividida en dos: el pueblo y los que lo oprimen. Sin embargo, todo discurso tiende a dividir de una forma u otra la vida comunitaria. Incluso los discursos más institucionalistas, que Laclau distingue tajantemente de los populistas¹², se articulan alrededor de una ruptura de la

¹² Julián Melo, *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*. Tesis para optar por el título de Doctor en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, 2009.

comunidad ya que la exclusión es condición para la constitución de cualquier tipo de identidad. La afirmación de una identidad implica siempre la presencia de algo exterior a ella que, al mismo tiempo que niega su plenitud, funciona como condición de posibilidad de su existencia.¹³ Esto muestra que para entender mejor el surgimiento de identificaciones populares y de una articulación populista debemos profundizar el análisis de las articulaciones políticas de los sectores excluidos por parte de estos liderazgos atípicos que describe el informe CERES. Para esto, el análisis político tiene que salirse de la literalidad de los significados para revisar cuáles son las condiciones de posibilidad de esas articulaciones y preguntarse por los efectos que tiene la constitución de una identificación popular.

Para Laclau, la noción de “los de abajo” está ligada a demandas insatisfechas. Por lo tanto, la insatisfacción sería si se quiere la primera condición para la emergencia de una identificación popular y una articulación populista. Ahora bien, la insatisfacción no adquiere ese carácter hasta que no es articulada discursivamente en tanto insatisfacción. El significado siempre es un efecto retroactivo con el que se otorga sentido a algo que hasta ese momento no lo tenía. Por ejemplo, cuando un sindicato reclamaba “el derecho a ser tratado como gente”¹⁴ en la Argentina peronista de 1945 estaba retroactivamente dando un sentido a su situación de no-gente anterior. Lo mismo sucede con la respuesta del niño a Evo Morales, “me voy a preparar para ser como vos”, en la que se condensan muchos de los significados de las transformaciones que se están dando actualmente en Bolivia.¹⁵

Esa retroactividad del significante tiene un efecto performativo, dar un nombre a esas demandas insatisfechas “como gente” o “como Evo”, implica que la nominación crea retroactivamente la identidad. Por lo tanto, lo que debemos rastrear para entender la constitución de una identificación popular no es solamente la forma en que las demandas insatisfechas son representadas equivalencialmente

¹³ Para un análisis más detenido sobre la noción de exterioridad constitutiva véase Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemony and Socialist Strategy*, Londres, Verso, 1985; y Henry Staten, *Wittgenstein and Derrida*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1984.

¹⁴ Solicitada publicada en Remedios de Escalada reaccionando frente al *Manifiesto de la Industria y el Comercio* del 16 de junio de 1945, en *Revista de la Asociación de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines, de Acción Comunitaria y Amparo Social*, 17 de junio de 1945. Expediente B-90-ST2830, caja 502, Fondo Secretaría Legal y Técnica Presidencia de la Nación, Presidencia Juan D. Perón, Archivo General de la Nación. Volveremos sobre esta referencia más adelante.

¹⁵ Véase Gerardo Aboy Carlés, “Nacionalismo e indigenismo en el gobierno de Evo Morales, ¿hacia una radicalización del populismo?” en Julio Aibar y Daniel Vázquez, coords., *Autoritarismo o democracia. Hugo Chávez y Evo Morales*, México, FLACSO, 2009; y Sebastián Barros, “Identidades populares y relación pedagógica. Una aproximación a sus similitudes estructurales”, en *Propuesta Educativa*, año 19, n° 34, 2010.

por un líder atípico, como lo harían CERES y Laclau, sino el comienzo mismo de su representación en tanto partes de la comunidad política. Ese comienzo de la representación tendrá ciertos efectos que hacen a una forma específica de ruptura a través del planteamiento de un conflicto por la distribución de los lugares legítimos dentro de la vida comunitaria.

Dicho conflicto disloca los significados que dan sentido a la vida de la comunidad a partir de la transformación de un elemento que hasta ese momento no estaba incorporado a lo común de la comunidad. Debe tenerse en cuenta que cuando aquí hacemos referencia a *lo común* no nos referimos a un atributo compartido por todos los miembros de algún conjunto, sino que lo común es aquello que hace o produce la comunidad, ya sea esto pensado en tanto el discurso que establece “el horizonte de lo social, el límite de lo que es representable dentro de él”¹⁶, o en tanto partición de lo sensible.¹⁷ La incorporación a este común no implica solamente tener presencia o estar en la comunidad, sino la posibilidad de ejercer legítimamente ciertas capacidades en ese común.

Lo que socava las bases mismas de la vida comunitaria, haciéndola aparecer dislocada como sucede con la percepción del informe CERES sobre el Uruguay de clases medias, es la acción de un sujeto que “sobreviene con independencia de la distribución de las partes sociales”.¹⁸ Estas demandas tienen una particularidad ya que se originan en partes de la sociedad que hasta ese momento no podían ejercer legítimamente una capacidad como parte en la estructuración de lo común. Esto implica que, dentro de la forma comunitaria vigente, no son percibidos como sujetos capaces de discutir y de decidir acerca de aquello que constituye la comunidad como tal. De hecho esto es precisamente lo que se desprende de la percepción del informe CERES sobre los sectores excluidos. Estos sectores no pueden ser parte de un país digno de la clase media, sobrevienen dislocando lo común de la vida comunitaria y son algo heterogéneo al espacio de representación hegemónico. Es por eso que se las asocia con políticos atípicos que recurren al carisma y piden estratégicamente lealtad. Son particularidades heterogéneas a ese espacio porque exceden “lo que es diferencialmente representable dentro de él”,¹⁹ exceden al espacio de representación en tanto espacio de representación de lo común de la comunidad.

¹⁶ E. Laclau, *La razón populista*, ob. cit., p. 107.

¹⁷ Jacques Rancière, *The Politics of Aesthetics. The Distribution of the Sensible*, Londres, Continuum, 2004, p. 12.

¹⁸ Jacques Rancière, “Universalizar las capacidades de cualquiera”, entrevista realizada por Marina Garcés, Raúl Sánchez Cedillo y Amador Fernández-Savater. *Revista Archipiélago*, n° 73-74, 2006. Acceso 20 de diciembre de 2009, <http://www.archipielago-ed.com/73-74/ranciere.html>.

¹⁹ E. Laclau, *La razón populista*, ob. cit., p. 139.

Este rasgo heterogéneo que asumen estos sectores va más allá de la noción de *diferencias dentro de un sistema*, son diferencias irrepresentables en el espacio común que constituye y le otorga carácter a la comunidad –en tanto, por ejemplo, país digno de clase media. Un espacio común de representación no es otra cosa que la delimitación del lugar que ocupa cada una de esas diferencias y de lo que cada una de ellas puede o no hacer en relación a lo que la comunidad legítima es. La ausencia de ese espacio legítimo común hace a algunas demandas heterogéneas. Los sectores excluidos del informe CERES no comparten ese espacio común de representación con los sectores medios, educados y esforzados trabajadores que al emigrar abandonan la vida comunitaria. En el discurso del informe CERES lo que hasta ese momento no formaba parte en la definición de lo común de la comunidad (los excluidos) es transformado en algo heterogéneo a la representación de un país de clase media.

Esto significa que la emergencia de una articulación política de los sectores populares tiene como condición de posibilidad un conflicto que transforma el lugar natural que ocupan esos sujetos a través de un proceso de desplazamiento del lugar que la institucionalidad vigente les otorgaba. El desafío que plantea este desplazamiento reside en probar que efectivamente esas demandas pertenecen a la comunidad, que se comunican legítimamente en un espacio común. Como lo expresa Rancière en una forma que parece contestar de antemano al informe de CERES, intentan demostrar “que no son solamente seres de necesidad, de queja o de grito, sino seres de razón y discurso, que pueden oponer razón a las razones y esgrimir su acción como una demostración”.²⁰ Eso es precisamente lo que no se percibe en los presupuestos del informe. El informe no puede preguntarse sobre las capacidades de esos sujetos, no se pregunta si esgrimen razones, sino que se limita a asumir que dado su lugar y dada su (in)capacidad serán articulados por políticos carismáticos atípicos. Esto muestra que el espacio que abre una demanda popular no es un espacio que tiende a suturarse en torno a un consenso racional. La comunidad se parte en dos en estos momentos de ruptura y pasa a ser una “comunidad de partición”²¹ entre sectores excluidos y clases medias que emigran. La misma idea está presente en los argumentos de Laclau. La emergencia de un sujeto popular parte el campo de la representación entre aquellos que demandan y aquellos que no escuchan la demanda, creando una frontera interna a lo social. Las identificaciones populares se mueven en esa tensión entre el descubrimiento de un espacio común sin fisuras y la partición de la vida comunitaria que ese descubrimiento genera.

²⁰ Jacques Rancière, *En los bordes de lo político*, Buenos Aires, Ediciones La Cebra, 2007, p. 72.

²¹ Idem, p. 74.

Los efectos que tiene la constitución de una identificación popular en los términos planteados son múltiples. El primer efecto de la irrupción de lo heterogéneo reside en la demostración de la inexistencia de lo común de la comunidad. Esto se produce a través del desplazamiento de las fronteras y límites que deben ocupar los elementos en el orden comunitario. Estos desplazamientos revelan que no todos los elementos forman parte de la vida comunitaria, que la comunidad no existe porque no todos están incluidos como capaces de hablar y de ser escuchados.²² La dislocación de la vida comunitaria es provocada por sujetos que se salen de su lugar, que pretenden hablar y dar razones de igual a igual donde antes había sólo necesidades a tratar de manera asistencialista y focalizada.

Es decir, la aparición de estos sujetos se inscribe en un nuevo espacio legítimo que presupone igualdad. Una demanda popular reclama la capacidad de poner el mundo en palabras, denuncia que hay alguien que tiene que escuchar y no escucha, pues la presuposición de igualdad pone en escena la obligación de escuchar. Esto no consiste solamente en una simple exigencia al otro o en ejercer presión para satisfacer demandas. El rasgo igualitario de una identificación popular implica una igualdad que está relacionada con la estima. Como bien lo pone Rancière, esta identificación pone en tensión “la estima de sí y la estima de los otros”.²³ Es un cambio en la estima de sí y de los otros lo que genera una obligación de escuchar. La necesidad de ser escuchado es presentada como una obligación porque hay alguien que no escucha lo que otro legítimamente tiene para decir.

Esa dislocación de la vida comunitaria fuerza la necesidad de una nueva representación legítima de la comunidad. La aparición de una heterogeneidad provoca, como segundo efecto, la necesidad de redefinición del espacio comunitario. La emergencia de una heterogeneidad, a la vez que disloca lo que era percibido como una comunidad mostrando su carácter excluyente, fuerza la creación retrospectiva de una nueva representación de la comunidad. Esta comunidad estará dividida a partir de una frontera interna a lo social que separará dos campos antagónicos, siendo uno de ellos el lugar identificado con la exclusión y la negación de la capacidad para participar de los asuntos de la comunidad.²⁴

²² Esto interesa en tanto existen acercamientos teóricos a la política que no atienden a la existencia de partes a las que la comunidad le niega esa capacidad de poner el mundo en palabras. Por ejemplo, la democracia deliberativa y las políticas consensuales en términos de una teoría de la justicia no pueden hacer lugar al tipo de procesos que estamos describiendo en tanto asumen que todos los miembros de la comunidad están siempre-ya incluidos en la capacidad de hablar y ser escuchados.

²³ Jacques Rancière, *El maestro ignorante*, Barcelona, Laertes, 2003, p. 104.

²⁴ Es importante destacar que no toda demanda genera con su aparición estos efectos sobre la institucionalidad que representa lo común de la comunidad, como es el caso del populismo según

Este es precisamente el lugar en el cual se auto-ubica el informe CERES. Implícitamente, el problema que identifica el informe es el sujeto a quien hace hablar ese político atípico. Nada tiene de nuevo el argumento del CERES. La misma negación de capacidades se encontraba, por ejemplo, en las reacciones patronales a la legislación laboral del primer peronismo. Juan Carlos Torre cita a un vocero de la Sociedad Rural Argentina que sustentaba su rechazo a la legislación peronista explicando que la misma “habrá de sembrar el germen del desorden social, al inculcar en gentes de limitada cultura aspiraciones irrealizables y colocar al jornalero por encima del mismo patrón en comodidades y remuneraciones”.²⁵ De manera similar lo ponía el “Manifiesto de la Industria y el Comercio” del 16 de junio de 1945 en relación a la participación en las ganancias por parte de los trabajadores que “introduce el germen de la indisciplina, destruye el espíritu de iniciativa y de empresa y subvierte todo principio de jerarquía”.²⁶

Ahora bien, si despojamos de ciertos presupuestos a la noción de identificación popular y nos apartamos de una lectura predominantemente racionalista al momento de pensar la constitución de lo que hemos llamado aquí un sujeto popular, estaremos en mejores condiciones de entender fenómenos políticos que en la ciencia política canónica han sido descritos como patológicos. Repasemos brevemente la forma que adquirieron algunas demandas populares en el primer peronismo. La reacción al Manifiesto citado se expresó en una enérgica defensa de la política laboral de la Secretaría de Trabajo y Previsión. El argumento evidentemente tuvo un cariz racional-instrumental que defendía los logros obtenidos por los trabajadores. Sin embargo, así como los rechazos patronales hacían referencias a factores extra-económicos como el desorden social y la limitada cultura de aquellos que se beneficiaban de la política laboral del gobierno peronista, las reacciones de estos últimos también tenían un carácter que iba más allá de los logros instrumentales. Reaccionando al Manifiesto del Comercio y la Industria y a

argumentamos aquí. Por ejemplo, desde esta posición sobre el populismo y las identificaciones populares, los discursos neoliberales que se multiplicaron en América Latina en los años noventa nunca serían catalogados como populistas o neo populistas. En esos discursos se hacía referencia a la inclusión de partes de la comunidad que habían sido pretendidamente excluidas de las articulaciones políticas anteriores. Sin embargo, al incluir esas partes se lo hacía en claves demográficas o sociológicas que mantenía a esos sectores en un lugar donde no tenían nada para decir en un contexto en el cual sólo podía hablar y ser escuchado el discurso tecnocrático del manejo de lo público. Es decir, era un modo de ser comunitario que fortalecía la distribución de lugares y funciones del orden anterior.

²⁵ Cit. en Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, p. 93.

²⁶ Cit. en Carlos Altamirano, *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Biblioteca del Pensamiento Argentino VI, Buenos Aires, Emecé, 2007, p. 82.

citado, la *Revista de la Asociación de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines, de Acción Comunitaria y Amparo Social* publicó el 17 de junio de 1945 una contra-solicitada entre cuyos considerandos encontramos la siguiente afirmación: “Que todo aquello que se realice para desorientar el criterio claro que debe guiar al hombre de trabajo con relación a la consistencia del derecho a ser considerado como gente en su relación con el empleador, es atentar contra la más noble y elevada concepción de la justicia social”.²⁷

“Ser tratado como gente” era el argumento que estaba a la base del reclamo y expresaba el presupuesto igualitario que conlleva una identificación popular. Esto se puede rastrear a lo largo de todo el país a partir de 1943. Bohoslavsky y Caminotti muestran la manera en que este proceso se dio en norpatagonia. Una de las cuestiones que señalan estos autores como “marcas del peronismo” fue el efecto de demostración de que “después de todo, los ricos no eran más gente que los peones, por lo que no era justo seguir soportando ningún atropello”.²⁸ Uno de los entrevistados en dicho trabajo se preguntaba “¿Qué el mayordomo [de las estancias inglesas] es más que uno? ¿Tiene cachos? ¡No, si es mucho igual que nosotros, qué tanto miedo!”²⁹ Otro de los entrevistados planteaba que “antes no había ley, no había nada, y empezó cuando *dentró* Perón, salió a flote todo, se descubrió”, y mantenía que “Perón les enseñó a vivir, como se trabajaba, los horarios y todo”.³⁰ Esto puede ser interpretado como un ejemplo más de la habilidad paternal del líder, sin embargo, eso nos impediría ver más allá y entender la aparición de un tipo de identificación y de articulación política con carácter específico. Como decíamos antes, ese carácter específico reside en el presupuesto igualitario que fuerza la necesidad de una nueva forma de legitimidad para la vida comunitaria.

La nueva representación de la comunidad es fruto de la articulación política de esa multiplicidad de identificaciones populares. El populismo es esa forma particular de articulación política. Cuando esas identificaciones populares son articuladas de forma populista, ese sujeto que mostraba el carácter excluyente del orden comunitario previo, retrospectivamente crea una nueva comunidad legítima. En nombre del daño que la comunidad ha provocado este nuevo sujeto reclamará

²⁷ Expediente B-90-ST2830, caja 502, Fondo Secretaría Legal y Técnica Presidencia de la Nación, Presidencia Juan D. Perón, Archivo General de la Nación.

²⁸ Ernesto Bohoslavsky y Daniel Caminotti, “El peronismo y el mundo rural norpatagónico”, en Gabriel Rafart y Enrique Masés (dirs.), *El Peronismo desde los Territorios a la Nación. Su historia en Neuquén y Río Negro (1943-1958)*, Neuquén, Editorial Educo, 2003, p. 98.

²⁹ Idem, p. 168.

³⁰ Idem, p. 92.

para sí la representación del todo comunitario.³¹ Esa demanda que se desplaza del lugar que le corresponde se identificará con el todo, lo cual da lugar a la paradójica situación en que, a pesar de presentarse a sí misma como una particularidad, es una particularidad que reclama para sí la representación plena de la comunidad. Allí donde había alguien que no era tenida en cuenta como capaz de hablar y ser escuchada en los asuntos públicos, ahora habrá un sujeto que, en nombre del daño que le provocaron aquellos que los empujaron a no tener parte en nada, se identificará con el todo de la comunidad.³²

Esta re-estructuración de la comunidad implica una nueva representación de la totalidad comunitaria que entrará en tensión con la partición dicotómica que la demanda provoca. Decíamos más arriba que las identificaciones populares se mueven en una tensión entre la legitimidad de un nuevo espacio común pensado como un todo sin fisuras y la partición de esa nueva comunidad que su propia aparición genera. Esta tensión es característica de una articulación populista. Una articulación populista de lo social se mueve de forma constante en esa tensión que es inerradicable. Pasemos ahora a analizar con mayor detenimiento esta articulación.

La tensión populista

La legitimidad populista está ligada a una noción de igualdad de sujetos que reclaman para sí la capacidad de poner el mundo en palabras. En este sentido, una articulación populista debe poder ser diferenciada de otras formas de articulación que no asumen esa igualdad. Este presupuesto está ausente de discursos y de análisis políticos como los que reconstruimos en relación al informe CERES. Como también está ausente de los discursos descritos como populistas de derecha

³¹ Julio Aibar, “La miopía del procedimentalismo y la presentación populista del daño” en Julio Aibar (coord.) *Vox Populi. Populismo y democracia en Latinoamérica*, México, FLACSO, 2007.

³² Esto es remarcado tanto por Rancière como por Laclau. “Es así como, para gran escándalo de la gente de bien, el demos, el revoltijo de la gente sin nada, se convierte en el pueblo”. Véase Jacques Rancière, *El desacuerdo. Política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1996, p. 23. En el caso de Laclau, esa ahora-parte será una *plebs* (los menos privilegiados) que reclama ser el *populus* (el cuerpo de todos los ciudadanos) legítimo. Véase E. Laclau, *La razón populista*, ob. cit. Esto puede llegar a explicar ciertas características del populismo que fueron (y son) adjudicadas por cierta literatura a un intrínseco autoritarismo natural de dichas prácticas políticas. Para una revisión véase Julio Aibar, “Autoritarismo o democracia. Un debate que continúa” en Julio Aibar y Daniel Vázquez, coord. *Autoritarismo o democracia. Hugo Chávez y Evo Morales*, México, FLACSO, 2009, pp. 315-316. En realidad, lo que tenemos es un sujeto que en nombre del daño sufrido se apropia de aquello que precisamente hace a la comunidad una comunidad de iguales en las capacidades de hablar y ser escuchados. Volveremos sobre este punto hacia el final del artículo.

por la literatura europea.³³ Plantear la igualdad para poner el mundo en palabras implica cierto grado de conciencia de la pluralidad que es diferente a estos discursos autoritarios o a los discursos democrático-liberales.

Hasta aquí analizamos cómo a partir del análisis de los presupuestos asumidos en un informe sobre el populismo en Uruguay, se puede especificar un concepto de identificación que pueda dar cuenta de experiencias que son o han sido catalogadas como populistas. En resumidas cuentas, mostramos qué implica la emergencia de una identificación popular y cómo ella funciona como condición de posibilidad de una articulación populista. También mostramos la tensión constante que existe entre los efectos de esa emergencia de identificaciones populares y su reintegración en una articulación populista. Tensión irresoluble entre la emergencia de una particularidad que se presenta como víctima de un daño (y parte la comunidad en dos a partir de la constitución de una frontera interna a lo social) y el momento hegemónico de reintegración por el cual esa particularidad se presenta como la representación plena y totalizada de la vida comunitaria.

Dado que planteamos también que esa particularidad se caracterizaba por demandar igualdad en la capacidad de poner el mundo en palabras y que luego ella misma asume la representación del todo comunitario, podemos entrever que la lógica populista de articulación implica una tensión entre un rasgo democrático y un rasgo autoritario. El populismo articularía así una serie de identificaciones populares fuertemente igualitarias al mismo tiempo que las presenta como la plenitud de la comunidad verdadera. Si esto es así, la relación entre populismo, autoritarismo y democracia puede ser pensada en términos formales en tanto lógicas articularias diferentes. No se trataría entonces de resolver en abstracto si el populismo es esencialmente democrático o anti-democrático, sino de intentar delinear características diferenciales de formas de articulación que nos permitan precisar más el análisis político.

Una de las cuestiones que marcábamos como importantes al momento de analizar las identificaciones populares era la emergencia de una nueva subjetividad. Este sujeto popular que se desplazaba de su lugar legítimo en base a su capacidad para poner el mundo en palabras, era central para la caracterización posterior del populismo. Una lectura similar tiene Aletta Norval en referencia a la especificidad de una identificación democrática. Ella se pregunta por “la diversidad de experiencias y prácticas a través de las cuales nos volvemos demo-

³³ Véase Chantal Mouffe, “El fin de la política y el desafío del populismo de derecha” y Oscar Reyes, “Conservadurismo skinhead: un proyecto populista fallido”, ambos en Francisco Panizza, ed., *El populismo como espejo de la democracia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2009.

cráticos y luego sostenemos tal identificación”.³⁴ El volverse democrático en el contexto sudafricano que ella analiza representaba una ruptura con el discurso hegemónico del apartheid, mientras que el sostenimiento de dicha identificación implicaba la construcción y mantenimiento de un nuevo orden comunitario. Para ella, el análisis de esos procesos supone pensar sobre el rol y los cambios en las gramáticas políticas. Tomando los argumentos de Wittgenstein, Norval propone entender a estas gramáticas como los “horizontes que delimitan lo que es posible en un contexto dado”³⁵ o, en otras palabras, como las redes articuladas de distinciones que informan nuestra capacidad de poner el mundo en palabras. Ellas determinan aquello que puede ser tenido en cuenta como una descripción posible de cómo son las cosas.

Esto implica para Norval introducir en la discusión la noción de subjetividad. Dar cuenta del cambio de aspecto a través del establecimiento de nuevas conexiones entre elementos ya existentes implica la aparición de una nueva subjetividad. Es abrir la posibilidad de que un argumento pueda ser escuchado ya que permite que aparezca un sujeto que diga: “Ahora veo las cosas de forma diferente”.³⁶ La dislocación de una gramática es la condición de emergencia de cualquier proceso de identificación, tal como podía verse en las referencias al peronismo en norpatagonia que citábamos antes.

Norval percibe esto muy bien al analizar las prácticas de participación en las primeras elecciones democráticas en Sudáfrica luego del apartheid. La nueva forma de subjetividad democrática emergente, explica esta autora, reclama para sí “el derecho a ocupar una posición antes que la posición misma”.³⁷ En este caso, la aparición de una nueva subjetividad tendría como resultado la emergencia de una particularidad que asumiría de forma consciente y contingente la representación circunstancial de una nueva comunidad. La conciencia de la multiplicidad de gramáticas políticas tendría como resultado un sujeto (democrático) que estructura una forma comunitaria que incluye a la multiplicidad de particularidades.

En el argumento de Norval hay entonces un nuevo sujeto que reclama ver las cosas de manera distinta, o sea que retrospectivamente da un nuevo significado a su lugar en la vida comunitaria. Sin embargo, el modo de articulación de esa identificación lleva a que la ruptura tenga como resultado una particularidad que sume de forma consciente, contingente y circunstancial la representación del

³⁴ Aletta Norval, “Democratic identification. A Wittgensteinian approach”, en *Political Theory*, vol. 34, n.º 2, 2006, p. 230.

³⁵ *Idem*, p. 231.

³⁶ *Idem*, p. 238.

³⁷ *Idem*, p. 248.

conjunto de la comunidad.³⁸ Lo que no se encuentra en el planteo de Norval sobre el sujeto democrático es la referencia a un daño que presente a ese sujeto, que ahora ve las cosas de manera distinta, como una víctima. El reclamo igualitario de un sujeto democrático como el que describe parece más bien un reclamo liberal por el respeto a la diferencia y la multiplicidad; encarnado en un sujeto que asume que todos los miembros de la comunidad están incluidos en la capacidad de hablar y ser escuchados. Aquí reside la diferencia con el tipo de subjetividad que veníamos describiendo.

El caso de una articulación populista es distinto ya que tendrá efectos diferentes a esa inclusión de la pluralidad de particularidades. En una articulación populista, el sujeto popular asume el derecho a ocupar la posición articuladora misma (y no simplemente una posición más entre otras), ya que es un sujeto que en nombre del daño ejercido sobre él reclama para sí la representación plena de la vida comunitaria.

¿Arrastra esto al populismo hacia el autoritarismo? No necesariamente. En el caso del autoritarismo hay una ruptura de la vida comunitaria, pero en todo caso, la subjetividad que emerge no plantea el desplazamiento de los sujetos de su lugar legítimo, sino que tiende a fijarlos en un lugar y una función. Esto es importante porque una articulación populista de lo social hace lugar al reclamo igualitario en términos de capacidad, pero sin negarle esa capacidad al otro presentado como anti-popular. Le exige regeneración al otro, pero no lo excluye como parte de la vida comunitaria. Es decir, no lo excluye de la capacidad de poner el mundo en palabras como parte legítima de la vida comunitaria. Puede negarle la palabra, pero no pone en juego la capacidad de ser parte.³⁹

³⁸ Obviamente que esta no es la única posibilidad articuladora que se abre y Norval se encarga muy bien de remarcarlo.

³⁹ Este aspecto regeneracionista del populismo ha sido destacado por Aboy Carlés y puede rastrearse en las referencias de Perón, por ejemplo, al aspecto redentor del peronismo en relación a la oligarquía. Decía Perón en el Mensaje al inaugurar el 83° período ordinario de sesiones del Honorable Congreso Nacional el 1 de mayo de 1949: "La obra que los argentinos hemos emprendido no es exclusiva de un partido, ni de una fracción ni de un grupo. Las puertas no están cerradas para nadie, porque la Historia de los pueblos que avanzan no tiene colores ni programas. La oportunidad está ofrecida aun a los que no tuvieron todavía el presentimiento de que había llegado la hora de la Argentina. Esta hora realmente ha llegado, y es preciso que cada uno elija entre seguir viviendo en un momento opaco o se atreva a dar resueltamente el paso hacia la propia redención. ¡Si alguien no sigue el camino no es ciertamente porque lo encuentre cerrado! En el momento inolvidable de nuestro resurgir no hemos pretendido plantear un tema de minorías y mayorías, sino afirmar una gran aspiración de redención nacional". Véase Gerardo Aboy Carlés, "La especificidad regeneracionista del populismo", ponencia presentada en el 8° Congreso Chileno de Ciencia Política, Santiago de Chile, 15-17 de noviembre de 2006.

Por lo tanto, podemos tentativamente concluir que la diferencia entre el populismo, la democracia liberal y el autoritarismo en tanto formas de articulación política reside en que estas dos últimas no hacen lugar a algo heterogéneo al espacio de representación de la vida comunitaria. La democrático-liberal porque asume que todas las diferencias están siempre-ya incluidas en la capacidad de poner en palabras lo común de la comunidad. La autoritaria porque niega esas diferencias particulares y fija a los elementos articulados en un orden esencial y necesario.

Esto implica que la tensión irresoluble presente en una articulación populista no se encuentra en las articulaciones de impronta democrático-liberal o autoritaria. En esos otros dos casos la tensión es obliterada. En la articulación democrático-liberal, lo que se hace visible no es simplemente una versión diferente de las cosas, sino una toma de conciencia de la multiplicidad de gramáticas. Dar cuenta de esa multiplicidad de puntos de vista puede promover un grado más amplio de apertura en la vida política que sería la precondition para el nacimiento y sostén de una identificación democrática. El poder dar cuenta de la multiplicidad es lo que permite que una particularidad se vea a sí misma como tal y reconozca que su propia condición es contingente.

El efecto de un modo de identificación populista es distinto. La transformación de un elemento en algo heterogéneo al campo de la representación, disloca la vida comunitaria y produce una gramática política que, si bien implica también una multiplicidad, no se agota en el verse a sí misma como una particularidad entre otras. Se ve a sí misma como una particularidad que asume la representación del todo comunitario en nombre del daño que esa comunidad le ha provocado, manteniendo vigente la tensión entre ruptura e integración hegemónica.

Consideraciones finales

Los procesos políticos que se desarrollan en estos momentos en países de América Latina han suscitado amplia atención por parte de analistas y cientistas sociales. Allí se pone en juego el carácter populista de experiencias contemporáneas como las de Bolivia, Ecuador y Venezuela. Nunca faltan allí referencias a experiencias históricas como las de Argentina, Brasil o México para corroborar clasificaciones que terminan funcionando como explicaciones de ciertos sucesos. El informe CERES llamativamente se anticipaba con desconfianza a la posible llegada de Mujica al poder en Uruguay. Al hacerlo ponía en danza una serie de presupuestos políticos que muestra los inconvenientes que supone clasificar un fenómeno y asumir que con eso se lo explica. De los cambios estructurales que identifica el informe se desprende necesariamente que el resultado político será

populista. Se asume que hay una relación casi necesaria entre exclusión social y lealtad a políticos atípicos de sesgo populista. Esa relación necesaria es explicada por la incapacidad de los sectores excluidos de racionalizar una ideología que le permita evaluar racionalmente las propuestas del liderazgo. Los sectores que sí pueden hacerlo eligen racionalmente emigrar. Así el apoyo a una determinada política o político es decidido por la irracionalidad de la percepción de la vestimenta del liderazgo o de su actitud frente a ciertos temas caros a la multitud. De este modo, la clasificación de un discurso como populista automáticamente empuja a los sectores que lo apoyan al lugar de lo patológico, lo atípico, lo anormal.

En este sentido, el informe CERES no tiene demasiado de novedoso. Desde el momento mismo de la aparición de la política de masas el pueblo ha sido descrito como emocional e irracional, como un exceso acechante para la integridad y estabilidad de la vida comunitaria. Esto es lo que pretende evitar una mirada sobre las identificaciones populares y el populismo como la que se presentó aquí. Así comprendida, la constitución de un pueblo pasa de ser una patología, a entenderse como una serie de prácticas político-discursivas que construyen un sujeto que disloca los significados que dan sentido a la vida de la comunidad. La emergencia de este sujeto popular parte el campo de la representación entre aquellos que demandan la capacidad de poner el mundo en palabras y aquellos que no escuchan la demanda, creando una frontera interna a lo social. Las identificaciones populares se mueven así en esa tensión entre el descubrimiento de un espacio común y la partición de la vida comunitaria que ese descubrimiento genera.

De aquí se desprenden dos cuestiones muy relevantes para interpretar de forma más acabada una identificación popular. La primera cuestión es que toda identificación popular conlleva un reclamo igualitario. La segunda, es que la articulación populista de esas identificaciones populares, en nombre del daño que esa comunidad les ha infligido, reclamará la representación total y legítima de la nueva comunidad. Estos dos aspectos son claves para una discusión sobre la relación entre populismo, democracia liberal y autoritarismo. Por un lado, tenemos un plano en el que el populismo es una articulación que constituye sujetos a partir de la expansión de una lógica igualitaria, al mismo tiempo que, por el otro, tiende a una unificación de las mismas que limita el pluralismo. Esa tensión cuyo origen rastreamos en la emergencia de un sujeto popular es la que le da carácter específico al populismo en tanto articulación política.

Resumen:

Este artículo parte de una crítica a un informe de prensa de un centro de estudios sociales y económicos uruguayo. En él se pueden rastrear varios elementos que representan el sentido común de las ciencias sociales al momento de analizar la constitución de un sujeto popular. Adoptando una mirada diferente el artículo caracteriza a una identificación popular, su articulación política en términos populistas y su relación con la democracia y el autoritarismo.

Palabras clave: Sujeto popular; Populismo; Democracia.

Abstract:

This article starts with a critique of a report from a Uruguayan centre for social and economic research. This report presents certain assumptions that give form to the academic common sense regarding the constitution of a popular subject. Adopting a different point of view, the article defines a popular identification, its political articulation in populist terms and its relationship to democracy and authoritarianism.

Keywords: Popular Subject; Populism; Democracy.

Izquierda libertaria y “gobiernos populares”: varios puentes, no pocos precipicios. Pensando en Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela

Pablo Stefanoni¹

La cantidad de adjetivos disponibles para caracterizar a los gobiernos latinoamericanos que se proponen dejar atrás el neoliberalismo (progresistas, de izquierda, nacionalistas e incluso posneoliberales –¡dos prefijos seguidos!–) dan cuenta, en sí mismos, de una dificultad para englobar en un solo bloque a un conjunto de experiencias disímiles, y producto de trayectorias, coyunturas y culturas políticas muy diferentes entre sí pero que están atravesadas por una cierta solidaridad ideológica.² Con todo, el clivaje izquierda/derecha siempre fue complicado en el llamado “tercer mundo”, donde el antagonismo nación/imperialismo contribuyó a desestabilizar –y a menudo a marginalizar– las visiones clasistas *tout court* y a definir senderos en los cuales las izquierdas exitosas fueron siempre “izquierdas nacionalistas”.

Como ha señalado la sovióloga Sheila Fitzpatrick, en gran medida la vertiente desarrollista del marxismo (para alcanzar a los países desarrollados se pensaba como requisito abandonar el capitalismo) predominó sobre su vertiente emancipatoria.³ En efecto, si los “soviets” como forma de democracia popular semidirecta cayeron rápidamente en desgracia, la “electrificación” –como metonimia de proyectos industrialistas a menudo desmesurados– sigue vigente en gran medida hasta hoy. No hace mucho, el vicepresidente boliviano Álvaro García Linera habló de un plan para construir “represas monstruosas como las que se ven en televisión”. Y a un periodista del diario estatal *Cambio* se le ocurrió llenar el salar de Uyuni de centrales nucleares.

¹ Jefe de redacción de *Nueva Sociedad*; autor de “*Qué hacer con los indios... Y otros traumas irresueltos de la colonialidad*”, La Paz, Plural, 2010; y coautor con Maristella Svampa y Bruno Fomillo de *Debatir Bolivia. Perspectivas de un proceso de descolonización*, Buenos Aires, Taurus, 2010.

² Eso quedó claro en el apoyo del “moderado” Lula Da Silva al “radical” Hugo Chávez durante el golpe de 2002 en Venezuela, o en el sostén de Michelle Bachelet –desde Unasur– al proceso de cambio en Bolivia durante el golpe “cívico-prefectural” de 2008.

³ Sheila Fitzpatrick, *La revolución rusa*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005.

Obviamente, el vínculo izquierda-desarrollismo-antiimperialismo determinó un sendero en el que claramente Lenin se impuso a Marx, y la geopolítica sobredeterminó –y ahogó– otras perspectivas más libertarias y emancipatorias, que quedaron a menudo como expresiones de “debilidad pequeño burguesa” frente a los grandes combates en la guerra entre el campo socialista y el campo capitalista.

Simplificando a “tipos ideales”, en América Latina un sector de la izquierda defendió el matrimonio con el nacionalismo (populista) –la “izquierda nacional” fue la expresión más clara al respecto– como una posible vía hacia el poscapitalismo a través de la profundización de las reformas nacional-populares (reforzamiento del Estado, nacionalización progresiva de la economía, integración latinoamericana, etc.) en tanto que una vertiente más “socialdemócrata” o marxista “revolucionaria” consideró que el populismo no abría sino cerraba la vía hacia el socialismo. Los primeros en virtud del carácter estadocéntrico y antipluralista (organicista) del populismo, y los segundos porque –finalmente– los regímenes “populistas” eran expresión de una burguesía nacional que sólo quería avanzar limitadamente en la movilización de las masas y acotarla a una serie limitada –y ambivalente– de reformas que incluían mayores derechos junto con elevados niveles de regimentación estatal. Como es sabido, los partidos comunistas se posicionaron de manera ciclotímica en estas discusiones, según los lineamientos internacionales decididos en Moscú, pasando de caracterizar a los gobiernos nacional-populares de los años 40 como “nazifascistas” (por ejemplo en Argentina con Juan D. Perón y en Bolivia con Gualberto Villarroel) a considerar al peronismo, por ejemplo, como un aliado en la lucha por la liberación nacional y social.⁴

Tras esta breve introducción quizás vale la pena preguntarse, ¿cuánto de estas tensiones pervive hoy en la relación entre lo que podríamos denominar genéricamente una ideología de izquierda y los gobiernos del bloque del cambio realmente existentes en su vertiente nacional-popular?, ¿es posible seguir leyendo la realidad en términos de izquierda y derecha?

Una primera constatación del actual proceso de cambio a escala sudamericana después de la hegemonía neoliberal –especialmente durante los años 90– es que los regímenes considerados más radicales, tanto por las izquierdas como por las derechas, son aquellos que llegaron al poder a través de organizaciones políticas que no provienen del tronco de las izquierdas tradicionales (Venezuela, Ecuador y Bolivia) y los que sí provienen de una tradición de izquierda son los considerados “moderados” (Brasil, Uruguay e incluso Chile). Y en este punto vale la pena detenernos e intentar avanzar algunas hipótesis preliminares.

⁴ Ver Carlos Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001.

1. La radicalidad de los procesos sudamericanos no depende solamente de las apuestas ideológicas de los gobiernos (“carnívoros” o “vegetarianos”, según Álvaro Vargas Llosa), sino de una serie de trayectorias políticas e institucionales previas, incluyendo los niveles de desconfianza política. Donde el sistema de partidos implosionó, y el propio sistema político fue cuestionado como una democracia de élites excluyente (Bolivia, Venezuela y Ecuador), surgieron demandas de refundación del país que se expresaron en la convocatoria a asambleas constituyentes. Entre otras cosas, estas se proponían acabar con el “colonialismo interno”, que en el caso de Bolivia y Ecuador –pero también en Venezuela– excluyó material y simbólicamente a las mayorías indígenas, afros o mestizas.

2. La izquierda organizada que llegó al poder (el Partido de los Trabajadores brasileño, el Frente Amplio uruguayo y en parte el Partido Socialista chileno, a los que podríamos agregar ahora el FMLN salvadoreño) sufrió de manera directa el impacto de la crisis post 1989, que en general derivó en la profundización de un tránsito hacia el centroizquierda (una evolución que en América Latina ya se había iniciado durante los procesos de restauración democrática en los 80, alentada además por la autocrítica de la violencia en los años 70). Ello no ocurrió, u ocurrió en menor medida, con las izquierdas más débiles y dispersas que buscaron una tabla de salvación en el nacionalismo y el indigenismo (el país real y sumergido frente al país visible y formal), así como en el antipartidismo. Ello les proveía nuevas fuentes de radicalización ideológica: la defensa de la patria, la reivindicación de los indígenas, el rechazo a la partidocracia... El principal significante de las refundaciones es que ahora “hay patria para todos”, eje del antineoliberalismo.

3. En efecto, si observamos con más detalle los procesos más “radicales”, es posible concluir que su fuente de radicalidad proviene de la matriz nacionalista: antiimperialismo, polarización entre pueblo y oligarquía, nacionalizaciones, recambio de elites en el poder, etc. y si el socialismo (“del siglo XXI”) ha vuelto a la agenda, vuelve a ser pensado como la profundización lineal del nacionalismo (no casualmente, ni Chávez, ni Evo ni Correa suelen hablar de lucha de clases). Incluso en gran medida, dado el carácter extractivo de las economías venezolana, ecuatoriana y boliviana, opera una suerte de socialismo o nacionalismo geológico.⁵ Lo novedoso en todo caso es que el nuevo nacionalismo ya no pendula entre la derecha y la izquierda (como Vargas, Perón o Paz Estenssoro) y ha desaparecido su faceta anticomunista; de hecho hay un fuerte vínculo geopolítico/afectivo con el régimen cubano.

⁵ Fernando Molina, *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*, La Paz, Pulso, 2009.

Si miramos hacia las sensibilidades ético/morales, no es difícil advertir que estos procesos no sólo carecen de radicalidad sino que pueden (al menos sus fracciones hegemónicas) ser abiertamente conservadores en términos de derechos reproductivos o los derechos para las llamadas minorías sexuales y de género. Un caso aparte es el kirchnerismo, que ha hecho de estas banderas progresistas un eje de sus políticas, mostrando la capacidad casi infinita del peronismo para incorporar reivindicaciones y demandas muy diversas y en este caso ajenas a su historia, incluso la más reciente.

4. Adicionalmente, el clivaje izquierda/derecha hoy es teóricamente desafiado no solamente por la tradición nacional-popular (que propone la alianza de las clases nacionales, aunque hoy se utilice poco esta terminología) sino por el indianismo y diversas lecturas post o decoloniales y subalternistas que plantean como clivaje alternativo modernidad/colonialidad vs. decolonización/“mirada otra”. Esto ocurre especialmente en Bolivia y Ecuador, donde la presencia mayoritaria o significativa de indígenas permite construir una serie de lecturas en términos de otredad radical cuestionadoras de la modernidad/colonialidad con influencia en la academia estadounidense. Para Mignolo, por ejemplo hablar de una “izquierda indígena” para caracterizar al Movimiento al Socialismo de Evo Morales es una prueba de “imperialismo de izquierda”⁶ y para el intelectual aymara y dirigente opositor Simón Yampara, quienes siguen hablando de izquierda y derecha mantienen en sus cerebros el “chip colonial”.

No hay duda que en países como Bolivia una parte de la izquierda tuvo actitudes coloniales frente a los indígenas. El problema es que si la lectura en clave izquierda/derecha no logra aprehender todos los elementos en juego de los actuales procesos de cambio, lo menos que se puede decir es que plantear las cosas en términos de modernidad/decolonialidad no simplifica precisamente las cosas y agrega una nueva serie de problemas, especialmente si trascendemos lo que los actores dicen de sí y complementamos las entrevistas a los voceros con observaciones de campo, descripciones densas e incluso etnografías sobre los subalternos realmente existentes.

5. En realidad, el problema de la vigencia del término izquierda no se relaciona con su capacidad para armar un “gran clivaje” del campo político contra la derecha (aunque es cierto que los nuevos gobiernos populares han reactivado una lectura de las disputas existentes en esos términos). Su potencialidad se vincula a objetivos más limitados pero no menos potentes: una agenda de izquierda puede

⁶ Walter Mignolo, *La idea de América Latina*, Madrid, Gedisa, 2007. Ver Posfacio a la edición española.

poner en debate temas que ni el nacionalismo ni el indigenismo van a propiciar, en pos de una democratización radical de la sociedad. Además de la mencionada agenda anticonservadora en el terreno ético-moral, la izquierda debería reponer lecturas socioeconómicas del conflicto social que las visiones binarias del nacionalismo sólo leen en términos políticos (o con la revolución o en contra). Lo mismo vale para discusiones sobre posibles articulaciones Estado/mercado —que los indigenistas reducen a versiones trivializadas de la complementaridad⁷ y los nacionalistas a lecturas politicistas (empresarios “patriotas” o “antipatriotas”, por ejemplo) o ilusiones desarrollistas de matriz “cincuentista”. Para esto último es necesario un verdadero balance crítico de las experiencias del socialismo real, incluyendo el caso cubano. La anulación de la pertinencia de la vigencia del término “izquierda” suele generar, a menudo, un silencio sobre esa agenda que es neurálgica a la hora de pensar el cambio político, social y cultural.

A la luz de los actuales procesos, no se trata de reclamar el privilegio ontológico de la izquierda sobre otras matrices y tradiciones, sino de pensar una posible articulación entre izquierda, nacionalismo popular y democrático e indianismo/decolonización para pensar un proyecto emancipatorio que de cuenta y luche contra una pluralidad de opresiones. Esto no tiene nada de particularmente nuevo; lo nuevo, en todo caso, es que ya no se trata sólo de un debate teórico en un auditorio universitario, sino de una discusión que define tomas de posiciones concretas frente a los gobiernos “populares” realmente existentes.

A partir de estos comentarios generales es posible recortar algunos aspectos de las experiencias donde estas tensiones nacionalismo/izquierda se vuelven más visibles: Venezuela, Bolivia, Ecuador y —por la evolución “setentista” del peronismo kirchnerista— Argentina.

Crisis políticas y emergencias plebeyas

Venezuela, Ecuador y Bolivia han sido los países donde más fuertemente ha impactado la crisis del sistema de partidos y donde la dinámica de la movilización social ha generado procesos de renovación política y cambio de élites que han llevado a analistas políticos, activistas y dirigentes de movimientos sociales de la región y el exterior a considerar que estos tres procesos constituyen el ala radical del giro a la izquierda sudamericano. Aunque ello puede ser discutible, especialmente a

⁷ Por ejemplo, Yampara ha dicho que las transnacionales deben “complementarse” con el Estado boliviano, sin reparar en las lógicas del capitalismo, de la ganancia y en las relaciones de poder.

partir del análisis de las políticas públicas efectivamente aplicadas y la amplitud de las utopías en juego, no es menos cierto que fue en este bloque donde los discursos de refundación tuvieron mayor calado. De estas demandas emergió la convocatoria de Asambleas Constituyentes que se propusieron no solamente reformar las cartas magnas vigentes, sino rediseñar el esqueleto institucional.

Argentina presenta una situación intermedia: la crisis de 2001 abrió paso a una agenda posneoliberal *sui generis* que no incluyó la nacionalización de los recursos naturales pero sí, por ejemplo, reivindicaciones progresistas como el matrimonio igualitario, ausentes en los otros tres países. Pero lo determinante fue que la mencionada capacidad del peronismo para reciclarse ideológicamente limitó severamente la renovación política que se terminó procesando como una disputa a su interior, hoy una suerte de federación de peronismos provinciales (al decir del propio Néstor Kirchner) o, dicho de otro modo, un frente de gobernadores. Así, no se trata de una renovación de las élites sino de una autorregeneración del peronismo que en los 90 fue neoliberal y hoy es de nuevo nacional-popular. Strictu sensu, el kirchnerismo es progresista en la ciudad de Buenos Aires y ultrapragmático en el interior argentino; su hegemonía nacional se basa en acuerdos con gobernadores peronistas que han pasado ya por el menemismo, el duhaldismo y ahora adhieren al kirchnerismo...⁸

Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales (y muy parcialmente Néstor y Cristina Kirchner) son el resultado de esta combinación de implosión del viejo sistema político y de la emergencia de alternativas electorales renovadoras, pero, no obstante, estas crisis –vinculadas a un creciente cuestionamiento al Consenso de Washington– se procesaron de diferente manera en cada uno de los países, por lo cual vale la pena detenerse en cada uno de los procesos concretos de crisis y renovación de la política.

En el caso venezolano, el Caracazo constituirá un baño de realidad sobre la inestabilidad –y estrechez– del consenso democrático instaurado a partir del Pacto del Punto Fijo de 1958, en tanto que en Bolivia y Ecuador se producirán una serie de derrocamientos presidenciales que marcarán el agotamiento de un tipo de “gramática política” que marcó los ciclos democráticos iniciados en 1982

⁸ A veces los aspectos más bizarros de la realidad aportan luces. En 2010, en un debate entre el empresario de la carne y personaje excéntrico Alberto Samid y un productor agrario cercano al partido socialista de Santa Fe en el programa televisivo de Luis Majul pudo escucharse este diálogo a los gritos:

Samid: “Yo soy peronista; apoyé a Menem, a Duhalde y ahora estoy con Kirchner”

Dirigente rural: “¿Pero cómo podés estar con los que privatizaron y con los que dicen que hay que volver al Estado?”

Samid: “¡Callate, vendepatria!”

y 1979 respectivamente; pero en ambos casos se observa un elemento en común: van a ser exitosos los discursos que interpelan a una parte de la sociedad que por motivos étnicos y socioeconómicos se siente excluida del sistema político. Ello se traducirá luego en consignas que enfatizarán que –procesos de cambio mediante– la Patria (y los recursos naturales estratégicos) serán, como ya mencionamos, al fin de todos. En otras palabras, transformar al Estado en garante de un “acceso efectivo de los menos privilegiados a los derechos y a los beneficios materiales y espirituales (en término de estatus y de poder simbólico, por ejemplo) de la pertenencia a la colectividad nacional”.⁹

En gran medida, hoy se vuelve a la idea de la existencia de un “partido de la nación” frente a la antinación, lo que conlleva una “politización” de los conflictos de intereses (es común que se acuse a tal o cual lucha reivindicativa, incluso llevada adelante por grupos sociales o políticos aliados, de “hacer el juego al imperio”), un cierto organicismo no dicho y una idea sui géneris del pluralismo: como lo ha planteado el propio vicepresidente García Linera, el pluralismo se expresaría en Bolivia al interior del Movimiento al Socialismo (MAS).

Un dato adicional es el ingreso de militares a la política en el caso venezolano: según la Asociación Civil Control Ciudadano, más de 200 funcionarios de la Fuerza Armada Nacional ocupan altos cargos en el gobierno y 2000 oficiales se desempeñan en puestos medios y subalternos de la administración pública.¹⁰ Ello marca una diferencia, con Bolivia, Ecuador y mucho más con Argentina donde el progresismo no puede ser menos que antimilitarista.

Tipos de liderazgo y nuevos partidos

Hugo Chávez es en muchos sentidos el clásico líder populista en el sentido de Ernesto Laclau¹¹: el líder que debe “construir” al pueblo como sujeto político; en tanto que Evo Morales hizo el recorrido inverso: dirigente sindical, es producto de un proceso de descorporativización de una serie de sindicatos agrarios y organizaciones de vecinos y trabajadores que se desbordaron al ámbito político. De allí que en el caso de Chávez predomine la dimensión carismática/afectiva en su liderazgo frente a la autorrepresentación en el caso de Evo Morales (“*ahora somos presidentes*”, “*voy a mandar obedeciendo*”, etc.), liderazgo acompañado de una

⁹ Marc Saint-Upéry, “¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y emergencia plebeya en los nuevos gobiernos progresistas”, en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*, n.º 32, septiembre 2008.

¹⁰ Vanessa Cartaya y Flavio Cartucci, Informe para la Fundación Friedrich Ebert, 2010.

¹¹ Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, FCE, 2005.

fuerte “confianza étnica”. Rafael Correa, por su parte, apareció como un *outsider* de la política en un contexto de crisis del sistema político y niveles decrecientes de movilización social. Y Néstor y Cristina Kirchner salieron de una tradicional carrera política iniciada en el extremo sur argentino –luego de un pasaje de juventud por el peronismo de izquierda–, donde su mayor utopía –al menos hasta 2003– fue agrandar la fortuna personal para posibilitar una acción política de mayor envergadura en línea con su definición de la política como “*cash* más expectativas”.¹² Si Carlos Menem hizo un giro liberal de acuerdo al estado del mundo luego de la caída del Muro de Berlín, los Kirchner hicieron un giro al centroizquierda en la nueva situación creada por el levantamiento popular de 2001 en Buenos Aires.

Con relación a los nuevos partidos, también se observan situaciones muy diferentes: en Bolivia llegó al gobierno un partido (aunque no se defina a sí mismo como tal) creado en 1995 como “instrumento político” de los sindicatos y organizaciones campesinas, en Ecuador se construyó algo a las apuradas Alianza País en torno a Correa y a un grupo de intelectuales progresistas, en Argentina el “peronismo infinito” (al decir de Maristella Svampa) mantuvo el poder con reconfiguraciones internas, mientras que en Venezuela el Partido Socialista Unido (PSUV) luego del MBR 200 y del Movimiento Cuarta República [MVR]) fue construido desde el Estado a partir de 2007.

Para el sociólogo Edgardo Lander, “el PSUV es un campo de tensión: ni representa el ejercicio pleno de la democracia desde la base, ni es un espacio que pueda controlarse completamente desde arriba”. No obstante, la profundización de la tendencia al liderazgo personal ha ido erosionando el primer término de la ecuación (una de las consignas del PSUV luego de las elecciones de 2010 fue “*Somos millones, una sola voz*”). Esta tendencia fue expresada por el propio Chávez sin apelar a eufemismos en la concentración realizada el 13 de enero de 2010 con motivo de la celebración de los 53 años de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Allí enfatizó: “Exijo lealtad absoluta a mi liderazgo... no soy un individuo, soy un pueblo. Estoy obligado a hacer respetar al pueblo. Los que quieran patria, vengan con Chávez... Aquí en las filas populares, revolucionarias, exijo máxima lealtad y unidad. Unidad, discusión libre y abierta, pero lealtad... cualquier otra cosa es traición”.

De allí que se pregunte sin responder: ¿Cómo procesar las tensiones permanentes que existen entre el impulso del tejido social de base que se ha fortalecido en estos años, la organización y participación democrática desde abajo, y un modelo de liderazgo y toma de decisiones jerárquico y vertical?¹³

¹² Walter Curia, *El último peronista. La cara oculta de Kirchner*, Buenos Aires, Sudamericana, 2006.

¹³ Edgardo Lander, “¿Quién ganó las elecciones parlamentarias en Venezuela? ¿Estamos ante la última oportunidad de discutir el rumbo del proceso bolivariano?”, en *Rebelión*, 5-10-2010.

En el caso boliviano, como hemos señalado, la densidad organizativa de los sectores populares pone límites —encuadra— al liderazgo carismático de Evo Morales. Pero ello hasta cierto punto. Moira Zuazo se pregunta en un artículo publicado en *Nueva Sociedad*, parafraseando al vicepresidente García Linera¹⁴, ¿qué pasa cuando los soviets se repliegan? Claramente, hoy el MAS es incapaz de construir espacios de debate interno y de posicionar temas en la agenda pública. En efecto, la figura del “gobierno de los movimientos sociales” o el “mandar obedeciendo” a las organizaciones no es sencillo en la práctica, cuando los repliegues corporativos debilitan las miradas más universalistas. Allí el Estado aparece como el portador de lo universal frente a los movimientos como agentes de intereses particularistas. ¿Qué pasaría si “las organizaciones” se distancian del gobierno? Por ejemplo, cuando la federación campesina Túpac Katari de La Paz pidió cambios de ministros, Evo Morales se molestó y señaló: “*yo no nombro dirigentes sindicales, ustedes no van a nombrar a los ministros*”. O cuando el vicepresidente rechazó a las organizaciones indígenas que se oponen a la exploración petrolera en la Amazonía de hacer valer sus intereses particulares por encima de los del país.

Asistimos, así, a una compleja combinación entre liderazgo carismático y autorrepresentación social, que en el caso boliviano aparece como complementaria más que contradictoria, como *a priori* podría esperarse. El punto débil de estas lógicas organizativas es la formación de cuadros e inestables procesos de aprendizaje, y pese a esfuerzos por armar una escuela de cuadros, estos no han logrado revertir los déficits de formación política y técnica de los militantes masistas.

En el caso ecuatoriano, Rafael Correa —quien, como mencionamos, pasó fugazmente por el ministerio de Economía durante el gobierno de Alfredo Palacio— se presentó exitosamente “por fuera” de la política, con una fuerte dosis de extroversión. Una mezcla de carisma juvenil, aura de competencia tecnocrática y cierta prepotencia mesiánica. En cierto sentido, su forma de “autoritarismo” es muy “ejecutiva”, mezclada con una especie de narcisismo característico de los intelectuales públicos. Así, en los debates se caracterizó por su gran eficacia para desarmar los argumentos de sus adversarios. Y luego desarrollaría aún más estos rasgos desde su programa de radio y televisión de los sábados, donde suele jugar el papel del “gran profesor de la nación”.¹⁵ Como señala Ramírez, “La candidatura

¹⁴ Moira Zuazo, “¿Los movimientos sociales en el poder? El gobierno del MAS en Bolivia”, en *Nueva Sociedad*, n° 227, mayo-junio de 2010.

¹⁵ Algo similar puede atribuirse a García Linera en sus más esporádicas apariciones en el canal estatal, donde da literalmente clases al país sobre el proyecto de gobierno. Aunque Chávez hace pedagogía en el Alo Presidente, a menudo lápiz y mapas en mano, está lejos de la clase magistral y apuesta a un vínculo pedagógico/afectivo y de movilización de emociones con las bases, mezclando temas de gobierno con un show mucho más multifacético y argumentalmente bastante caótico.

de Correa fue, en efecto, más lejos que ninguna otra, nunca antes, en su intento de sacar provecho del arraigado anti-partidismo ciudadano. Por un lado, y a contracorriente de los outsiders del pasado, Correa desconectó su candidatura de todo anclaje partidista y fundó un *movimiento ciudadano* –Alianza País– (...). Con la figura de ‘movimiento ciudadano’ se buscaba remarcar el origen societal de la nueva formación electoral. A la vez, AP tomó la riesgosa e inédita decisión de no acompañar la postulación presidencial con la presentación de candidaturas parlamentarias. Ello delineó la identidad originaria del movimiento (anti-partidista), le otorgó un carácter antisistémico, y prefiguró la estrategia del cambio político radical que Correa conduciría desde entonces”.¹⁶

Para Ramírez, hay un exceso de mercadotecnia en la construcción política correista, “el implacable realismo de poder del gobierno, se complementa así con un sutil realismo sociológico: no tiene sentido procurar la movilización de una sociedad harta y distante de la política. Se trata, más bien, de interpellarla como opinión pública y de hacerle ver –televisión mediante– los logros del gobierno. Nada más efectivo para llegar a una masa de ciudadanos aletargados y desorganizados que el despliegue mediático [...] La suplantación de la construcción organizativa y la deliberación democrática por el marketing y la procura de amplias audiencias no bastan, sin embargo, para generar vínculos políticos ni espacios reales de participación e interlocución con actores realmente existentes”.¹⁷

Finalmente, el kirchnerismo tiene varias fechas de nacimiento como movimiento hegemónico al interior del peronismo. Una podría ser 2003, cuando Eduardo Duhalde, a falta de candidatos y luego de renunciar a postularse él mismo, pone al gobernador de Santa Cruz como su candidato. Otra podría ser 2005, cuando Cristina Kirchner le gana a Chiche Duhalde la senaduría por la provincia de Buenos Aires y denuncia a Duhalde como “capo mafia”. Una tercera podría ser 2008, cuando luego de perder el conflicto con los agroexportadores, Kirchner decide radicalizar el discurso y se embarca en la guerra con *Clarín* –promulga la Ley de medios– y con la Iglesia, al organizar él mismo, como diputado, la aprobación del matrimonio igualitario. Y una cuarta etapa es la posterior a la muerte de Néstor Kirchner en 2010, cuando por un lado el ex presidente se vuelve un mito movilizador de un “nuevo sujeto”: la juventud, cuya expresión

¹⁶ Franklin Ramírez Gallegos, “Participación y desconfianza política en la transformación constitucional del Estado ecuatoriano”, ponencia presentada en el seminario Reforma del Estado en los países andino-amazónicos, La Paz, IFEA-PHEB, junio de 2009.

¹⁷ Franklin Ramírez G. “Post-neoliberalismo indócil. Agenda pública y relaciones socio-estatales en el Ecuador de la Revolución Ciudadana”, en *Temas y Debates*, n° 20, octubre 2010.

más oficialista, La Cámpora, traza el vínculo con la “gloriosa juventud de los 70”¹⁸ y con un peronismo de izquierda bastante ajeno a la “historia oficial” del movimiento; operación político simbólica a la que se suma entusiastamente Cristina Fernández.

Asistencialismo o igualdad: ¿Qué inclusión social?

La voluntad de salir del rentismo se expresó en Venezuela en la fórmula de Arturo Úslar Pietri: “sembrar petróleo”, que apuntaba a reinvertir los recursos de la renta petrolera en sectores productivos de la economía, especialmente en la agricultura; y esa agenda sigue siendo el pilar del nacionalismo también en Ecuador y Bolivia, donde bastaría con reemplazar petróleo por gas. Pero —como demuestra la historia— no es fácil salir del extractivismo y no alcanza para ello la voluntad presidencial; muchas fuerzas se estructuran alrededor de los intereses que sedimenta. Hoy Venezuela es uno de los mayores importadores de alimentos de toda América Latina (por un monto de más de 5.000 millones de dólares).¹⁹

También Bolivia y en gran medida Ecuador, cuya economía, además, sigue dolarizada, padecen de esta “enfermedad neocolonial”. Incluso en Argentina, el auge de la megaminería fue impresionante en los últimos años, fomentando la acumulación por desposesión.²⁰ Pero a diferencia de los otros casos, aunque con altos niveles de concentración y extranjerización²¹, Argentina presenta una mayor diversificación industrial, hoy combinada con una recuperación de la capacidad de negociación salarial de los sindicatos, en un contexto de reducción del desempleo y ampliación de las políticas sociales pero de muy elevada inflación.

Es en Venezuela donde se han ensayado más políticas, aunque también, de los tres, es el país donde estos emprendimientos han estado más desarticulados con las institucionalidad vigente. Vale la pena detenernos aquí, ya que el socialismo bolivariano es a menudo considerado la experiencia más radical en el continente. En más de una década, el régimen de Chávez ha ensayado varios mecanismos —en

¹⁸ Esto no debería llevarnos de ningún modo a creer que hay algún punto de comparación biográfico entre estos jóvenes funcionarios y los combatientes de los años 70.

¹⁹ <http://www.americaeconomia.com/negocios-industrias/importaciones-de-alimentos-en-venezuela-ascenderan-us6500m-en-2011>

²⁰ Maristella Svampa y Mirta Antonelli, coords., *Minería transnacional, narrativas del desarrollo y resistencias sociales*, Buenos Aires, Babel, 2009.

²¹ Daniel Aspiázu y Martín Schori, “La difícil reversión de los legados del neoliberalismo. La recuperación industrial en Argentina en la posconvertibilidad”, en *Nueva Sociedad*, n° 225, enero-febrero 2010.

la primera etapa, “operativos cívicos militares”– para llevar adelante “procesos de inclusión masivos y acelerados” a través de “una distribución más justa de la renta petrolera”. Los críticos del rentismo hablan de la “cultura de campamento” en Venezuela, en la que predominan los operativos extraordinarios sin continuidad en el tiempo.²² Pero fue el propio Chávez quien, admitiendo implícitamente el fracaso de una agenda de desarrollo poshidrocarbúrfica, definió al proyecto en marcha como “socialismo petrolero”.²³

En ese marco, la receta más exitosa para este fin fueron las misiones sociales, con mucha repercusión dentro y fuera de Venezuela y cuyo comienzo está fechado en 2003. Las razones de su implementación estuvieron relacionadas con la coyuntura política y el propio Chávez relacionó la implementación de las misiones con las encuestas que le daban perdedor para el revocatorio convocado para 2004 a iniciativa de la oposición, ante lo cual pidió ayuda a Fidel Castro para montar una megapolítica social.²⁴

Aunque incluso los críticos admiten los efectos positivos de las misiones, los cuestionamientos remiten a su carácter *ad hoc* de la institucionalidad vigente (en general, son financiadas por la petrolera estatal PDVSA), lo que se justificó en el oficialismo en la necesidad de evitar las trabas burocráticas y dotarlas de celeridad (el viejo Estado aparece a menudo como una traba para la revolución

²² Rafael Uzcátegui, *La revolución como espectáculo. Una crítica anarquista al gobierno bolivariano*, Tierra del Fuego, Buenos Aires, El Libertario-La cucaracha ilustrada-Malatesta, 2010.

²³ Durante el Aló Presidente 288, el mandatario venezolano explicó que “estamos empeñados en construir un modelo socialista muy diferente al que imaginó Marx en el siglo XIX. Ese es nuestro modelo, contar con esta riqueza petrolera”. Afirmó, además, que “El socialismo petrolero no se puede concebir sin la actividad petrolera” y que este recurso “le da una configuración peculiar a nuestro modelo económico” (“Chávez: Estamos construyendo un socialismo petrolero muy diferente del que imaginó Marx”, Prensa de PDVSA, 29-7-2007, *Aporrea*, en línea: <http://www.aporrea.org/ideologia/n98719.html>).

²⁴ “Ustedes deben recordar que, producto del golpe y todo el desgaste aquel, la ingobernabilidad que llegó a un grado alto, la crisis económica, nuestros propios errores, hubo un momento en el cual nosotros estuvimos parejitos [con respecto las fuerzas de oposición], o cuidado si por debajo. Hay una encuestadora internacional recomendada por unos amigos que vinieron a mitad del 2003, pasaron como dos meses aquí y fueron a Palacio y me dieron la noticia bomba: ‘Presidente, si el referéndum fuera ahorita usted lo perdería’. Yo recuerdo que aquella noche para mí fue una bomba aquello... Entonces fue cuando empezamos a trabajar con las misiones, diseñamos aquí la primera y empecé a pedirle apoyo a Fidel. Le dije: ‘mira tengo esta idea, atacar por debajo con toda la fuerza’ y me dijo: ‘Si algo sé yo es de eso, cuenta con todo mi apoyo.’ Y empezaron a llegar los médicos [cubanos] por centenares, un puente aéreo, aviones van, aviones vienen y a buscar recursos... Y empezamos a inventar las misiones... y entonces empezamos a remontar en las encuestas, y las encuestas no fallan...”. Citado en Marta Harnecker, Intervenciones del Presidente el día 12 de noviembre del 2004 (*Aporrea*), citado en Uzcátegui, ob. cit.

que se resuelve creando institucionalidades paralelas y no poco inestables en términos de continuidad).

Al mismo tiempo, el sistema de salud formal ha enfrentado su peor crisis entre 2008 y 2009 y las propias autoridades reconocieron el colapso funcional del sistema sanitario (incluyendo casos de cierre por migración del personal médico, el mal estado de la infraestructura y la insalubridad y la inseguridad).²⁵ A lo que se suman niveles muy elevados de inseguridad ciudadana que afectan sobre todo a los sectores populares.

También en Ecuador y Bolivia el modelo podría definirse como una combinación de extractivismo –con una mayor presencia estatal, vía procesos de nacionalización²⁶–, desarrollismo moderado (sobre todo infraestructura caminera) y democratización en el reparto de la renta hidrocarburíferas. En general, también en Argentina, se apuesta por políticas de transferencia directa de renta (bonos) e infraestructura social (salud, educación, alimentos a bajo costo, etc.). Pero a pesar de los discursos –que transmiten mucho de ilusión desarrollista/industrialista– y ciertos planes de desarrollo más heterodoxos (sobre todo en Ecuador, al menos en el papel) hay pocos avances en la elaboración de una agenda posextractivista de mediano o inclusive de largo plazo.

* * *

A la luz de este rápido repaso, sin duda hay puentes entre una izquierda libertaria y los actuales procesos de cambio, pero también hay algunos precipicios. Es claro que las izquierdas formaron parte de los movimientos populares que debilitaron al neoliberalismo en las calles y que en Bolivia, Venezuela, Ecuador y –de manera mucho menos directa y más compleja– en Argentina habilitaron nuevos gobiernos progresistas. Hoy es claro que si estos gobiernos fracasan lo que vendrá no será “más izquierda” sino tendencias restauracionistas del viejo orden. Indudablemente, la vuelta del Estado, niveles más consistentes de independencia nacional y voluntad de integración latinoamericana son parte del haber de los nuevos gobiernos y las izquierdas deberían escapar a las lecturas “antipopulistas”: la política ha vuelto al centro de la escena y eso es positivo.

Sin duda, es posible observar un proceso de democratización en su sentido amplio: siguiendo a Tilly, el desarrollo de la confianza política, la disminución de la autonomía de los centros de poder independiente (los poderes fácticos) en

²⁵ Cartaya y Cartucci, ob. cit.

²⁶ Con todo, algunos sectores acusan a Chávez de debilitar la nacionalización de los ‘70 con los contratos de asociación con empresas transnacionales (ver sitio web www.soberanía.org).

relación a la producción de las políticas públicas y el aumento de la igualdad política.²⁷ Pero eso no debe impedir enfrentar tendencias efectivas contra la autonomía social derivadas de lógicas organicistas o procesos de judicialización de la política, ni deberíamos caer en polarizaciones “fáciles” contra enemigos elegidos por los gobiernos en función de objetivos a menudo coyunturales.

Lo mismo vale para la economía: si se avanzó en políticas sociales más amplias no es menos cierto que un proyecto de izquierda debería ir más allá de perspectivas compensatorias y poner la redistribución en un plano más ligado a un proyecto de reformas consistente (no es casual que la reforma impositiva siga siendo una tarea pendiente a excepción de Ecuador). Y eso también vale para los valores: en Venezuela se ha conformado la llamada “boliburguesía” o “burguesía bolivariana” en un contexto de elevadísima corrupción y niveles no menos preocupantes de impunidad. En tanto que en Argentina, el kirchnerismo (por su propia trayectoria y forma de construcción política) ha habilitado niveles de pragmatismo político incompatibles con una verdadera reforma intelectual y moral de la política. Acá habría que decir que criticar la idea de que “la política es no hacerle asco a nada”²⁸ no es sinónimo de mera candidez intelectual. No hay que perder de vista que la cara oscura del “retorno de la política” –y esto vale especialmente para Argentina– es el capitalismo de amigos, una medición “política” de la inflación y la consolidación de una visión camarillesca del poder.

Un tema aparte es el geopolítico. El apoyo más o menos explícito del bloque “nacional y popular” a Muamar Kadafi ha colocado a los gobiernos de Chávez, Evo Morales, Daniel Ortega y Correa en una posición hostil hacia la revolución democrática árabe. El hecho de que en un comienzo Chávez haya admitido que se informó de la situación que vivía Egipto y Túnez a través de Kadafi y el dictador sirio Bashar al Asad dice mucho de la visión puramente “geopolítica” del nacionalismo en el poder en contra de una solidaridad internacionalista efectiva con los pueblos que luchan. Al mismo tiempo, el abrupto giro de Chávez frente a Colombia, a cuyo gobierno ahora entrega a jefes capturados de las Farc²⁹, advierte sobre la necesidad de no hacer seguidismo y mantener posiciones críticas e independientes.

Obviamente, el apoyo crítico no es sencillo en la práctica donde a menudo es difícil posicionarse entre el oficialismo acrítico y la oposición “destituyente” sin aparentar neutralidad o dar la imagen de purismo intelectual. Como es sabido,

²⁷ Charles Tilly, *Democracia*, Madrid: Akal, 2010.

²⁸ José Pablo Feinmann, *El flaco. Diálogos irreverentes con Néstor Kirchner*, Buenos Aires, Planeta, 2011.

²⁹ “¿Qué significa la deportación del director de Anncol a Colombia?”, en *La semana*, 26-4-2011, <http://www.semana.com/nacion/significa-deportacion-del-director-anncol-colombia/155717-3.aspx>.

cualquier toma de posición en política tiene consecuencias que escapan a quien emite cierto discurso. Pero entre meterse acriticamente en el “barro” para “estar con el pueblo” o mantenerse en una cómoda torre de marfil hay una variedad de posicionamientos posibles tanto en términos políticos como intelectuales, sin aceptar un binarismo que en boca de Bush o de Chávez conduce al mismo resultado: ahogar el pensamiento crítico. Como señala Guillermo Almeyra, llevar a la política una instrucción que aparecía al lado de los choferes del transporte colectivo en Argentina: “no molestar al conductor”.

Resumen:

La relación entre izquierda y “populismo” ha sido siempre un tema en extremo complejo, y esas relaciones ambivalentes se reactualizan hoy con la llegada al gobierno de varios movimientos que reviven la matriz nacional-popular. Este artículo combina un análisis empírico de los avances, las inercias y los desafíos de los gobiernos de Argentina, Bolivia, Ecuador y Venezuela con una discusión más amplia: ¿existe verdaderamente un clivaje izquierda/derecha? En ese caso, ¿ese clivaje es pertinente para aprehender las realidades latinoamericanas? La tesis central de este artículo es que una agenda de izquierda puede contribuir a poner en discusión temas que ni el nacionalismo ni el indigenismo abordan adecuadamente.

Palabras clave: América Latina; Populismo; Izquierda; Indigenismo.

Abstract:

The relation between the left and “populism” has always been a very complicated and ambivalent issue. This ambivalence is being renewed now with the conquest of power by various movements ascribed to a classical Latin American “national-popular” sensibility. This article offers an analysis of the various advances, inertias and challenges in the policies of the Argentinian, Bolivian, Ecuadorian and Venezuelan governments. It combines this empirical approach with a wider discussion: is there a real left vs. right dichotomy? Is this dichotomy pertinent to the comprehension of Latin American realities? The main thesis of this article is that a left wing agenda can help to tackle issues not adequately confronted by nationalism and indigenism.

Keywords: Latin America; Populism; Left; Indigenism.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Tres explicaciones sobre el kirchnerismo, y una apostilla socialista

Omar Acha¹

Introducción

El argumento de este texto constituye un aporte de solidaridad cultural, diremos, para la mollera kirchnerista. Nuestros fines son otra cosa que la generosidad pluralista con quien piensa distinto: arrojaremos brasas de pensamiento crítico al espesor de imprecisiones que la propaganda kirchnerista trafica en su apetencia por “profundizar el modelo nacional y popular” y combatir a “la derecha”. Mostraremos que esas figuras retóricas ocultan más de lo que revelan, no porque sean retóricas, sino por su clamorosa inexactitud.

La discusión del kirchnerismo es fructífera para la definición de nuestra época y sus contrariedades. Para comenzar a saldar el extravío de las representaciones sociales kirchneristas, esto es, las maneras en que se autoinstituye, es preciso despejar varias nociones equivocadas que opacan su comprensión.

Se trata de rótulos que enmascaran el temperamento histórico de la Argentina contemporánea. Se dice que el kirchnerismo es un *populismo*. Eso es falso. El populismo como sistema social existió en América Latina, y por ende en la Argentina, en un periodo histórico muy preciso. Y ese periodo concluyó hace treinta años. Luego pervivieron *rasgos populistas*, en algunas briznas discursivas y en ciertos gestos. Pero la diferencia con el populismo como estructuración de una sociedad es notoria.

En segundo lugar, el kirchnerismo se proclama haber impuesto un *modelo antineoliberal*. Es otra tergiversación. El kirchnerismo se constituye en una relación contradictoria de continuidad y cambio respecto del periodo neoliberal de la Argentina; corrige la fallida lógica de dominación del neoliberalismo y reformula, con destacables novedades que analizaremos, su régimen de acumulación y consenso.

En tercer lugar, y como derivación de las tácticas de legitimación requeridas por una estructuración desigualitaria de lo económico-social, la “inclusión”

¹ Universidad de Buenos Aires. Email: omaraacha@gmail.com. Agradezco comentarios de integrantes del Consejo Editorial de *Nuevo Topo*.

pregonada por el kirchnerismo, condenada a ser parcial y endeble, se suplementa con un discurso nacional-popular desajustado con su lógica extractivista y transnacionalizada. El mito de un retorno de *lo nacional-popular* constituye otro equívoco que reviste al kirchnerismo de una pátina mitológica, no obstante, eficaz para revestir de consenso a su vertebración económico-social de capitalismo posmoderno.

La comparación del kirchnerismo con el primer peronismo nos brindará la ocasión para establecer su peculiaridad y las condiciones de su estilística de dominación política. Algunas contextualizaciones latinoamericanas despejarán la tentación de creer que el kirchnerismo supone una singularidad intransferible.

Luego de arrimar el hombro al desbrozamiento de las frivolidades propagandísticas del kirchnerismo, explicaremos lo conveniente de establecer una caracterización crítica de la época presente. Intentaremos establecer por qué está pendiente la construcción de una opción socialista para la refundación de una práctica emancipatoria.

El populismo

El empleo del vocabulario de Ernesto Laclau se ha extendido en algunos sectores intelectuales que creen, de ese modo, apropiarse de una justificación, e incluso una validación, del populismo. Teoría del discurso, genealogía del poder, deconstrucción y psicoanálisis se entrelazan para detectar en el establecimiento de una frontera política entre el pueblo y el antipueblo un gesto definitorio de toda política. Así las cosas, el populismo no sería una versión degradada de la política democrática y republicana, sino el núcleo ambiguo pero constitutivo en su vacilación productiva, de lo político. Al generar su trama enhebrando una pluralidad de demandas sociales en una cadena equivalencial configuradora de un nosotros, el pueblo, contra un “otro” antipopular, no habría un afuera del populismo que permitiera evaluarlo. Justamente porque anuda lo político como tal, las clasificaciones tradicionales de las ideologías (comunismo, liberalismo, socialismo, fascismo, etc.) serían insuficientes para dar cuenta de lógicas populistas que las atraviesan.

El populismo, así entendido, es una formación discursiva. En lugar de reducir la multiplicidad de aspectos de la realidad al lenguaje, Laclau postula que la dinámica de esa multiplicidad se estructura, siempre fallidamente, en una gramática con reglas (eficacias productivas de significantes vacíos, diferencias, equivalencias, líderes, fronteras, etc.).²

² Ernesto Laclau, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005. Ver

Ubicado entre las ofertas teóricas y empíricas que estudian el populismo latinoamericano, el planteo de Laclau es menos original de lo que aparenta.³ Las referidas ofertas se organizan en dos grandes grupos, con consecuencias interpretativas divergentes: las explicaciones histórico-estructurales y las explicaciones político-ideológicas.

Las perspectivas que entienden al populismo latinoamericano desde la óptica histórico-estructural señalan una serie de condiciones para su emergencia: crisis del modelo agro-exportador o minero-exportador tras la debacle económica mundial de 1929, deslegitimación de la dominación política hasta entonces vigente, descompensación de las balanzas de pagos, inicio de programas industrialización sustitutiva de importaciones, migraciones internas y urbanización, formación de nuevas clases populares. Estos serían rasgos comunes que afectaron la formación de las experiencias populistas en toda América Latina, en cada país con sus peculiaridades, tiempos y derivas. La única excepción fue Uruguay, donde el batllismo es el unicornio que parece evadir el panorama descripto. Pero las políticas populistas de Getúlio Vargas en Brasil, Juan Perón en Argentina, Lázaro Cárdenas en México, los breves años reformistas de Fulgencio Batista en Cuba (1937-1940), del asesinato Jorge E. Gaitán en Colombia, de Carlos Ibañez en Chile, de Víctor R. Haya de la Torre en Perú aunque no consiguiera el poder, de Víctor Paz Estenssoro en Bolivia, y otros casos, ingresarían al periodo histórico explicado por la concepción histórico-estructural del populismo: aproximadamente entre 1930 y 1980.⁴

también, Francisco Panizza, ed., *Populism and the Mirror of Democracy*, Londres-Nueva York, Verso, 2004.

³ Una orientación bibliográfica sobre el “populismo latinoamericano” puede hallarse en Michael Connif, ed., *Latin American Populism in Comparative Perspective*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1982; José Álvarez Junco y Ricardo González Leandri, comps., *El populismo en España y en América*, Buenos Aires, Catriel, 1994; María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, eds., *Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la Cenicienta*, Buenos Aires, Eudeba, 1998; Jorge Ferreira, org., *O populismo e sua historia. Debate e crítica*, Río de Janeiro, Civilização Brasileira, 2001.

⁴ Torcuato Di Tella, “Populismo y reforma en América Latina”, en *Desarrollo Económico*, vol. 4, n° 16, 1965; Octavio Ianni, *El colapso del populismo en el Brasil*, México, Era, 1973; Francisco Weffort, *O populismo na política brasileira*, Río de Janeiro, Paz e Terra, 1978; Peter F. Klaren, *Formación de las haciendas azucareras y orígenes del APRA*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1970; Steve Stein, *Populism in Peru. The Emergence of the Masses and the Politics of Social Control*, Madison, University of Wisconsin Press, 1980; Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, Era, 1974; Nora Hamilton, *Los límites de la autonomía del estado*, México, Era, 1986; Carlos M. Vilas, comp., *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1994; Robert Whitney, “The Architect of the Cuban State: Fulgencio Batista and Populism in Cuba, 1937-1940”, en *Journal of Latin American Studies*, vol. 32, n° 2, mayo de 2000.

La argumentación político-ideológica del populismo latinoamericano plantea dos objeciones al enfoque anterior. Enfatiza que la aproximación estructural no explica la formación de las *hegemonías* populistas. Las “condiciones” del populismo son datos o *inputs* de una “caja negra” de la que afloran, como consecuencias u *outputs*, la crisis populista (del peronismo en 1955 o 1976, de la experiencia brasileña en 1954 o en 1964, etc.). Al evadir la comprensión de cómo se construyeron las identidades populistas, dejan sin analizar lo principal: la adhesión popular masiva a los regímenes de Perón, Cárdenas o Vargas. Ese señalamiento es justo.

Otra objeción es que la periodización histórico-estructural no puede dar cuenta de los neopopulismos de los años noventa (identificados con Carlos Menem, Fernando Collor de Melo, Alberto Fujimori, entre otros) o los actuales (Evo Morales, Hugo Chávez, Lula da Silva, los Kirchner, entre otros). En efecto, si los rasgos socio-económicos del periodo 1930-1980 son imprescindibles para explicar el populismo, ¿cómo entender los neopopulismos neoliberales, privatizadores, o los compatibles con la transnacionalización económica? El enfoque político-ideológico juzga al populismo latinoamericano (y al populismo en general) como un estilo político o una formación discursiva. Las condiciones sociales y económicas no alcanzan para describirlo. Estaría animado por invocaciones al pueblo, unificado alrededor de líderes enfrentados por la “oligarquía” o el “imperialismo”, poco compatibles con el liberalismo y el republicanism institucionalista. En lo esencial, la teoría filolacanianana del populismo en Laclau pertenece a este lote.⁵

Aquí sostendremos que hay un elemento crucial aportado por la perspectiva político-ideológica, generalmente ausente en el enfoque histórico-estructural: la explicación de las gramáticas del consenso y el antagonismo populistas. Pero esa contribución no alcanza para instituirse como una descripción adecuada de la construcción y trayectoria del populismo en tanto forma de dominación. Esta es incomprensible sin las condiciones económicas y sociales que especifican la posibilidad de una proyección reformadora según se observa en las experiencias populistas latinoamericanas. El nacionalismo templado, el distribucionismo de

⁵ Otras referencias del punto de vista político-ideológico; Peter Worsley, “El concepto de populismo”, en Ghita Ionescu y Ernest Gellner, eds., *Populismo. Su significado y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970; Alan Knight, “Populism and Neopopulism in Latin America, Especially Mexico”, en *Journal of Latin American Studies*, n° 30, 1998; Carlos De la Torre, *Populist Seduction in Latin America. The Ecuadorian Experience*, Athens, Ohio University Center for International Studies, 2000; Kurt Weyland, “Clarifying a Contested Concept: Populism in the Study of Latin American Politics”, en *Comparative Politics*, vol. 34, n° 1, octubre de 2001; Kenneth M. Roberts, “Social Correlates of Party System Demise and Populist Resurgence in Venezuela”, en *Latin American Politics and Society*, vol. 45, n° 3, otoño de 2003.

una fracción accesorio del beneficio empresario, la intervención estatal, la integración de masas populares al orden político y social, caracterizaron una época de la historia latinoamericana en confluencia con estilos políticos singulares. Pero es perceptible que el agotamiento del mercado-internismo con aspiraciones industrializantes, obvia desde los primeros años 1980 con la llamada “crisis de la deuda”, marcó un antes y un después en la historia del populismo.

La desindustrialización, el crecimiento del desempleo y la crisis fiscal, socavaron las bases del populismo tal como se lo conoció en las décadas precedentes. Perduraron algunas grafías populistas, en el marketing o el lenguaje de los políticos, pero sin duda las nuevas estructuras económico-sociales no pudieron sostener programas populistas. La última experiencia al respecto fue el estruendoso fracaso del aprismo de Alan García en el Perú de los ochenta. El neoliberalismo de los noventa barrió toda América Latina, con la excepción de Cuba, porque era sistémico con el cierre inflacionario del ciclo populista y mercado-internista precedente. Las economías se abrieron a la onda globalizadora, las estructuras corporativas (y especialmente las sindicales) flaquearon, las sociedades se fragmentaron e incubaron amplios sectores de informalidad y marginalidad.

Se habló entonces de un neopopulismo de mercado, sobre todo por la utilización de los medios de comunicación para construir consenso alrededor del antiestatismo y la glorificación darwinista del mercado. Pero pronto se vio que esa denominación era inadecuada. No sólo porque la explicación discursiva era insuficiente (las apelaciones al pueblo fueron usualmente más reducidas que las dirigidas a “la gente”), sino también porque las condiciones socio-económicas impusieron su eficacia sobre los lenguajes políticos. Sobre todo eso se hizo claro con el estallido de los regímenes neoliberales hacia el año 2000.

El uso político-ideológico del término populismo para describir las hegemónías construidas en la última década tampoco parece pertinente. Sin duda pueden hallarse rasgos populistas en algunas invocaciones de Morales, Dilma Rousseff, o de Chávez, pero es claro el lugar menor y ambiguo de tales usos. En el caso del kirchnerismo, el ensayo más sistemático de atribuirle una “lógica populista”, encarado por investigadoras identificadas con el programa teórico de Laclau, fue un sonoro fracaso.⁶ No solo porque el sector político analizado como base empírica del “populismo”, la agrupación Barrios de Pie (cuyo discurso sí tiene vigorosas inflexiones populistas), se alejó del kirchnerismo, sino porque un análisis ponderado del discurso de Néstor Kirchner y Cristina Fernández revela la aleatoriedad de la apelación al “pueblo”. Este significativo

⁶ Paula Biglieri y Gloria Perelló, comps., *En el nombre del pueblo. El surgimiento del populismo kirchnerista*, Buenos Aires, Universidad Nacional de San Martín, 2007.

coexiste con otros como “argentinos y argentinas”, “ciudadanos y ciudadanas”, o “gente”. Por lo tanto, es impracticable dar cuenta del discurso kirchnerista, no digamos ya del populismo como principio organizador del poder social, bajo la lupa teórica del herramental populista en su explicación político-ideológica. La monserga laclauiana sobre el populismo es demasiado unilateral y apriorística si se quiere comprender un kirchnerismo que exige considerar sus condiciones de posibilidad tanto como, y aquí sí son útiles algunos tramos del pensamiento de Laclau, su estilo político.

Recientemente se produjo un revelador entuerto en torno a la idea de una “profundización del populismo” sugerida por el viceministro de Economía Roberto Feletti. Pragmática, la presidenta Fernández reconvino crudamente a Feletti y ordenó al ministro del área, Amado Boudou, desautorizar las expresiones de su subordinado. Por supuesto, como el término populismo pareció útil para la oposición al kirchnerismo, los “grandes diarios” insistieron en los peligros del presunto y horroroso populismo que conduciría a un “chavismo”. Nada más lejos de las intenciones kirchneristas.⁷

El “modelo” antineoliberal

La noción de “modelo” constituye una piedra angular del discurso legitimador kirchnerista. ¿Qué es el modelo? Es un programa de crecimiento económico, liberado del ahogo de una deuda externa inmanejable, con una impronta estatal renovada pero consistente con altas tasas de ganancia del capital agrario, industrial y financiero, blindado con una dosis de inclusión social, reconocimiento de ciudadanías, vigencia de una política de derechos humanos hacia el pasado dictatorial, y una dimensión carismática del liderazgo por parte de la cúpula kirchnerista. Como se ve, el “modelo” tiene diversas facetas interconectadas. Es demasiado complejo para ser entendido, siquiera en el plano puramente discursivo, por el término populismo.

El “modelo” se quiere antagonico del neoliberalismo de los noventa, con el que pregona romper amarras. Mientras el neoliberalismo es antiestatal y pro mercado, el “modelo” kirchnerista proclama la necesidad de intervención del Estado; mientras el neoliberalismo ensalza la desigualdad inductora de

⁷ Véase la entrevista a Feletti “Estamos revisando la matriz de negocios del sector empresario”, en revista *Debate*, 6 de mayo de 2011; y las alarmas mediáticas en: Marcelo Bonelli, “Ante la caja de Pandora del populismo y el estatismo”, en *Clarín*, 20 de mayo de 2011; Roberto Cachanosky, “Populismo y pobreza”, en *La Nación*, 20 de mayo de 2011.

talentos egoístas que “derramarán” la riqueza producida sobre el conjunto, el “modelo” reconstruye las contenciones sociales y culturales por parte del Estado hacia los sectores y clases excluidas por la desindustrialización; mientras el neoliberalismo privilegia la especulación financiera, el “modelo” impulsa la reindustrialización y la productividad. En suma, mientras el neoliberalismo se adecuó a los dictados del Consenso de Washington en torno a la reducción del déficit fiscal, privatizaciones, devaluación, apertura comercial, con la brújula del control de la inflación, el “modelo” es regulado internamente en pos de una cohesión equitativa de “los argentinos”. Por cierto, la virtud del “modelo” es que a la vez que incluye, procura condiciones inmejorables para el crecimiento económico. El kirchnerismo insiste sobre las comparaciones entre la performance de los países centrales en la crisis financiera mundial de 2008-2009 y una Argentina que sintió moderadamente el cimbronazo.

El “modelo”, sin embargo, es un producto de las transformaciones neoliberales de las últimas décadas. No implica una mera continuidad, pues el kirchnerismo sabe bien que el 2001 aconteció algo muy importante en la Argentina. Se abrió una fisura en la reproducción de lo social. Estuvo lejos de ser una revolución. Tampoco se vislumbró una salida política consistente. Pero la Argentina bordeó un abismo insoportablemente democrático para los políticos burgueses: el *Que se vayan todos*. Quizá la actitud en buena parte de los equipos políticos del kirchnerismo ante las demandas sociales sea sincera. En todo caso, asume la tarea de cicatrizar algunas heridas y retomar la acumulación de capital.

Decíamos que el “modelo” es impensable sin la obra de un cuarto de siglo en el desmontaje de una lógica populista y mercado-internista que intentó destruir el gobierno peronista de Isabel Perón con el Plan Rodrigo de 1975, encaró parcialmente la dictadura, quiso profundizar el radicalismo con las reformas propuestas por Rodolfo Terragno, y realizó en buena medida el peronismo menemista durante los años noventa. En esas décadas avanzó la desregulación y la transnacionalización económica. Se creó una base de desocupación que parece más bien una población marginal. Ya no se trata de un “ejército industrial de reserva”, fluctuante al ritmo del ciclo de la inversión productiva, sino de una capa persistente de desempleo y exclusión. También durante el último cuarto de siglo que precedió al ascenso del kirchnerismo se transformó la limitación de la frontera agrícola, y se modificó la composición de las exportaciones primarias a la luz de una reversión del famoso “deterioro de los términos de intercambio” que afectaba negativamente a los países periféricos. El incremento de los precios internacionales de la soja, del maíz y del trigo, expandieron los cultivos, altamente tecnificados y globalizados. También la matriz industrial, cuyos islotes de enorme productividad son de competitividad planetaria, se formaron en la

fase que el “modelo” kirchnerista dice aborrecer. El extractivismo exportador, al que se añade una industria más pequeña pero competitiva, constituye el zócalo habilitador del “modelo”.⁸

Por cierto, tomada nota del 2001, el kirchnerismo es uno de los programas capitalistas posibles en la coyuntura global. Puede haber otro, ligado a sectores de la oposición, en el que la faceta de moderada redistribución kirchnerista debería dar paso a una sumisión más inmediata a la burguesía transnacionalizada, según se argumenta, para favorecer mayores inversiones. Sin embargo, la fórmula del “modelo” parece ser la más inteligente, pues combina un consenso que no supone un recorte importante de las ganancias excepcionales de la burguesía transnacionalizada, tanto en el agro como en la industria y la minería.

El “modelo” no es solo económico, pues le añade la “inclusión social”. Proclama garantizar, por lo tanto, la estabilidad, sin alcanzar cotas de destemplanza como las perceptibles en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Es hoy la fórmula económico-política más funcional a una reproducción ampliada de los beneficios capitalistas. Las fracciones capitalistas comienzan a comprender las bondades del “modelo” kirchnerista para sus balances contables. De allí que se haya fracturado la Mesa de Enlace agraria, un sector mayoritario de la Unión Industrial Argentina se declare solidario con la presidenta Fernández, y el sindicalismo verticalista de la Confederación General del Trabajo también pueda conciliar su fortalecimiento corporativo con la permanencia de sus negocios. Mientras los precios internacionales de los *commodities* permitan desviar una fracción menor a la acumulación política e integración social kirchneristas, seguramente su propuesta perdurará. Quizá cambie antes de que se agote el ciclo alcista de aquellos precios debido a la matriz de sucesión familiar que constituyó al kirchnerismo. Es posible que entonces no impere sin más la otra vía de funcionamiento del extractivismo transnacional, identificada con “la derecha”, sino que se imponga una matriz intermedia con ajustes parciales, más represivo y menos “nacional y popular”. Sin embargo, no se observa ninguna alternativa a la base productiva estructural del “modelo” en ninguna opción política actual.

Emir Sader ha intentado describir la situación política latinoamericana del último decenio a través del concepto de posneoliberalismo.⁹ Pero las realidades nacionales del subcontinente son bastante diversas. Si se han abandonado temas

⁸ Sobre la estructura productiva y sus antecedentes, ver Enrique Arceo y Eduardo Basualdo, *comps., Las condiciones de la crisis en América Latina. Inserción internacional y modalidades de acumulación*, Buenos Aires, CLACSO, 2009.

⁹ Emir Sader, *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno-CLACSO Coediciones, 2009.

decisivos del neoliberalismo, otros han perdurado, tal como el inmarcesible principio del superávit fiscal en la Argentina y en el Brasil.

Tampoco se ha destruido la primacía de otro núcleo ideológico neoliberal: el temor a la inflación, a pesar de las alusiones “keynesianas” en boca de algunos peritos kirchneristas en teoría económica. Más profundamente, el diagnóstico de posneoliberalismo es insuficiente pues se resiente por su carácter espacial o metonímico. Destaca un “más allá” o un “después” del neoliberalismo, pero no explica qué es eso que lo siguió o lo desplazó. Nos dice que algo ha fenecido, sin abundar sobre qué lo reemplazó.

Un concepto con mejor capacidad de descripción y de comprensión histórica es el de *neodesarrollismo*.¹⁰ A diferencia del desarrollismo de Arturo Frondizi en la Argentina, o de Juscelino Kubitschek en el Brasil, donde se intentó fundar una sustitución de importación de bienes durables y productos básicos, con otra relación con los capitales internacionales, el neodesarrollismo actual se sostiene en la exportación primaria, un cierto procesamiento de productos del agronegocio, la ya referida industria exportadora, la producción de energía, con una substancial inclinación a favorecer intercambios regionales.

El neodesarrollismo no es proteccionista. Se sostiene en los superávits comerciales característicos del comercio global transformado por la masiva demanda de alimentos por los gigantes asiáticos con sus miles de millones de consumidores. El alto desempleo heredado del neoliberalismo, la fundamental importancia del trabajo informal, crean condiciones atractivas para la acumulación capitalista. La alta desocupación ha menguado hasta alcanzar un dígito, pero se ha mantenido la precarización y las paritarias salariales son socavadas por el constante retraso con el ritmo inflacionario.

Los requerimientos de la producción industrial exportadora, así como una desigual recuperación productiva orientada al mercado interno parcialmente reconstruido, promueven una reversión de la degradación social neoliberal. La inclusión de sectores marginados, el impulso del sistema educativo, y el fomento del consumo masivo, convergen con la búsqueda de estabilidad tras los temores del 2001 para generar una horma biopolítica e ideológica de enorme capacidad hegemónica. El neodesarrollismo no es solo una matriz de acumulación para los

¹⁰ Trabajos recientes sobre el neodesarrollismo en América Latina y Argentina en Fernando Ignacio Leiva, *Latin American Neoliberalism. The Contradictions of Post-Neoliberal Development*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2008; Mariano Féliz y Emiliano López, “La dinámica del capitalismo periférico postneoliberal-neodesarrollista. Contradicciones, barreras y límites de la nueva forma de desarrollo en Argentina”, en *Herramienta*, n° 46, 2010; Claudio Katz, “Los nuevos desequilibrios de la economía argentina”, en *Batallas de Ideas*, n° 1, setiembre de 2010.

capitalistas pequeños, medianos y grandes en todos los sectores de la economía; también plasma consenso.

Asimismo, tiene profundas contradicciones. La economía extractiva y la industrialización parcial, cuyo núcleo principal también es exportador, suponen una extroversión de los flujos productivos. Otra frontera insuperable del “modelo” lo presenta la clase obrera, pues el tipo de cambio favorece el proceso inflacionario, creando una carrera entre precios y salarios. El descontento obrero surge periódicamente, e incluso una CGT revigorizada es incapaz de acallarlo. No hace falta recurrir a enjuagues catastrofistas de luchas de clases revolucionarias avanzando sobre la Casa Rosada para calibrar la contingencia de la estabilidad kirchnerista en materia laboral. La apuesta conservadora del kirchnerismo por un sindicalismo burocratizado y obediente, sin embargo, no puede garantizar una subordinación de las bases obreras. La potencialidad de un cambio de rumbo en la cultura sindical, por lejana que se encuentre, es un espectro que acosa la aparente autoridad monolítica de la CGT moyanista.

Quizá por el momento sean más peligrosas para el “modelo” las manifestaciones ambientalistas contra la minería a cielo abierto, y todavía más las protestas de los pueblos originarios por sus tierras. El carácter destructivo y expansivo del monocultivo sojero puede ser puesto en peligro por las reclamaciones de tierras. De allí la hostilidad del gobierno kirchnerista contra el acampe de representantes del pueblo qom, de Formosa, solicitando la restitución de tierras apropiadas.

La condición transnacional del “modelo”, matizado por la regionalización en el Mercosur (otro legado del neoliberalismo), aspira a un nuevo desarrollismo apto para la situación de los mercados globalizados. Es una fórmula eficaz porque pregona y en parte realiza una inclusión social. También inscribe progresos en materia cultural y de derechos de reconocimiento. Pero cuando se cuestionan las bases económicas del “modelo”, se acaba el progresismo.

Podríamos pensar cuáles fueron los orígenes históricos del programa neodesarrollista. Sin embargo, sería un grueso error trazar el linaje histórico del “modelo” neodesarrollista en el periplo exclusivo de la experiencia argentina (por ejemplo, destacando su antecedente más lejano en el Plan Pinedo de 1940, en la política económica peronista de Alfredo Gómez Morales hacia 1952 y, por supuesto, en el frondizismo). También sería equivocado definir una explicación política del “modelo”, como aduce la propaganda kirchnerista que lo remite a la voluntad decisoria de Néstor y Cristina Kirchner.

Así como el mercado-internismo sostenido en la industrialización sustitutiva “liviana” y el desarrollismo tuvieron alcances latinoamericanos, también lo tiene el actual neodesarrollismo. Es que el neodesarrollismo también obedece, en su diversidad, a transformaciones socio-económicas en el subcontinente, a su vez

encuadradas en el seno de dinámicas globales del capitalismo. El punto no es menor. Sin el ingreso torrencial de China e India al mercado global en los últimos lustros, nada del aparente “modelo” kirchnerista o del orientado por el Partido de los Trabajadores en el Brasil, tendría viabilidad. Son las ganancias formidables del periodo las que posibilitan avanzar, aquí sí con decisión política, sobre estrategias más o menos amplias de redistribución.

La mejor comprensión de la lógica socio-económica neodesarrollista es la que brinda la nueva generación de teorías promovidas por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (la CEPAL), gracias sobre todo al pensamiento organizador de Fernando Fajnzylber. Fue éste quien se atrevió a firmar la partida de defunción del esquema “estructuralista” diseñado por Raúl Prebisch en el paso de los años cuarenta y los cincuenta. Fajnzylber sostuvo que un nuevo proceso de desarrollo debía ser articulado en un contexto mundial, con capacidad para una producción industrial selectiva, al que debía añadirse una cuota importante de “inclusión social”. La fórmula tan insistentemente ostentada por el kirchnerismo de “desarrollo + inclusión”, o como gustaba decir Fajnzylber: “desarrollo con equidad”, fue el programa que la CEPAL sostuvo en contraste con el Consenso de Washington.¹¹ Hay que decir que durante diez años el planteo de Fajnzylber quedó en poco más que un espacio de divergencia conceptual respecto del neoliberalismo, sin demasiadas consecuencias en las políticas económicas latinoamericanas. El economista chileno falleció en 1991, sin saber cuánto de su pensamiento estaría en las agendas de la acumulación capitalista y de la gobernabilidad latinoamericanas pocos años más tarde.

La coyuntura de los precios de los *commodities* y la crisis que rodeó al año 2000 crearon los escenarios para la operatividad de las teorías de la nueva CEPAL en casi toda América del Sur. Una franja de intelectuales reformistas, asociados a cargos estatales en los últimos años, se identificó con el neodesarrollismo.¹² Equipos técnicos de economía y sociología trabajan actualmente en los gobiernos “progresistas” de los países sudamericanos sosteniendo las ideas neocepalianas/neoestructuralistas como soporte teórico e ideológico de

¹¹ Fernando Fajnzylber, “Industrialización en América Latina: de la ‘caja negra’ al ‘casillero vacío’”, en *Cuadernos de la CEPAL*, n° 60, 1989; CEPAL, *Changing Production Patterns with Social Equity*, Santiago de Chile, Naciones Unidas, 1990; Ricardo Ffrench-Davis, *Entre el neoliberalismo y el crecimiento con equidad*, Santiago de Chile, J. C. Sáez, 2003.

¹² Ver estos materiales: la “Declaración de Río de Janeiro. Repensar la teoría del desarrollo”, el texto de Celso Furtado, “Los desafíos de la nueva generación”, y el de Aldo Ferrer, “Globalización, desarrollo y densidad nacional”, en *Cuadernos del Pensamiento Crítico Latinoamericano*, n° 4, CLACSO, 2008 (disponible en <http://bibliotecavirtual.clacso.org/ar/libros/secret/cuadernos/furtado/furtado.pdf>, consultado en mayo de 2011).

los “modelos” de Argentina y Brasil, del Chile de Michelle Bachelet y del Uruguay del Frente Amplio.¹³ Es un tema de debate en la izquierda que la perspectiva neodesarrollista incumba tramos centrales de las políticas económicas en Bolivia, Ecuador y Venezuela. Algunos autores han propuesto entender una bifurcación entre neodesarrollismo y nuevas maneras de construir el socialismo en el siglo XXI.¹⁴ Sin embargo, hay rasgos compartidos. La diferencia es que mientras en el primer grupo de países consolidan el capitalismo periférico en la era global, en el segundo lote se producen contradictorias experiencias que lo ponen en tensión. No por azar es en ellas donde ha renacido la relevancia del cambio revolucionario. Cualesquiera sean los intrínquilis que los caractericen, las diferencias con el lote progresista es indudable.

Volviendo a la realidad argentina, la naturaleza global y cepaliana del neodesarrollismo parece incompatible con las pretensiones “nacionales y populares” de la discursividad intelectual y mediática kirchnerista. Alcanzamos, pues, el umbral de la tercera explicación.

“Nacional y popular”

Es así nomás. La era del kirchnerismo se autoproclamó como una conciliación virtuosa entre el crecimiento económico, la inclusión social y la recuperación de las tradiciones nacional-populares. El discurso prevaleciente durante el bicentenario de 2010 fue hegemonizado por el kirchnerismo, además de otras importantes razones explicables por su posición estatal, en razón de su proclamada urdimbre nacional y popular. Esa presunta raíz fue reforzada por la creación de una línea intelectual del mismo signo que pobló una exposición organizada en el cheto *Palais de Glace*, en Recoleta.

La imagen elegida para representar la prosapia nacional y popular en materia cultural fue un “cerebro” compuesto por circunvalaciones de nombres supuestamente afines a la Argentina kirchnerista: Raúl Scalabrini Ortiz, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, José María Rosa, John William Cooke, Jorge Abelardo Ramos, Arturo Jauretche, Juan Perón, Néstor Kirchner... Un examen

¹³ Un ejemplo de la naturalización “progresista” de enfoques asociados a ideas neoestructuralistas y neodesarrollistas, en Pablo Alegre *et al.*, *Las izquierdas latinoamericanas. De la oposición al gobierno*, Buenos Aires, Ediciones Ciccus-CLACSO, 2010.

¹⁴ Claudio Katz, “Socialismo o neodesarrollismo”, disponible en <http://www.rebelion.org> (consultado en noviembre de 2006); Atilio Borón, *Socialismo siglo XXI. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Buenos Aires, Luxemburg, 2008. Análisis críticos del neodesarrollismo en Rodrigo Castelo, org., *Encruzilhadas da América Latina no século XXI*, Río de Janeiro, Pão e Rosas, 2010.

más informado de lo que sucede en la Argentina y en América del Sur hubiera aconsejado que el cerebro fuera el de Fajnzylber.

En efecto, escritores como Scalabrini, Rosa o Cooke, aunque también Puiggrós y Hernández Arregui, partieron del condicionamiento teórico y existencial de la experiencia crítica de 1930. El ideal de la autarquía acunaba sus deseos nacionalistas. Para ellos, la “burguesía nacional” capitanearía la proa hacia la “independencia económica”. Por cierto, el enfoque estaba lejos de ser homogéneo. Scalabrini y Jauretche, quienes fueron radicales y no peronistas, estaban dispuestos a tolerar las inversiones extranjeras siempre que se excluyeran las inglesas. De allí que apoyaran fervientemente a Frondizi. Este importante matiz, empero, era marginal ante el común convencimiento sobre las virtudes de una industrialización orientada al mercado interno. Por lo tanto, todos ellos son incompatibles con las características del “modelo” kirchnerista, de la estructura de la burguesía transnacionalizada. Mal podrían los escritores *nac & pop* concebir satisfechos una economía donde el sector dinámico fuera el agronegocio y la minería también en manos de empresas transnacionales. ¿Qué dirían de Néstor Kirchner inaugurando las operaciones de Wall Street en 2006, radiante, al tintinear la campanilla de la timba financiera? ¿O qué pensarían de una medida “nacionalista” consistente en pagar de golpe y al contado miles de millones de dólares de la deuda externa? No sabremos jamás qué hubieran dicho. Lo cierto es que el aparato “nacional y popular” en materia intelectual del kirchnerismo es una estafa cultural, o una manipulación destinada a crear una base ideológica pseudonacionalista.

El “modelo” extractivo y globalizado requiere una legitimación diferente a la compacta unidad de economía, sociedad e ideología del populismo latinoamericano difunto hace treinta años. También divergente del consistente acople entre neoliberalismo e individualismo en los años noventa.

Mientras el primer peronismo quiso construir un país semicerrado, estatista y corporativo, su nacionalismo hacía sistema. La Argentina kirchnerista está globalizada. Pero esa globalidad mediada por el Mercosur supone una grieta con la propaganda nacional-popular que procura cimentar una nueva identidad colectiva. ¿Porqué no se contruyó una justificación más consistente? Las debilidades intelectuales del kirchnerismo no son expresión de una falencia teórica argentina; se encaraman en la brecha entre lo económico-social y lo ideológico-político. La irrelevancia de la intelectualidad kirchnerista se mitiga muy lateralmente cuando se pliegan al aparato propagandístico mediático. Por ejemplo, la tropa del grupo “Carta Abierta” existe intelectualmente solo cuando asiste al programa televisivo 6, 7, 8.

La certidumbre de la índole transnacional del “modelo” kirchnerista se lleva mal con la enunciación “nacional”. Puede ser que tenga otro encastre “nacional”,

pero ciertamente no es el del *Palais de Glace*, ni aquél de las postales elegidas para la ilustración del bicentenario 2010. ¿Y qué pasa con lo “popular”? Ya hemos destacado la marginalidad de las invocaciones populares que desgastan las propuestas de un presunto populismo kirchnerista. Su apelación se dirige a derechos ciudadanos, lo que por cierto no hay que lamentar.

El kirchnerismo no es nacionalista ni apuesta a una movilización popular sino con fines propagandísticos. Le es inconcebible una autoactivación protagónica de los movimientos sociales. Invoca presencias masivas para legitimarse y contrariar a la oposición liberal-conservadora o, más exactamente, a sus representantes mediáticos. Utiliza símbolos, artistas populares e imágenes de identificación colectiva con el fin de construir hegemonía. Es importante notar el *desacople* entre esas tácticas de constitución de subjetividad con las lógicas económicas transnacionalizadas y globalizadas.

Desenlaces por izquierda

Hasta aquí hemos explicado por qué tres latiguillos de la propaganda kirchnerista son insostenibles. No es un régimen populista en sentido estricto. El kirchnerismo no estableció un “modelo” antineoliberal claro. Rompió con principios del neoliberalismo, aunque le adeuda las condiciones para una acumulación de capital, realizada en una coyuntura favorable de precios internacionales, al trabajo de las clases populares y la ruina de la naturaleza. Su política económica no es tampoco keynesiana. Es un compuesto de medidas dependientes de unos precios generados exógenamente. La Argentina es quizá hoy más dependiente que en cualquier otro momento de su historia. De allí que sea dudoso el cacareado espolón nacional-popular de su linaje ideológico. Su carácter sistémico se revela por las similitudes entre lo que acontece en la Argentina con lo que ocurre en otras realidades sudamericanas.

Sin la novedad de la elevación constante de los precios globales de los bienes exportables, el kirchnerismo habría sido poco más que una continuación del programa duhaldista de 2002-2003. El primer implementador del “modelo” fue, como se sabe, Roberto Lavagna. Hay que reconocer que el kirchnerismo no fue una sencilla continuidad. Sucede que entonces se inauguró un nuevo régimen de acumulación reclamante de una vigorosa inyección de legitimación. Captar la tendencia sudamericana del neodesarrollismo fue el acierto del kirchnerismo.

Medidas democráticas como el juicio a los militares represores, el matrimonio igualitario o la distribución de *netbooks* en las escuelas, construyeron consenso pues añadieron un plus de voluntad política a las oscilaciones económicas

favorables. Hubo estremecimientos, como los de 2008 y 2009, pero la onda de ganancias continuó. La propaganda kirchnerista no cesó en la producción de imágenes y discursos identitarios, con destreza, al apropiarse de temas ideológicos de la izquierda y de un revisionismo histórico mediático, tal como aconteció en la semana del bicentenario, en mayo de 2010.

Las ambigüedades del “modelo” kirchnerista son sin embargo obvias. El lema “Profundizar el modelo” que funciona como arenga para la propia tropa y enamora al reformismo pro kirchnerista no podría explicar su sentido. El reciente paso a la consigna de “Nunca menos”, estrenada en abril de 2011, sugiere que se ha llegado a un momento de rutinización. Profundizar el “modelo” supone arraigar el extractivismo, la desigualdad estructural, la dependencia transnacional, la explotación creciente de la clase trabajadora, la expropiación de la participación democrática en beneficio de una élite decisionista, contrararas del moderado redistribucionismo funcional al neodesarrollismo. Esto coexiste con la evidencia de que no da lo mismo para las clases populares que regule el “modelo” el kirchnerismo o la derecha neoliberal, aunque sus fundamentos socio-económicos sean los mismos. Una alternativa real y consistente, que no sea mera reacción, solo puede formularse desde la izquierda.

¿Hasta cuándo perdurará la bonanza neodesarrollista? Es imposible saberlo. En el corto plazo no menguará la demanda voraz de bienes primarios y semielaborados, pero los planes chinos e indios para abastecerse de alimentos están progresando. Su impulso es débil porque las clases y Estados dominantes de los gigantes asiáticos se benefician de las “ventajas comparativas” de superexplotar a sus clases trabajadoras. Cuando los precios mundiales se modifiquen, la hegemonía kirchnerista no tardará en derrumbarse como un castillo de naipes. Es previsible que entonces implemente su propio Plan Rodrigo.¹⁵

Plantear una alternativa a los bloqueos o caminos ilusorios de las políticas capitalistas, más o menos “progres”, es inseparable de la reconstrucción de una estrategia socialista en América Latina. Esto es más que un mero deseo: asoma

¹⁵ Cálculos recientes sugieren que hacia 2020 ambos gigantes asiáticos se autoabastecerán de arroz y maíz; India tendrá cubierta buena parte de su demanda de trigo, y ambos países comprarán stocks significativos de soja aunque menores a los actuales. Es previsible que la reducción de la demanda provoque caídas de precios debido a la competencia entre Estados Unidos, Canadá, Brasil y Argentina. En este esquema, Argentina (hoy tercer exportador mundial de soja) es más débil en razón de su imposibilidad de negociar en el seno de los BRICS. Ver Alyssa Tangen, Won W. Koo y Richard Taylor, “Recent Changes in Chinese and India’s Agriculture and Implications on Global Trade of Agricultural Commodities”, en *Agribusiness and Applied Economics*, n° 675, enero de 2011 (accesible en <http://agecon.lib.umn.edu>; consultado en mayo de 2011).

en las experiencias más radicales que, en la misma coyuntura histórica, emergen en el subcontinente.

Las ficciones kirchneristas aquí examinadas serían mal reemplazadas por los mitos habituales de la izquierda forjados en el siglo XX. El pasado de la izquierda, con sus luces y sus sombras, debe ser asimilado con el coraje de replantear la política socialista. Otras tradiciones, tamizadas por nuestros desafíos, también deben ser convocadas. Pensamos en el feminismo, el ecologismo, las luchas de los pueblos originarios, las reclamaciones de derechos civiles, entre otras expresiones de reivindicaciones. El camino será prolongado. La organización de la izquierda no será un sector privilegiado en su representatividad política de un pueblo inerte, sino la movilización transformadora de un poder popular insurrecto. No otra fue la idea de un “partido comunista” explicada por Marx y Engels en el célebre *Manifiesto*. Hay buenas razones para encarar esa tarea con el júbilo de proseguir, a nuestro modo, un combate ya milenario por la autoemancipación de los condenados de la tierra.

Resumen:

Se discute la relevancia de tres nociones usuales en la propaganda kirchnerista, según las cuales la lógica del kirchnerismo sería “populista”, encarnaría una ruptura radical con el neoliberalismo y abrazaría una tradición “nacional y popular”. Se propone que la noción de neodesarrollismo es útil para dar cuenta de las herencias y rupturas del “modelo” kirchnerista con el neoliberalismo. Finalmente es ofrecida una perspectiva sobre la política socialista dentro del marco analizado.

Palabras clave: Kirchnerismo; neodesarrollismo; populismo; socialismo.

Abstract:

Three common labels of the Kirchnerist propaganda are discussed: its alleged “populist” logics, the radical break with neoliberalism and the “national-popular” tradition it would follow. The notion of neodevelopmentalism is suggested to take hold of the heritages and discontinuities with neoliberalism. Finally a perspective of Socialist politics within this context is claimed.

Keywords: Kirchnerism; Neodevelopmentalism; Populism; Socialism.

Habitar todas las subalternidades. Políticas de representación del subalterno o desde dónde leer el mundo contemporáneo

Karina Bidaseca¹

“Un periodista europeo, de izquierda por más señas, me ha preguntado: ‘¿Existe una cultura latinoamericana?’ (...) La pregunta me pareció revelar una de las raíces de la polémica y podría enunciarse también de esta otra manera: ‘¿Existen ustedes?’ Pues poner en duda nuestra cultura es también poner en duda nuestra propia existencia, nuestra realidad humana misma y, por tanto, estar dispuestos a tomar partido a favor de nuestra irremediable condición colonial, ya que se sospecha que no seríamos sino eco desfigurado de lo que sucede en otra parte. Esas otras partes son, por supuesto, las metrópolis, los centros colonizadores, cuyas ‘derechas’ nos esquilmaron y cuyas ‘supuestas izquierdas’ han pretendido y pretenden orientarnos con piadosa solicitud. Ambas cosas con el auxilio de intermediarios locales de variado pelaje”. Fernández Retamar, *Calibán*, 1971, p. 5.

I.

Se torna difícil pensar el sujeto subalterno en nuestra contemporaneidad latinoamericana. “Subalterno” fue un concepto acuñado por Gramsci en los años de 1930, en los *Cuadernos de la cárcel*, inventado, quizá, por no poder pronunciar las palabras “clase” y “proletario” del marxismo, bien porque deseara ampliar esas categorías, o porque quisiera discutir la propia praxis. Lo cierto es que en esa época la universalidad de la clase proletaria prevalecía incuestionablemente.

¹ CONICET/Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín. Profesora de la Universidad de Buenos Aires. Correo: karinabidaseca@yahoo.com.ar. Algunos fragmentos de este artículo se encuentran en mi libro *Perturbando el texto colonial. Los Estudios (Pos) coloniales en América Latina* (Buenos Aires, Ed. SB, 2010). Agradezco la invitación del colectivo editor a participar de la discusión en este interesante dossier.

Sin dudas hoy la discusión sobre el subalterno como sujeto histórico ha cobrado vitalidad, cuando el éxito pero también la reciente crisis financiera del capitalismo, confirma que el marxismo continúa siendo uno de los pensamientos más potentes de la modernidad. Luego de su aparente expiración y del ocaso de la “clase” frente a lo que ahora se conoce como el desafío de interpretar, desde la teoría social, ese/a sujeto/a a través de la interseccionalidad de la clase/género/etnia/raza/sexo. Como explica Grüner (2002), la cuestión gira en torno de aquellos que conciben la teoría marxiana como uno de los “grandes relatos eurocéntricos justificadores de la explotación colonial” (p. 173), e incluso llegan hasta simplificarla en un reduccionismo economicista. Lo cual señala la necesidad de expandir la imaginación de lo (im)posible en este momento histórico singular, más aún si se trata de pensar su contribución a un proyecto político emancipatorio.

Atrás dejamos los años del “fin de la historia” y vaciamiento de la política. En los noventa los sujetos desclasados habrían sido culturizados de acuerdo a la preeminencia del paradigma de las políticas del reconocimiento por sobre las políticas de redistribución (Fraser). Palabras-fuerza como “explotación” habrían sido sustituidas por la aséptica de “pobreza”: para el mundo ya no hay más explotados sino, simplemente, “pobres”. Y, “sin ‘Idea’, la desorientación de las masas populares es ineluctable”, sostuvo Alain Badiou (2010) en el Simposio “Sobre la idea del comunismo”, celebrado en 2009 en Londres en pleno auge de la derecha en Europa.

En medio del ocaso de la “ciudad letrada” y la crisis de la intelectualidad, el fin de siglo ha encontrado a la sociedad plebeya latinoamericana en movimiento, y en su más amplia heterogeneidad representándose a sí misma. Cuerpos indígenas, campesina/os, negros, femeninos, trans, piquetera/os, cacerolera/os... apareciendo en el espacio público, quebrando la mentada política de identidades globalizadas acorde al tiempo hegemónico de la ideología del multiculturalismo. Aunque su intencionalidad antisistémica sea discutible, lo mismo que la crisis de representación que expuso al desnudo la idea de un “pensarse sin estado”, durante los días plenos de efervescencia política de diciembre de 2001 en la Argentina.

En nuestro tiempo, Bolivia y el movimiento conjunto de las masas plebeyas corre en paralelo a la descolonización del Estado y la creación de uno nuevo, edificado sobre un “socialismo de raíces indígenas o socialismo comunitario” (Línera, 2010). Mariátegui fue sin duda quien tempranamente trabajó la complejidad entre marxismo e indianismo. Para el caso boliviano y andino, durante la década de los setenta Fausto Reinaga produjo sus tesis de la revolución en los Andes desde el pensamiento anauato. En similitud con el sociólogo peruano Aníbal Quijano, Raúl Prada Alcoreza explica que en Bolivia, “como también en el resto del continente, debido a las características de la historia colonial, la

lucha no solamente era contra el imperialismo y, por lo tanto, contra el capitalismo, sino también contra el colonialismo, la herencia colonial, la colonialidad, el colonialismo interno. Esta complejidad no fue atendida, señala, por la izquierda tradicional” (Prada 2001).

La discusión sobre los procesos latinoamericanos implica construir reflexiones que sitúan geopolíticamente nuestro locus de enunciación en la necesaria relación intrínseca Sur-Sur, para el análisis del sistema-mundo moderno (Wallerstein), el capitalismo, la explotación, la colonialidad del poder (Quijano) y las políticas de subjetivación y representación del subalterno.

América y África no pueden pensarse como procesos aislados del sistema mundo, sino como mutuamente interdependientes. De este modo lo expresaba el vice-presidente de Bolivia, García Linera, en su Conferencia ofrecida en el otoño de 2010 en Buenos Aires, titulada “La construcción del Estado”: “Interpretar la experiencia histórica de la descolonización en la Sudáfrica de la posguerra, que ha dejado intacta la base material del poder económico, fue uno los acontecimientos más importantes para que Bolivia iniciase el camino hacia la descolonización política, cultural y económica”.

La desorientación de años de dictadura y neoliberalismo en la región, actualizan la posibilidad de escribir una memoria epistémica que ha sido vulnerada e interrumpida. Por ello, en este texto, acudimos a los pensadores anticolonialistas como Frantz Fanon. En esta vinculación entre *sures* (o “estes” que se volvieron “sur”), proponemos revivir el diálogo entre pensadoras y pensadores latinoamericana/os con el Grupo de Estudios de la Subalternidad, iniciado por la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui y la historiadora Rossana Barrágan hacia fines de los años de 1990.

En particular, me interesa tomar el gesto performativo del historiador indio Dipesh Chakrabarty de “Provincializar Europa”, así como su concepción del proletariado “como la condición tanto de un fracaso como de un nuevo comienzo (...) de un sujeto colectivo, sin nombre propio, un sujeto que sólo es posible nombrar a través de una serie de desplazamientos del término europeo original” (citado en Medrazza, 2008: 81). Su obra nos brinda elementos valiosos para comprender, a mi entender, también el sujeto subalterno en Nuestra América así como los riesgos que podría acarrear su “provincialización”. En ese espacio “entre-medio” de la historia colonial en que los signos de la subalternidad inscribieron la identidad precaria del subalterno latinoamericano en el contexto de pervivencia de la colonialidad.

Ahora bien, este diálogo sobre diálogo debe poner de manifiesto la particularidad del contexto contemporáneo de nuestra región en que el populismo, que le es propio, retorna a la escena como ese momento en el que se alcanza la unidad

del pueblo más allá de sus diferencias. Para la nunca resuelta discusión con la izquierda, ello implica una puesta en crisis de una identidad política tallada exclusivamente en la posición de clase.

Lo que quisiera desarrollar en estas páginas es un ensayo sobre algunas ideas acerca del debate académico clase/subalternidad y el político izquierda/populismo, incorporando la cuestión colonial, *desde y en* América latina. A mi entender, el debate académico clase/subalternidad y el debate político izquierda/populismo no logran articularse; sus ideas corren por distintos andariveles. Trataré de esbozar algunos signos de esa, a mi entender, bifurcación, que llevan a momentos de confusión teórico-política que cincelan las políticas de representación del subalterno.

II.

Palabras como “Revolución”, “Comunismo”, aparecen hoy como utopías arcaicas. Si tomamos el contexto político de las guerras de liberación nacional de las décadas de 1950 y 1960, el sujeto alienado al que el martiniqués Frantz Fanon denominó *damné*, era un sujeto potencialmente revolucionario. Ahora bien, ¿cuál es el significado del término *damné*? El condenado de la tierra, ¿a qué está condenado?, a la libertad, a la muerte... ¿qué significación tiene hoy el gesto de *volver* a Fanon o, para nuestras y nuestros estudiantes, leerlo por primera vez?

El *damné* es el sujeto que emerge en el mundo, marcado por la colonialidad del ser. El *damné*, tal y como Fanon lo hizo claro, no tiene resistencia ontológica frente a los ojos del grupo dominador. El *damné* es, paradójicamente, invisible y en exceso visible al mismo tiempo. Este existe en la modalidad de no-estar-ahí; lo que apunta a la cercanía de la muerte o a su compañía. El *damné* es un sujeto concreto, pero es también un concepto trascendental. Émile Benveniste² ha mostrado que el término *damné* está relacionado, etimológicamente, con el concepto *donner*, que significa “dar”. El *damné* es, literalmente, el sujeto que no puede dar porque lo que ella o él tiene ha sido tomado de ella o él. Es decir, *damné* se refiere a la subjetividad, en tanto fundamentalmente se caracteriza por el dar, pero se encuentra en condiciones en las cuales no puede dar nada, pues lo que tiene le ha sido tomado. Esta visión de la subjetividad como fundamentalmente generosa y receptiva ha sido articulada y defendida con mayor rigor por Emmanuel Lévinas. El filósofo judío lituano-francés concibe el dar como un acto metafísico que hace

² Émile Benveniste, “Gift and Exchange in the Indo-European Vocabulary”, en Alan D. Schrift, ed., *The Logic of the Gift: Toward an Ethic of Generosity*, Nueva York, Routledge, 1997, pp. 34-40.

posible la comunicación entre el sujeto y el Otro, así como también la emergencia de un mundo en común. (Nelson Maldonado, 2007: 151).

El Sujeto es un problema crucial en las ciencias sociales. Desde la crisis del consenso ortodoxo de fines de los 60 y el fin de los grandes relatos, esta época fue condición de posibilidad para que el pensamiento sociológico volviera a pensar la acción individual y social, el acontecimiento, la contingencia de los procesos social-históricos, la decisión, y con este giro se operaron varios retornos: el retorno del Sujeto y el retorno de la acción como categorías de análisis.

Autores como Althusser, Pêcheux, Barthes y Foucault en la década del '70 van a dar cuenta de la "muerte del sujeto" moderno, de ese sujeto cartesiano pilar de todo el proyecto filosófico de la modernidad. Se produce un desplazamiento de la concepción del sujeto como fundamento de la objetividad del mundo externo (Kant) hacia una concepción del sujeto como resultado de procesos de subjetivación y posicionamiento discursivos externos. El sujeto es reducido a los procesos discursivos de subjetivación por los cuales son universalizados y distribuidos socialmente según "posiciones de sujeto". El sujeto de la acción política no es ya un agente que decide, sino un efecto. O el Sujeto es una totalidad que no cierra; siempre arrojará un resto que impide la saturación: como nos muestra la Historia, el judío, el negro, el proletario, el loco, el homosexual, la mujer, en síntesis, el fetichismo totalitario de la Universalidad como totalidad cerrada. Estamos en el reino de las diferencias, de las multiplicidades, de los fragmentos inconmensurables con los que no se pueden establecer equivalencias algunas (Grüner, 2002: 139). El Sujeto de la Historia, el proletariado, ha sido reemplazado por múltiples identidades fragmentadas: los "sujetos culturales" que los estudios culturales han teorizado ("sujetos desclasados, desnacionalizados, desetnificados e incluso desexualizados", como prosigue Grüner, por el diverso abstracto de una globalización).

Volviendo, *siempre* a Fanon, amplío la cita de Chakrabarty en la cual apunta una tensión que encuentra en el sujeto del martiniqués:

"Nombres como 'campesinos' (Mao), 'subalterno' (Gramsci), 'condenados de la tierra' (Fanon) o 'el partido como sujeto' (Lenin/Lukàcs) no tienen ni precisión filosófica ni sociológica. Es como si la búsqueda de un sujeto revolucionario que-no-fuera-el proletariado (en ausencia de una clase obrera amplia) fuera un ejercicio en una serie de desplazamientos del término original. Un caso revelador al respecto lo constituye el propio Fanon. La expresión 'los condenados de la tierra', tal y como ha señalado el biógrafo de Fanon, David Mages, hace alusión a la Internacional Comunista, a la canción (*Debout, les damnés de la terre* / Arriba, parias de la tierra) la que, a su vez, hace clara referencia al proletariado. Y, sin embar-

go, Fanon la utiliza para referirse a otra cosa. Ese otro sujeto no puede definirlo bien, pero está seguro de que, en la colonia, no puede ser el proletariado. No hay más que recordar lo pronto que en su libro advierte que “habría que estirar ligeramente el análisis marxista cada vez que tengamos que vérmolas con el problema colonial”. (Chakrabarty, en Medrizza, 2008: 81)

En *Los condenados de la tierra* (1961), el inspirador de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, incluida por cierto Nuestra América, habría señalado las limitaciones de la teoría marxista para el contexto colonial. Vale aquí recordar dos respuestas que aporta Fanon: al marxismo, por un lado, donde señala el condicionamiento para entender la división clasista exclusivamente sobre la base de la posesión de los medios de producción, y asimismo, la negación de la “raza”. Fanon dice: “en las colonias la infraestructura, es decir la base material de la sociedad, es igualmente una superestructura”, es decir, el orden jurídico, la cultura y la religión. En otras palabras, “se es rico porque se es blanco y se es blanco porque se es rico”, es decir, la línea divisoria de las clases se define en función del color, es una línea de color. Es decir, para Fanon el mundo colonial se funda en el racismo; el racismo es el eje que estructura las relaciones desiguales en la sociedad colonizada. Por lo tanto el racismo es el fundamento mismo del orden social. El segundo momento implica su respuesta a parte de la intelectualidad francesa, personificada en la figura del gran Jean Paul Sartre, respecto de entender la negritud como un tránsito, como un momento negativo, que debía ser superado para ir hacia una sociedad sin razas. Fanon discute que no es así, que la negritud *no* es un tránsito, que *no* es momento de negatividad, que no hay que buscar el universal; pues en ningún momento la conciencia negra, explica, se opone como una falta.

La relectura que hizo Roberto Fernández Retamar de Frantz Fanon y del discurso de liberación nacional en su ensayo *Calibán: Apuntes sobre la cultura de Nuestra América* (1971) es ejemplo de una reconceptualización de la historia y la identidad latinoamericanas cuya constitutividad es precaria.

En síntesis, las transformaciones conceptuales en torno al sujeto político en las ciencias sociales en los últimos tiempos (“individuo”, “clase”, “pueblo”, “multitud”, “subalterno”, “incontados”, “plebe”, “homo sacer”) están dando cuenta de una transformación en las prácticas de la acción política. Y el pensamiento ha tenido como siempre un protagonismo importante, para asegurar el *establishment* (“pensamiento único”) o para la tarea de reconstrucción de una teoría crítica para la cual el marxismo se muestra insuficiente en algunos momentos de la historia, pero no por ello sustituible (Bidaseca, 2010: 52).

III.

“Hoy el ‘subalterno’ debe ser repensado”, señala la crítica india Gayatri Chakravorty Spivak, para referirse a aquellos subalternos que ni siquiera pueden imaginar cruzar los muros y mares que separan el “Primero” de los mundos, del “Tercero”. Sin dudas, estamos frente a un tiempo histórico singular en que, “la subalternidad constituye un espacio de diferencia no homogéneo, que no es generalizable, que no configura una posición de identidad”. Sin embargo, como prosigue su forma de ver el mundo, Spivak piensa que el modo en que esa subalternidad se presenta “hace imposible la formación de una base de acción política”.³

Permítaseme la ironización sobre un interrogante⁴ que (se) hace Manuel Asensi en una entrevista que mantiene con Gayatri, ¿Cuál es la medida *exacta* que disponemos las académicas y académicos para definir entre un proletario del primer mundo, hombre, blanco, escolarizado y una mujer del tercer mundo de piel oscura, analfabeta... quién es el explotado y quién el subalterno? ¿Cómo establecer un orden de opresiones entre las identidades de una mujer afrodescendiente y pobre, por ejemplo? ¿Es posible pensar la articulación política entre los que pertenecen al grupo de los explotados y al de los subalternos? ¿Hay definitivamente como tal, sujetos excluidos?

Antes de ofrecer algunas respuestas provisionarias, repasemos brevemente la genealogía del término “subalterno”. El mismo procede de la teoría política de Antonio Gramsci, y, en particular, de su ensayo “Ai margini della storia (Storia dei gruppi sociali subalterni)” (1934). En principio, Gramsci utilizó en sus escritos el término “subalterno” en alternancia con otros, como subordinado o instrumental, en el contexto de las descripciones sociales: la palabra “subalterno” se refería a todo aquello que tiene un rango inferior a otra cosa, y puede aplicarse, al ser una denominación relativa, a cualquier situación de dominio, y no únicamente a la de clase.

El Grupo de Estudios Subalternos, surgido a comienzos de los años ochenta y conformado por un grupo de académicos/as diaspórica/os nacidos en la India y dirigido por el historiador Ranajit Guha, toma el concepto de “subalterno” en

³ Entrevista a Gayatri Chakravorty Spivak, “Nuevas ropas para el esclavo”, en *Revista Ñ*, Buenos Aires, 8 de abril de 2006.

⁴ Manuel Asensi se pregunta: “¿Cómo poner en la misma balanza a un proletario francés, blanco, hombre, perteneciente a un sindicato, y a una colonizada hindú, de piel oscura, mujer o equis, analfabeta y sirviente del sirviente?”; “Nuevas ropas para el esclavo”, entrevista a Gayatri Spivak, en *Revista Ñ*, cit.

su significación política, económica y cultural, tanto en su rango inferior, como agentes cuya voz omitida o hablada (la del subalterno) pueda ser recuperada en los textos históricos. Por cierto, para el Grupo los grupos dominantes (nativos y extranjeros, i.e. los británicos que dominaron ese país durante trescientos años), tras la independencia de la India, han monopolizado tanto el discurso histórico como las ideas nacionalistas.

Al respecto, el gran intelectual Edward Said, conocido por su obra *Orientalismo* –acta fundacional de los Estudios Poscoloniales–, en un prefacio a la presentación de una selección de estudios de los historiadores del Grupo publicado en Oxford en 1988, definió la palabra “subalterno” tanto en términos políticos como intelectuales. De este modo, la palabra subalterno vendría a indicar la dinámica histórica, social y cultural entre la clase hegemónica y el conjunto de personas que, por medios tanto coercitivos como, sobre todo, ideológicos, se somete a ella (Vega, 2003).

Si pensamos cómo Guha utiliza el término en dos acepciones, la categoría de “excluido” no es equivalente a la de “subalterno”. Por una parte, lo define como un concepto bien amplio hallado –provocativamente, según la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui– en el diccionario de la Academia Británica y que incluye a todo aquel que esté subordinado bajo relaciones de cualquier tipo (casta, género, oficio, disciplinas académicas...). Por otra parte, lo usa para diferenciar demográficamente al pueblo de la elite (Guha, 2000), por lo cual habría que entenderlo en relación con las elites. “Los términos «pueblo» y «clases subalternas» han sido utilizados como sinónimos a lo largo de este texto. Los grupos y elementos sociales incluidos en esta categoría representan la *diferencia demográfica entre la población total india y aquellos que se han descrito como elite.*” (Guha, 2002: 42; itálicas en el original) En otras palabras, según se desprende de esta definición *el subalterno existe en relación con las elites.*

Si lo pensamos desde Spivak, debemos tener presente que su enunciación es inescindible de su posición política basada en una lucha emprendida por la desaparición de la subalternidad. En ella la noción cambia:

“Hoy digo que la palabra subalterno trata de una situación en la que alguien está apartado de cualquier línea de movilidad social. Diría, asimismo, que la subalternidad constituye un espacio de diferencia no homogéneo, que no es generalizable, que no configura una posición de identidad local que hace imposible la formación de una base de acción política. La mujer, el hombre, los niños que permanecen en ciertos países africanos, que ni siquiera pueden imaginar en atravesar el mar para llegar

a Europa, condenados a muerte por la falta de alimentos y medicinas, esos son los subalternos. Por supuesto hay más clases de subalternos”.⁵

Sobre ello monta Spivak su argumento para criticar al subalterno como categoría monolítica en que se supone una identidad y conciencia unitaria del sujeto. Su pregunta “¿Puede el subalterno hablar?”, anticipa una respuesta arrolladora y escéptica: “No”. Es decir, no es posible recuperar la voz, la conciencia del subalterno, de aquellas memorias que sólo son los registros de la dominación. Según Spivak, la pretensión de restituir *la voz de la conciencia (subalterna)*, podría caer en el espacio de una violencia logocéntrica ejercida desde el lugar de la experticia. Para ella las voces silenciadas por los poderes son, en sí mismas, irrecuperables. Construir una extracción representativa de los subalternos desde la historiografía del poder, es sólo extraer las voces de la dominación. No hay una voz a la que hacer hablar, sino sólo designaciones en los textos. A su juicio, la empresa *subalternista* no es más que una ficción teórica que permite justificar un proyecto utópico de lectura.

En todo caso, tanto Guha como Spivak hablan de sujetos subalternos en el contexto colonial de la India. Pero ambas posiciones intelectuales se desencuentran en la posibilidad de que el subalterno sea incorporado como sujeto político en la historiografía colonial. Para Spivak, el subalterno es una subjetividad bloqueada por el afuera, *no puede hablar no porque sea mudo, sino porque carece de espacio de enunciación*. Es la enunciación misma la que transforma al subalterno. Poder hablar es salir de la posición de la subalternidad, dejar de ser subalterno. Mientras el subalterno sea subalterno, no podrá “hablar”. Claro que esta postura sólo se comprende cuando Spivak desnuda su posición: que la única opción política posible para la subalternidad, es precisamente *dejar de ser subalternos*, en otras palabras, intensificar la voz, hacerla propia, por sobre la representación.

El cisma de la historiografía elitista en relación al subalterno, trabajada por el Grupo de India en los años de 1980, había sido ya elaborado por los latinoamericanistas en los años de 1960. “Pueblo” y “subalterno” se vuelven en el contexto de América latina, inscripciones históricas en que el debate académico y político se disputan el campo del saber/poder. Basta repasar nuestra historia en común: aunque la mayoría de los países latinoamericanos ganaron su independencia en el siglo XIX, los Estados nacionales fundantes fueron, en su mayoría, gobernados por criollos blancos que reprodujeron el colonialismo interno respecto de los indios, los afrodescendientes, el campesinado, o los proletarios que se descampesinizaban. Para el Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, conformado por un

⁵ Idem.

grupo de investigadores que aspiraba a recrear el proyecto del grupo surasiático, a comienzos de la década de 1990, detrás de la conceptualización del subalterno subyace la necesidad de repensar la relación entre el Estado, la nación y el “pueblo” a partir de las tres grandes transformaciones: las revoluciones mexicana, cubana y nicaragüense. Así, explican en su “Manifiesto inaugural” (1988):

“La revolución mexicana marcó una desviación con respecto a este modelo blanco, patriarcal, oligárquico y eurocéntrico de desarrollo, pues se fundaba en la agencia de los indios y los mestizos, no sólo como soldados sino también como líderes y estrategias del levantamiento revolucionario. No obstante, durante el México postrevolucionario, en un proceso que ha sido ampliamente estudiado, este protagonismo fue bloqueado a nivel económico, político y cultural –en favor de la emergente clase mestiza, alta o media– mediante la supresión de las comunidades y líderes indios, así como por la resubalternización del indio, que dejó de ser visto como un sujeto histórico-político para convertirse en artefacto ‘cultural’ vinculado al nuevo aparato estatal (p. e. en el muralismo mexicano). La revolución cubana representó una recuperación parcial del impulso hacia la emergencia del subalterno, en particular gracias al acento que otorgó al problema del carácter no europeo (o post-europeo) de los sujetos sociales en América Latina en el contexto de la descolonización, levantándose así frente a la primacía de la historiografía eurocéntrica y frente a los paradigmas culturales establecidos. Entonces, el concepto del pueblo como ‘masa trabajadora’ se convirtió en el nuevo centro de la representación” (GLES 1988, p. 10).

La crítica más fuerte del Grupo Latinoamericano proviene del libro *Debates Postcoloniales: Una introducción a los Estudios de la Subalternidad* y la conversación con los estudios subalternos del sur asiático abierto por Rivera Cusicanqui y Rossana Barragán (1997). Allí señalan que el norte ha interrumpido el diálogo Sur-Sur. Lo cual significa problematizar las relaciones de dependencia académica, las políticas de representación del subalterno y la fertilidad de un diálogo que no podría incurrir ahora en el gesto de, parafraseando a Chakrabarty, “provincializar América Latina”.

IV.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

Subalterno no es *simplemente* sinónimo de “explotado” u “oprimido”, sino de aquel sujeto que, para Spivak, no puede ser representado. El subalterno es

múltiples sujetos y posiciones de identidad: el proletariado, las mujeres, campesinos, minorías, etc. cuya posición de subalternidad depende de su historia como sujeto colectivo, de su situación de presentificación en la narrativa de la nación. Ahora bien, el subalterno no necesariamente es un sujeto colonizado, excepto cuando es silenciado. El silenciamiento del subalterno es, según la tesis trabajada en mis textos, otras de las formas que adoptaron el colonialismo y, contemporáneamente, la colonialidad.

Edward Said, en su artículo “Representar al colonizado: Los interlocutores de la antropología” (1996), con la finalidad de delimitar conceptualmente el término “subalterno” y “colonizado”, denota la “fugacidad” propia de este último:

“Antes de la Segunda Guerra Mundial, los colonizados eran los habitantes del mundo no occidental y no europeo que habían sido controlados y hasta violentamente dominados por los europeos. De acuerdo con esto, el libro de Albert Memmi situó al colonizador como al colonizado en un mundo especial, con sus propias leyes y posiciones, así como en *Los condenados de la tierra* Frantz Fanon habló de la ciudad colonial como dividida en dos mitades separadas, comunicadas una con otra por una lógica de violencia y contra violencia. Pero ya cuando las ideas de Albert Sauvy sobre los tres mundos se habían institucionalizado en la teoría y práctica, colonizado se convirtió en sinónimo de Tercer Mundo. Sin embargo, continuó habiendo una continua presencia colonial de potencias occidentales en varias partes de África y Asia, muchos de cuyos territorios habían obtenido la independencia desde hacía tiempo, alrededor de la Segunda Guerra Mundial. Por lo tanto, el ‘colonizado’ no era un grupo histórico que había ganado soberanía nacional y estaba, por consiguiente, desmilitarizado, sino una categoría que incluía a los habitantes de Estados recién independizados así como otros sometidos en territorios vecinos, aún ocupados por europeos (...) Lejos de ser una categoría confinada a expresar servilismo y autocompasión, la de ‘colonizado’ se ha expandido desde entonces considerablemente para incluir a mujeres, clases sojuzgadas y oprimidas, minorías nacionales e, incluso, subespecialidades académicas marginadas o aún no del todo marginalizadas (...) El estatus de los pueblos colonizados ha quedado fijado en zonas de dependencia y periferia, estigmatizado en la categoría de subdesarrollados, menos desarrollados, Estados en desarrollo, gobernados por un colonizador europeo, desarrollado o metropolitano” (Said 1996, pp. 25-26).

“La desestimación de la cuestión colonial (o imperialista o neo-poscolonial) entre ciertas corrientes del pensamiento marxista no es nueva”, afirma Grüner

(2002: 203) cuando admite su ausencia en la discusión “Sobre la naturaleza del Estado” entre Milliband, Poulantzas y Laclau (1990). En Nuestra América, Aníbal Quijano menciona la encrucijada entre Estado y socialismo⁶ y en un texto posterior, asumiendo las bases de un estado racista, propone la socialización del poder (Quijano, 2000).

Si el efecto de intencionalidad del discurso colonial es construir al colonizado como una población “degenerada” o “inferior” a causa de su origen racial o de cualquier otra circunstancia, con el fin ulterior de justificar así su conquista y de establecer sistemas para su administración e instrucción (Bhabha), la sociedad contemporánea está comprendida por historias de diferencia cultural que obedecen a la “colonialidad del poder” (Quijano), a la continuidad de la colonialidad.

La existencia de órdenes sociales no-liberales o post-liberales, regidos por el concepto de “Buen Vivir” de Quijano, la discusión sobre indianismo y populismo/nacionalismo, traducida en la disputa a propósito de los acontecimientos en Bolivia, no logran arribar a consensos. A mi entender, el fetichismo de la universalidad donde las particularidades terminan siendo borradas o excluidas se alza como un cisma irresoluble. Pues las diferencias no-blancas se presentan como amenazantes a la representación de una nación blanca europea como la argentina, o para las elites cruceñas bolivianas. El racismo anima ambas políticas de representación del subalterno. ¿Depende, entonces, de la *diferencia* de un grupo subordinado el tipo de subordinación? ¿Qué hay de la condición de posibilidad de las diferencias otras para ingresar en la “narración de la nación” (Bhabha) y de la Historia? ¿Es posible en pos de la emancipación, otorgar primacía a una de las múltiples posiciones de subalternidad?

VI.

No ha habido lugar en los momentos revolucionarios ni entre los pensadores clásicos, para que la voz de la mujer surja, perturbando el texto colonial. Hay una *inquietante* cercanía entre, por un lado, los discursos coloniales y los de algunas representantes del feminismo occidental que, o bien, se expresan en términos “salvacionistas” por el camino del modelo occidental, o bien como afirma bell

⁶ “Marx indagó a medias la cuestión del Estado, sólo en relación a las clases sociales y sólo dentro de la problemática de los modos de producción. No se ocupó de la articulación nacional de las clases sociales en un espacio de dominación, sin cuya condición no existe Estado conocido alguno (...) Después de Marx el proyecto socialista consistió desde entonces en la construcción sistemática, orgánica, global, de una nueva sociedad, desde el Estado” (Quijano, 1992: 102).

hooks (2004), han “silenciado” a las mujeres de color. Cuando el subalterno es mujer, como sostiene Gayatri Spivak, “su destino se encuentra todavía más profundamente a oscuras” (1985, 199).

El feminismo “tercermundista” de las mujeres de color en los ‘70 ya advertía la necesidad de pensar la opresión femenina en términos estructurales y narrativos (la “teoría encarnada” de las feministas chicanas) y en cuestionar a la izquierda en su lealtad a la familia nuclear. En los últimos años, la reflexión de la crítica se dirige a lo que Ku-Kum Bhavnani y Margaret Coulson llaman “capitalismo patriarcal racialmente estructurado”, para denunciar la violencia racista y sexista. Mi tesis sobre la “retórica salvacionista” o el “feminismo como imperialismo” (Bidaseca, 2010) trata de pensar a las “nuevas subalternas” que enfrentan las experiencias de explotación en las maquilas, la explotación entre mujeres; la “plusvalía emocional”⁷ y el feminicidio, como nueva conceptualización de las muertes de mujeres por parte del poder, que atraviesa todos los cuerpos femeninos aunque se recrudece entre las mujeres de color en el sur.

La feminista afroamericana Audre Lorde, en uno de los artículos que integran el libro *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos* (1988), titulado “Las herramientas del amo nunca desarmarán la casa del amo”, interpela a las feministas blancas académicas: “Si la teoría blanca americana no tiene que tratar con las diferencias entre nosotras, ni con las diferencias que resultan en los aspectos de nuestras opresiones, entonces ¿qué hacen ustedes con el hecho de que las mujeres que limpian sus casas y cuidan sus hijos mientras que ustedes asisten a conferencias sobre la teoría feminista son, en su mayoría pobres y mujeres tercermundistas? ¿Cuál es la teoría tras el feminismo racista?” (Lorde, 1988, p. 91). En otras palabras, Audre Lorde insta al feminismo blanco a definir cuál es ese tipo de liberación femenina que, mientras emancipa a unas mujeres, oprime a otras.

Sin lugar en los movimientos de izquierda, las mujeres quisieron fundar un movimiento anti-racista a la vez que antisexista. La consigna era “luchar activamente contra la opresión racial, sexual, heterosexual y de clase”, pues estos sistemas de opresión estaban interrelacionados de tal forma que era difícil distinguirlos. Propugnaban así un “feminismo negro”, un “feminismo amarillo”... reclamando una “política de la identidad”: “Creemos que la política más profunda y potencialmente la más radical surge directamente de nuestra propia identidad”, escribía Lorde en el libro mencionado.

⁷ Para Anna Jónasdóttir la relación de explotación consiste no sólo en la apropiación del trabajo doméstico sino también en la apropiación de su dedicación emocional. Véase: Jónasdóttir, Anna, *El Poder del Amor ¿Le importa el sexo a la Democracia?*, Madrid, Cátedra, 1993.

Nos interesa de estas apreciaciones destacar que, en torno al llamado a la unidad del feminismo, para luchar contra la opresión universal del patriarcado, tanto las feministas blancas –que desconocían la opresión de raza– como las feministas socialistas –que no problematizaron suficientemente la explotación de clase entre mujeres– pospusieron y desecharon estas *otras* opresiones y, de este modo, impidieron ver sujetas racializadas, sexualizadas, explotadas y colonizadas y la ubicación de estas sujetas en diferentes discursos universales. Pues se trata hoy de ir más allá, de expandir la categoría totalizadora de “raza” esgrimida por Quijano al sistema género/sexo, desde la posición de enunciación de “descolonizar el feminismo” para un proyecto que incluya a las mujeres como agentes de la Historia.

VII.

Los efectos del pasado esclavista y colonial no lograron ser borrados de la memoria de los pueblos colonizados, ni de sus relaciones con sus colonizadores. La línea de clase coincide con la línea de color. La inmigración del Tercer Mundo al Primero, no es más que esa huella de la historia de la subalternidad que es hoy el epítome del fundamentalismo. Las políticas antimigratorias del Norte cierran sus fronteras, edifican muros para impedir el desplazamiento de migrantes que provienen del hoy llamado Sur. Migrante, diaspórica/o, “el Otro” que irrumpe en la escena de las metrópolis latinoamericanas implica pensar la inscripción de poblaciones migrantes limítrofes subalternas y el tratamiento que hace el poder de las culturas subalternizadas en términos de una neo-tecnologización del racismo. Si la introyección del poder contribuye a su reproducción, y el racismo y sexismo impiden la estabilización de un proyecto emancipatorio, ¿dónde hallar el punto de fuga necesario para una articulación política? ¿Dónde buscar las negociaciones entre las diferencias culturales de los subalternos y las subalternas?

En mi opinión, la complejidad real del desplazamiento del proletariado supone situarnos en el fin del fin de los particularismos para no perder de vista el movimiento de la Historia de las y los “sin nombre” o “sin parte”, *habitado por las distintas subalternidades* que logren articularse políticamente. Posiciones en la estructura social que ya no obedecen exclusivamente a la clasificación marxista de la propiedad de los medios de producción y que están más cerca, *acaso*, de la categoría marxiana de lumpenproletariado, siendo su vigencia indiscutible.⁸ Y ello obliga a reparar en una crítica a los modos simplistas que la academia

⁸ Al menos, como dice Grüner, “si bien sería absurdo negar que el contenido específico de la ‘experiencia de clase’ y sus formas de ‘conciencia’ (en el sentido thompsoniano) han cambiado sustanti-

trasunta al reducir al marxismo a una mera teoría economicista o a revivir sus fantasmas procolonialistas.

Abordar el cisma entre los campos de la producción académica y el compromiso político no implica desechar antiguas posiciones, sino reinscribir las preguntas en el movimiento de la historia. Cambiar el modo de representar *la diferencia* en una praxis política que frente a la celebración de las políticas de las diferencias, animada por la izquierda culturalista, desestereotipe las identidades fijadas por la narrativa homogeneizante de la nación (tradición vs. modernidad) o del capitalismo patriarcal (varón vs. mujer; hetero vs. Homo) e instale un nuevo espacio de enunciación.

Sin iluminismos, el movimiento de la sociedad significa el *más allá* del límite epistemológico y temporal; situarnos en *el Tercer Espacio de enunciación* (Bhabha) en el cual las identidades se suspenden en el acto político del encuentro. Este Tercer Espacio es el “tercer mundo” –en el uso retórico que Fanon hace de él para desestabilizar los términos polarizados del colonialismo– que hoy se nombra como “Sur”.

Tiempo al tiempo. “*La revolución: No es limpia, ni bonita, ni veloz*” (Pat Parker).

Bibliografía

- Badiou, Alain, “La idea del comunismo”, en Hounie, A., comp., *Sobre la dea del Comunismo*, Buenos Aires, Paidós, 2011.
- Bhabha, Homi, *El lugar de la cultura*, Buenos Aires, Manantial, 2002.
- Bidaseca, Karina, *Perturbando el texto colonial. Los Estudios (Pos) coloniales en América latina*, Buenos Aires Ed. SB, 2010.
- Fernández Retamar, Roberto, *Calibán. Apuntes sobre la cultura de nuestra América*, La Habana, Casa de las Américas, 1971.
- Chakrabarty, Dipesh, “La historia subalterna como pensamiento político”, en Mezzadra, Sandro *Estudios postcoloniales. Ensayos fundamentales*, Madrid, Traficantes de sueños, 2008.
- Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1983 (1961).
- García Linera, Álvaro, “La construcción del Estado”, Conferencia Magistral, Buenos Aires, 9 de abril de 2010.

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

vamente, mientras exista la propiedad privada de los medios de producción, habrá clases y habrá proletariado”. (Grüner 2002, p. 83).

- Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, Ediciones Era, México D.F., 1981
- Grüner, Eduardo, *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico*, Buenos Aires, Paidós, 2002.
- Grupo Latinoamericano de Estudios Subalternos, “Manifiesto inaugural”: www.manifiestoinaugural.com. 1988
- Guha, Ranajit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.
- hooks, bell, “Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista”, en bell, Avtar, Brah, Sandoval, Chela, Anzaldúa, Gloria: *Otras inapropiables. Feminismos desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de sueños, 2004.
- Lorde, Audre, “Las herramientas del amo nunca desarmarán la casa del amo”, Moraga, Cherrie, y Castillo, Ana, eds., *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, Ism press, San Francisco, 1988.
- Moraga, Cherrie, y Castillo, Ana, eds., *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, Ism press, San Francisco, 1988.
- Parker, Pat, “La revolución: No es limpia, ni bonita, ni veloz”, Moraga, Cherrie, y Castillo, Ana, eds., *Esta puente mi espalda. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, Ism press, San Francisco, 1988.
- Prada, Rubén “Caracterizaciones de la izquierda tradicional”. Disponible en: <http://www.bolpress.com/> (acc. 16/6/2011).
- Quijano, Aníbal, “La razón del Estado”, en Urbano, Henrique, comp., *Modernidad en los Andes*, Cuzco, Centro de Estudios Regionales Andinos, 1992.
- Quijano, Aníbal, “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”, en E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber. Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, Buenos Aires, CLACSO, 2000.
- Rivera Cusicanqui, Silvia y Barragán, Rossana, *Debates Post coloniales: Una introducción a los Estudios de la Sublaternidad*, La Paz, SEPHIS, Aruwiyiri, 1997.
- Spivak, Gayatri, “¿Puede el subalterno hablar?” en *Orbis Tertius*, Año 6, N° 6, 1985.
- Said, Edward, “Representar al colonizado. Los interlocutores de la antropología”, en González Stephan, Beatriz, ed., *Cultura y Tercer Mundo. Cambios en el saber académico*, Tomo I, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.
- Vega, María José, *Gayatri Ch. Spivak: Conceptos críticos*, 2003. Disponible en <http://turan.uc3m.es/uc3m/inst/LS/apolo/spivak.html>.
- Wallerstein, Immanuel, *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea del siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979.

Resumen:

Este ensayo intenta abordar algunas ideas sobre el debate académico clase/subalternidad y el político izquierda/populismo, incorporando la cuestión colonial, *desde y en* América latina. A mi entender, el cisma entre los campos de la producción académica y el compromiso político llevan a momentos de confusión teórico-política que cincelan las políticas de representación del subalterno.

A mi entender, este proceso no implica desechar antiguas posiciones, sino reinscribir las preguntas en el movimiento de la historia. Cambiar el modo de representar *la diferencia* en una praxis política que frente a la celebración de las políticas de las diferencias, animada por la izquierda culturalista, desestereotipe las identidades fijadas por la narrativa homogeneizante de la nación (tradicición vs. modernidad) o del capitalismo patriarcal (varón vs. mujer; hetero vs. Homo) e instale un nuevo espacio de enunciación.

Sin iluminismos, el movimiento de la sociedad significa el *más allá* del límite epistemológico y temporal; situarnos en *el Tercer Espacio de enunciación* (Bhabha) en el cual las identidades se suspenden en el acto político del encuentro. Este Tercer Espacio es, desde mi punto de vista, el “tercer mundo” —en el uso retórico que Fanon hace de él para desestabilizar los términos polarizados del colonialismo— que hoy se nombra como “Sur”.

Palabras clave: Subalternidad; Izquierda; Diferencia Colonial; Políticas de Representación.

Abstract:

This essay attempts to address some ideas about the academic debate class / subalternity and the political Left / populism, incorporating the colonial question, into and from Latin America. In my view, the schism between the fields of academic and political commitment leads to moments of political and theoretical confusion that affect the politics of representation of the subaltern.

In my view, this process does not involve discarding old positions, but questions re-enroll in the movement of history. Change the way of representing the difference in a political praxis that before the celebration of political differences, animated by the cultural left, desestereotipe identities established by the homogenizing narrative of the nation (vs. tradition. Modernity) or patriarchal capitalism (male vs. woman, hetero vs. Homo) and install a new space of enunciation.

The movement of society means the limit beyond the epistemological and temporal, situated in the Third Space of enunciation (Bhabha) in which identities are suspended in the political act of the encounter. The Third Space is, in my view, the “third world” in the rhetorical use Fanon makes it to destabilize the polarized terms of the colonialism, which today is named “South”.

Keywords: Subalternity; Left; Colonial Difference; Politics of Representation.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Dossier:

REFLEXIONES SOBRE
LA DIVULGACIÓN HISTÓRICA



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Historia, divulgación y valoración del pasado. Acerca de ciertos prejuicios académicos que condenan a la historiografía al aislamiento

Ezequiel Adamovsky¹

Me propongo analizar en este ensayo algunos prejuicios que afectan la comunicación de la producción historiográfica con el interés social por el pasado, dificultando un contacto más estrecho entre producción académica y divulgación.

Como han señalado varias voces, la historiografía argentina luego de su reorganización postdictatorial se construyó de espaldas a la pregunta por el interés social de la producción historiográfica. Dicho en otras palabras, censuró toda vinculación entre historia y política bajo la sospecha de falta de “profesionalismo”. Pero al mismo tiempo, establecía una relación no reconocida con una visión *política* del pasado en la que las tensiones sociales –especialmente las de clase– quedaban desdibujadas. Así, en las producciones dominantes desde los años '80 del siglo pasado, o bien se proponía un relato del pasado totalmente *desdramatizado*, o bien se presentaba una proliferación de fragmentos inconexos tras los cuales ni siquiera podía adivinarse algún sentido de conjunto. En sintonía con este desplazamiento, los años '80 y '90 presenciaron una desconexión casi total entre una producción académica cerrada sobre sí misma y un gran público al que se imaginaba carente de interés por la historia.

Las limitaciones de un modelo de trabajo historiador así diseñado comenzaron a hacerse evidentes a medida que la confianza en el “país normal” y en la democracia “sin adjetivos” propia de la coyuntura alfonsinista –que de manera larvada funcionaba como soporte ideológico del campo historiográfico– se fue haciendo añicos. Luego de la rebelión de 2001, por todas partes en la cultura argentina se hicieron notar nuevas preguntas sobre el pasado y la sospecha de que las visiones disponibles eran inadecuadas. Todavía es temprano para medir el impacto de esta nueva coyuntura en la producción historiográfica, pero algunos signos indican que se van abriendo camino miradas más antagonistas y mejor dispuestas a readmitir alguna clase de vínculo fructífero entre historia y política. Pero donde sí se hicieron

¹ UBA/UNSAM/CONICET. E-mail: e.adamovsky@gmail.com.

ya notar cambios más evidentes es en la relación con el afuera. La aparición de divulgadores mediáticos que, sin pertenecer al campo, salieron a ofrecer visiones propias del pasado, con gran éxito de audiencia, terminó de confirmar que la sociedad sí demandaba sentidos a la historia y que los historiadores profesionales no estaban a la altura de esa demanda.

Como fruto de esa constatación se perfilaron al menos dos actitudes. Algunos historiadores reivindicaron altivamente su derecho a no tener el más mínimo interés por conectarse con el gran público. Tulio Halperín Donghi lo expresó de manera clara en 2008, cuando dijo:

“[U]na de las cosas que caracteriza al historiador es que tiene que darse cuenta de que, a pesar de que entra en el pasado a partir del presente, el pasado no es el presente. Eso es básico. Pero la opinión de la gente es que si el pasado no es el presente entonces no le interesa. A la gente no le interesa qué pasó con una montonera en Dolores en 1823. Y sobre eso no hay nada que hacer. No hay ninguna razón para que la gente compre libros de historia”.²

Quizás la mayoría de los historiadores comparta esta actitud, si no con declaraciones del estilo, al menos con la simple decisión de seguir escribiendo para un lector implícito que no excede el puñado de especialistas y el evaluador de proyectos financiados que caiga en suerte. Un segundo grupo de historiadores, sin embargo, acusó recibo del cambio de época y comenzó a animar en los últimos años una serie de iniciativas para alcanzar la producción profesional al público masivo, a través de colecciones de libros de divulgación, intervenciones en los medios e incluso producciones audiovisuales. Afortunadamente hoy ya no hay una desconexión *total* entre academia y público (aunque estamos todavía lejos de poder decir que la divulgación sea una práctica respetable y valorada entre los historiadores). La suerte de estas iniciativas recientes, sin embargo, fue dispar: salvo unos poquísimos casos moderadamente exitosos, en general no lograron generar gran impacto entre el público. Me propongo argumentar en este ensayo que parte del motivo de este modesto desempeño tiene que ver con una serie de prejuicios contra la divulgación arraigados en la corporación historiadora. Tomaré como ejemplo opiniones y textos de algunos colegas. No lo hago con vocación de abrir juicios sobre personas u obras, sino con el mayor respeto por iniciativas que celebro y que quisiera ver con mayor frecuencia y mejor efectividad.

² “Una biografía es la historia sin sus problemas (entrevista)”, en revista *Ñ*, 23/2/2008.

Prejuicio uno: “La historia no es maestra de la vida”

Tomemos por ejemplo las opiniones de Marcela Ternavasio en una entrevista reciente. Ternavasio es una de las principales animadoras del grupo “Los Historiadores y el Bicentenario”, que se propuso intervenir públicamente en el contexto del segundo centenario. Sin embargo, en la entrevista distingue la buena historia de los “usos del pasado que hacen los discursos políticos”. Estos se montan “sobre una trama de víctimas y victimarios, de buenos y malos”, algo que gusta al público –dice Ternavasio– pero no a los historiadores. “En nuestras intervenciones, buscamos oponernos a la idea de que la historia es maestra de vida”, algo “que todos los historiadores coincidimos en rechazar”. A diferencia de lo que suponen los meros discursos políticos que apelan al pasado, “la historia no enseña nada”.³ Concentrémonos en esta última afirmación. ¿Hay verdaderamente tal consenso entre los historiadores en que la famosa máxima *historia magistra vitae* de Cicerón debe archivarse en el baúl de los trastos viejos?

La desconfianza actual respecto del potencial docente de la historia procede de dos fuentes. Por un lado, está el giro cientificista que adoptó la disciplina desde fines del siglo XIX, una de cuyas consecuencias fue la pretensión de neutralidad valorativa que, inevitablemente, impugnaba el *dictum* ciceroniano. De esa pretendida neutralidad me ocuparé en el próximo apartado, para concentrarme aquí en la segunda fuente de la impugnación, que es el argumento historicista según el cual no es lícito postular verdades generales que atraviesen momentos históricos diferentes. Ya que los valores, ideas y principios de una época son intransferibles e incomprensibles fuera de ella, carecería de sentido buscar lecciones para el presente en tiempos pasados. Leopold von Ranke lo expresó de manera clara en su *Historia de los pueblos romanos y germánicos* (1824), cuando afirmó que no se proponía “juzgar el pasado para beneficio de las generaciones futuras” sino apenas “mostrar el pasado tal como alguna vez fue”. Sin embargo, la mayoría de los que adoptan esta línea se apoyan en los argumentos más sofisticados de una autoridad más cercana: Reinhart Koselleck. En su monumental empresa de historia de los conceptos, el historiador alemán mostró que el período de aceleración que en occidente se extendió entre 1750 y 1850 (el famoso *Sattelzeit*) separó un mundo moderno de uno premoderno irremediabilmente *otro*, un territorio semánticamente extranjero al que sólo puede accederse mediante una paciente investigación del sentido de sus conceptos. Pero además, la irrupción de esta modernidad significó la emergencia de una

³ “Las políticas de la historia”, en *Nuestra Cultura*, año 2, n° 4, mayo de 2010, pp. 12-15.

nueva temporalidad, orientada al cambio permanente y al futuro, para la cual la experiencia del pasado, por ende, ya no podía ofrecer una guía.⁴

¿Debemos concluir de esto que existe hoy consenso en que “la historia no enseña nada”? El propio Koselleck aclaró que su argumento sobre la pérdida de persuasividad de las enseñanzas de la historia por obra de la *Sattelzeit* no es normativo ni generalizable, sino descriptivo y acotado a ese contexto histórico:

“[A] largo plazo es evidente que las propias estructuras de aceleración también pueden analizarse y es posible encontrar problemas comunes, similares o repetidos también en el siglo XIX, e incluso en el siglo XX. Si se analiza la estructura de aceleración de la historia, encontramos varios estratos temporales que corresponden a distintas experiencias. Todo esos niveles se mezclan e interfieren de diversas maneras y, por supuesto, es posible extraer enseñanzas del estudio de esa pluralidad de experiencias. Tal es en esencia mi teoría y mi respuesta a la crisis del tópico *historia magistra vitae*”.⁵

Entre los filósofos que han reflexionado sobre la historia no sólo no existe tal consenso, sino que abundan las voces en sentido contrario. Jürgen Habermas, por ejemplo, resaltó la potencia didáctica que tuvo el estudio de la catástrofe histórica de Alemania a la hora de transformar una idea de ciudadanía basada en la postulación de una homogeneidad étnica –de consecuencias autoritarias conocidas– en otra postnacional, que se fundaría en el pluralismo.⁶ En otro registro, las relaciones siempre presentes entre la narración histórica y la vida recorren la filosofía de un referente más transitado por los historiadores como es Paul Ricœur. Ya en *Temps et Récit I* (1983) Ricœur presentó su hipótesis crucial según la cual existiría una correlación *mimética* entre la actividad de narrar una historia y el carácter temporal de la existencia humana. La narración constituye la mediación privilegiada y necesaria entre el estadio de la experiencia práctica que la precede y que la sucede, en un círculo virtuoso que conduce de un tiempo prefigurado a otro refigurado por el acto narrativo. La configuración narrativa funciona, entonces, como una práctica significante de la práctica, condición de posibilidad para nuevas

⁴ Véase “Historia magistra vitae”, capítulo 2 del libro de Reinhart Koselleck, *Futuro pasado*, Barcelona, Paidós, 1993, pp. 41-66.

⁵ “Historia conceptual, memoria e identidad (II) Entrevista a Reinhart Koselleck”, en *Revista de Libros* (Madrid), n.º 112, abril 2006.

⁶ Jürgen Habermas, “¿Aprender de la historia?”, en *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta, 1997, pp. 41-48.

prácticas.⁷ Por otra parte, la historia constituye una actividad vital por su función indispensable en la formación de las identidades colectivas. En su operación más característica, la historia permite conciliar permanencia de lo *mismo* con cambio fundamental, de una manera que incorpora lo *otro*, la alteridad, en el corazón de lo mismo. La narración histórica opera la incorporación y sedimentación de elementos ajenos en lo propio, permitiendo la conformación de una identidad que reconcilia concordancia y discordancia, es decir, una identidad definida en términos de su temporalidad. Para decirlo de otro modo, se trata de la permanencia de una *unidad* que recorre como tal un determinado período *a pesar y a causa* de los cambios históricos. De este modo, la historia ofrece, *como narración*, una galería de conexiones posibles para las acciones significativas y permite, *como relato del pasado*, la articulación de la identidad de los sujetos y de las comunidades.⁸ Entre los historiadores, el consenso que supone Ternavasio tampoco es tal. En Estados Unidos y Canadá, por ejemplo, existe todo un campo de lo que allí se dio en llamar “Public History” (historia pública) con amplia inserción en ámbitos universitarios desde los años ’70, una de cuyas premisas es la existencia del interés y de la posibilidad de aprender del pasado por parte del gran público. Idéntico posicionamiento se encontraba en los *History Workshops* tanto europeos como norteamericanos. Un grupo de historiadores de esta tradición, de hecho, se ocupó de registrar, mediante una amplia encuesta, la presencia de “usos populares del pasado” mucho más intensos de lo que suele suponerse e indispensables a la hora de construir las identidades personales y colectivas. Como conclusión de este hallazgo, en 1998 llamaron a establecer conexiones más estrechas y más horizontales entre la historia académica y la de uso masivo.⁹ Pero eso no es todo. Un historiador de la talla de Wolf Schäfer ha lanzado recientemente un llamamiento explícito a revalidar la idea de la *historia magistra vitae*, utilizando una argumentación epistemológica sugerente. Tomando ejemplos concretos de la producción reciente en historia global e historia ecológica, sostiene que, así como las ciencias “duras” pueden extraer enseñanzas de experimentos realizados intencionalmente, en aquellos campos en los que, por razones éticas o de factibilidad, éstos no pueden llevarse a cabo, es legítimo valerse de los “experimentos del mundo real” o “experimentos naturales”, de los que la historia humana provee información. De lo que se trata es de establecer los protocolos que permitan compararlos de manera consistente. La historia podría así ofrecer enseñanzas valiosas para el presente, por

⁷ Paul Ricoeur, *Soi-même comme un autre*, Paris, Éditions du Seuil, 1990, pp. 186-187.

⁸ *Idem*, p. 193.

⁹ Roy Rosenzweig y David Thelen, *The Presence of the Past: Popular Uses of History in American Life*, New York, Columbia Univ. Press, 1998.

ejemplo, en relación con la conexión entre la intensidad en el uso de los recursos naturales de una sociedad y sus fases de crecimiento y decadencia.¹⁰

Pero ni siquiera es necesario irse tan lejos: quien esto escribe viene insistiendo desde 1997 sobre la necesidad de enfocar el trabajo historiográfico como una “actividad vital”, es decir, una disciplina en doble conexión con las demandas de sentido del presente y con los usos populares del pasado.¹¹ La unanimidad en el rechazo a la *historia magistra vitae* que supone Ternavasio sólo se funda en la omisión de todas estas voces. Pero además, desconoce un hecho crucial: basta con raspar apenas la superficie de la mayoría de las producciones historiográficas para que aparezcan las intenciones implícitas de encontrar enseñanzas para el presente. La propia Ternavasio las muestra en la misma entrevista en la que afirma que la historia “no enseña nada”. En efecto, quejándose de que la Argentina de hoy todavía no se ha dado una reflexión seria en torno del federalismo, llama a aprender lecciones de 1810 que podrían servir incluso para rediscutir hoy el centralismo porteño y los términos de la coparticipación federal de los impuestos. El ejemplo no es de modo alguno único: buena parte la producción de los historiadores argentinos que se dedican a temas de historia política –la de Luis Alberto Romero, por dar un ejemplo– está orientada por el interés en demostrarle a sus conciudadanos *actuales* que la debilidad del principio liberal habitualmente llamado “pluralismo” es una de las causas de la inestabilidad y violencia que han caracterizado la historia nacional. La moraleja, el aprendizaje para el presente, es evidentemente que la democracia debe organizarse en torno de la defensa de ese principio.

Nuestros interrogantes del presente orientan las preguntas que lanzamos al pasado. Las respuestas que encontramos allí llevan la esperanza de dotarnos de claves para mejorar nuestra vida actual. No sólo no hay nada de malo en ello, sino que se trata del impulso básico que nutre la buena historia. En ese interés *práctico* por el pasado coincidimos (o deberíamos coincidir) tanto historiadores como el vecino de a pie. Una conexión más estrecha entre el historiador profesional y el gran público –con los recaudos que sean necesarios– no conspira contra la buena historia: por el contrario, la fortalece.

¹⁰ Wolf Schäfer, “Knowledge and Nature: History as the Teacher of Life Revisited”, en *Nature and Culture*, vol. 2, n° 1, 2007, pp. 1-9.

¹¹ Ver Ezequiel Adamovsky, “La historia como actividad vital”, en *Historia y sentido: exploraciones en teoría historiográfica*, ed. por E. Adamovsky, Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 2001, pp. 9-22; Colectivo Historia Vulgar, *En boca de todos: Apuntes para divulgar historia*, Buenos Aires, Ed. del Autor, 2008 (disp. en <http://interfacejournal.nuim.ie/wordpress/wp-content/uploads/2010/11/Interface-2-1-pp334-380-colectiva.pdf>).

Prejuicio dos: “No hay buenos y malos en la historia”

Decía Ternavasio en la entrevista que quienes desean utilizar políticamente el pasado quieren una historia articulada “sobre una trama de víctimas y victimarios, de buenos y malos”, algo inaceptable para los historiadores. Otros colegas han utilizado idéntico argumento contra los divulgadores mediáticos.¹² El tópico se ha vuelto una especie de sentido común en el campo historiográfico: si hay “buenos y malos”, entonces se trata de mala historia.

Depende de cómo se lo entienda, este argumento puede o no ser un puro prejuicio. Evidentemente, una narración que reduce toda la explicación de los eventos a las intencionalidades de los actores, y éstas a sus atributos ético-morales, será una mala historia. La acusación de simplismo estará allí justificada. Un relato en el que haya víctimas siempre impolutas y victimarios siempre demoníacos, y en el que ambos sean presencias permanentes e inmutables, será una mala historia. La acusación de maniqueísmo o esencialismo será entonces justa. Pero ¿significa esto que no es lícito articular un relato histórico en una trama en la que se distingan víctimas y victimarios, o que reconozca atributos morales a los protagonistas, o que visualice tendencias históricas benéficas y perjudiciales para la sociedad de miras?

Muchos historiadores suelen ponerse nerviosos cuando se introduce la dimensión de la valoración ética en la historia. Por dar un ejemplo, Adrian Ascolani, en su formidable estudio sobre los trabajadores rurales, se sintió forzado a escribir toda una justificación antes de atreverse a describir una práctica laboral como “inhumana”. En la década de 1920 era normal que un peón recibiera bolsas de 70 kg arrojadas desde una estiba de 4 metros durante horas. ¿Tiene derecho el historiador a calificar este trabajo de “inhumano”? ¿No está proyectando sus propios valores actuales? Ascolani finalmente decidió utilizar la palabreja (después de todo, 70 kg desde 4m destruye *objetivamente* el cuerpo de humanos de cualquier sociedad y época), pero no sin una evidente inquietud, como dudando todavía.¹³ Los motivos para el rechazo de la valoración ética del pasado son similares a los que mencionamos para la noción de *historia magistra vitae*. Pesan también aquí el argumento historicista y la concepción de la historiografía como disciplina científica y, por ello, neutral desde el punto de vista valorativo. Marc Bloch, por ejemplo, fue uno de los que más enfáticamente impugnó los juicios éticos, comparándolos

¹² Sábato y Lobato en “Falsos mitos y viejos héroes”, en *Clarín*, 31/12/2005; Gelman en “La historia académica, al contraataque”, en *La Nación*, 11/10/2007. Un interesante llamado reciente a la autocrítica en este sentido: Juan Manuel Palacio, “Nuestra historia, cautiva de una guerra de los relatos”, en *Clarín*, 21/4/2011.

¹³ Adrián Ascolani, *El sindicalismo rural en la Argentina*, Bernal, UNQ, 2009, p. 31.

con el absurdo de un químico que pretendiera sostener que el oxígeno es un gas “bueno” y el cloro un gas “malvado”. Para Bloch, un historiador puesto a emitir juicios morales sobre los personajes históricos o sus acciones no hace sino transferir al pasado sus propias categorías éticas, impidiendo su comprensión cabal.¹⁴

Sin embargo, los debates epistemológicos de nuestra disciplina en general coinciden en que, lo quiera o no, el historiador *siempre* valora éticamente el pasado del que habla. Partiendo de marcos filosóficos totalmente diferentes, desde Isaiah Berlin hasta Hayden White han coincidido en este punto: el vocabulario mismo de la historiografía está saturado de los valores de nuestro discurso cotidiano. Con mayor o menor conciencia de estar haciéndolo, los historiadores escriben historias *con moraleja*. Ésta puede ser explícita o permanecer implícita, pero siempre está allí. Los argumentos que justifican esta afirmación son muy extensos y variados y no es el lugar aquí para reproducirlos. Me limitaré en cambio a mencionar algunos, tomando ejemplos de la producción local.

Existen campos enteros de investigación que parten de una agenda política de fuerte valoración ética. El que se ocupa de la última dictadura militar es poco más que un gran examen acerca de cómo la crueldad más extrema pudo producirse, difundirse y aplicarse y cómo fue experimentada por sus víctimas y por la sociedad. ¿Qué sentido tendría explicar el “silencio” social frente a la tortura si no se partiera del imperativo moral de denunciarla? La historia de género es otro ejemplo: su mismísimo surgimiento y la selección de sus cuestiones de investigación conllevan un juicio acerca de una situación oprobiosa (la opresión de la mujer) y una valoración positiva de todo aquello que apunta a su emancipación. En *Mujeres en la sociedad argentina*, por dar un ejemplo, Dora Barrancos elogia a Sarmiento por su visión moderna sobre el género femenino y no tiene problemas en declarar su admiración por las “mujeres insurrectas” de todos los tiempos, que hicieron “avanzar” la causa. Todo lo que la hizo “retroceder” es presentado de manera negativa. El progresivo aumento de las mujeres en las cátedras universitarias es bueno, pero la persistencia de un “techo de cristal” es malo. El momento de la votación en Diputados por la ley de sufragio femenino en 1932 fue “glorioso”, mientras que las posturas de quienes se opusieron fueron “reaccionarias”. En fin, en la historia de las mujeres sin dudas hay buenos y malos, víctimas y victimarios. Avances, retrocesos, techos, reacciones: todo el vocabulario está teñido de una valoración del pasado narrado y de sus actores desde el punto de vista de un sujeto (político) actual.¹⁵

¹⁴ Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, 2ª ed. rev., México, FCE, 2001, pp. 140-141.

¹⁵ Dora Barrancos, *Mujeres en la sociedad argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 2007, pp. 97, 107, 162.

Fuera de esos ejemplos más evidentes también abunda la valoración. Los historiadores analizan el pasado con sus propias presunciones acerca de cuál es la tendencia necesaria o conveniente de desarrollo social y ordenan determinados eventos y acciones de acuerdo a esa imaginación: algunos serán inevitables, otros contingentes, algunos trágicos, otros lamentables pero necesarios, algunos locales o situacionales, otros generales, algunos naturales, otros reactivos, etc. ¿Cómo podría Juan Suriano concluir que el anarquismo era “inviabile” si no lo considerara una “reacción” pasajera en un momento tumultuoso del proceso de “modernización” de la Argentina? La modernización, así vista, es el camino normal, la política anarquista una equivocación pasajera.¹⁶ ¿Cómo podría Mirta Lobato dejar planteado, a modo de advertencia, que los obreros de Berisso “fueron construyendo un lenguaje autoritario que buscó eliminar las disidencias, la confrontación y la competencia” si no creyera que existe otro lenguaje democrático pluralista que es *mejor* para las sociedades?¹⁷ Todas estas argumentaciones, naturalmente, involucran juicios éticos acerca del pasado que no emanan del pasado mismo sino de nuestro presente.

Incluso la historia cuantitativa con frecuencia involucra valores. Quizás podría considerarse libre de valoración una serie histórica de un mismo dato (digamos, la evolución del salario nominal). Pero tan pronto como se utilizan selecciones de datos o se construyen series compuestas, la valoración se filtra inevitablemente. Para mencionar un ejemplo local, la historiografía argentina del siglo XX en buena medida se apoya en el gran relato que establecieron Gino Germani y José Luis Romero alrededor de la noción de “modernización”. Las series demográficas que apuntan al engrosamiento de determinadas categorías ocupacionales consideradas *a priori* de clase media, permitieron a esta perspectiva postular que las reformas introducidas por las élites argentinas a partir de 1860 dieron como resultado una sociedad que, hacia 1920, era “más esencialmente igualitaria” que la anterior. El tránsito de la (mala) sociedad tradicional a la (buena) moderna también se habría manifestado en otros ámbitos, como el de la cultura política y los hábitos, alimentando una narrativa del pasado en la que el “progreso” es lineal y acumulativo. Sin embargo, como señalé en mi *Historia de la clase media argentina*, existen varios indicadores cuantitativos que apuntan en sentido contrario: la distribución del ingreso en el mismo período empeoró de manera drástica; la clase alta se volvió mucho menos permeable al ingreso de hombres nuevos; el peso del trabajo bajo dependencia de un patrón creció a expensas de las formas

¹⁶ Juan Suriano, *Anarquistas: cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Buenos Aires, Manantial, 2001, p. 341.

¹⁷ Mirta Lobato, *La vida en las fábricas*, 2ª ed., Buenos Aires, Prometeo, 2004, p. 319.

de trabajo independiente; etc. En lo que involucra la cultura también existen datos que apuntan a un cambio, al menos, más ambivalente: en ese período se instaló un pensamiento racista y notoriamente más enemigo del diferente que el que existía en tiempos previos; la violencia contra los pueblos originarios alcanzó picos desconocidos; hubo un incremento sospechosamente alto del aniquilamiento de trabajadores a manos del Estado en el período que va del Centenario a 1924, etc. En fin, por la narrativa de la “modernización” que domina la historiografía argentina terminamos agradeciendo a Mitre, Sarmiento o Roca, al conjunto de los estancieros como clase y a los emprendedores inmigrantes europeos que ellos trajeron, no sólo por el crecimiento económico y el (muy dudoso) mayor igualitarismo, sino también por la democracia, el refinamiento de los hábitos y el florecimiento de la cultura en general. La contracara de esta valoración ética del pasado que sitúa a las élites y a los europeos como agentes del bien, es que se responsabilizó implícita o explícitamente a las clases más bajas y a los étnicamente criollos por el “atraso” y sus rémoras y recaídas de tiempos posteriores. Para superar las limitaciones de este esquema, propuse reemplazar el concepto de “modernización” –con su carga inequívocamente positiva– por el de “profundización del capitalismo”, que permite ver mejor las luces y sombras de ese período de profundo cambio social.¹⁸ Así y todo, mi trabajo ha recibido algunas críticas por parte de quienes defienden la noción de modernización, acusándome de estar planteando una valoración del pasado en la que hay “buenos y malos”... El caso de Sarmiento es paradigmático: en mi libro menciono que era profundamente racista y despreciaba de forma notable a los pobres, algo que puede documentarse ampliamente en sus textos. No abro sobre ello juicios explícitos (porque no hace falta): apenas lo menciono. Recibí varias protestas por este punto en particular. Por algún motivo suena a valoración ética hacer esos señalamientos pero, que yo sepa, no suelen perturbar a nadie los elogios a Sarmiento en *Una nación para el desierto argentino*, donde se los omite.

Un comentario aparte merece un tipo de valoración que no es propiamente ética sino *estética*, ya que no se expresa mediante categorías morales, sino a través de la construcción de sentidos de lo bello y lo feo. Su efecto de sentido puede ser tanto o más fuerte que el del vocabulario moral. Tomemos por ejemplo *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, un libro reciente que es fruto de una tesis dirigida y evaluada por algunos de los historiadores más reputados del país y fue publicado en la colección Historia y Política de Siglo Veintiuno, canal de lo más selecto de la historiografía local. Indudablemente, un fruto de la buena historia. Su autor, Leandro Losada, se muestra allí cautivado por su objeto de estudio, cuya historia describe como la epopeya de civilización y refinamiento de

¹⁸ Ezequiel Adamovsky, *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta, 2009.

las costumbres de una clase que debió construirse a sí misma sin contar con un pasado aristocrático. La prosa del libro está recorrida por una elegancia que se mimetiza con la que la alta sociedad pretendía poseer: el autor utiliza las propias palabras de la élite para referirse a ella y para describir sus costumbres. La valoración estética se hace evidente desde el propio título: el período de miras es la “Belle époque”, que se inicia en 1880 y concluye hacia 1916 con el advenimiento de la “Argentina popular y de masas” (que evidentemente ya no fue tan *belle*). La estetización de las conductas de la clase alta mediante una cuidadosa elección de las palabras nos obsequia un párrafo como el siguiente:

“La vida sexual licenciosa de los muchachos fueron comportamientos tolerados, convencionalmente aceptados como experiencias aceptadas para traspasar el umbral que mediaba entre la juventud y la adultez. A propósito, las sirvientas y empleadas domésticas podían llegar a cumplir un interesante papel docente para que los muchachos se fueran templando en este sentido”.¹⁹

La cita comenta un documento de época que efectivamente refiere que “con frecuencia” los padres de familias acomodadas “confiaban a las sirvientas jóvenes la iniciación del muchacho”. La última línea es todo lo que el autor tiene para decir al respecto: el tema no vuelve a aparecer. De lo que estamos hablando en concreto es de una práctica que significaba con frecuencia ni más ni menos que la violación de las empleadas domésticas (que muchas veces eran “criadas” que ingresaban de niñas entregadas por sus madres y perdían toda contención externa, para no hablar de la carencia de todo derecho) o como mínimo la utilización de un lugar de poder para obtener favores sexuales. Claro, alguien podría objetar que “violación” o “acoso sexual” son nociones que describirían una práctica así hoy, pero que son ajenas al universo moral de aquella época. Prefiero dejar pasar esta cuestión para detenerme en cambio en las palabras que el autor eligió utilizar: “un interesante papel docente”. ¿Habría sido “interesante” para las criadas de entonces iniciar sexualmente al hijo del patrón (y probablemente también satisfacer al patrón a menudo)? ¿Se sentirían gratificadas por ocupar un papel “docente” tan importante? Atravesar una situación tan interesante y gratificante, ¿les aliviaría la pena de ser dejadas en la calle al quedar embarazadas o de ocultar a todos durante años la identidad del padre de su hijo? Si en lugar de “interesante” el autor hubiera escrito “asqueroso”, el efecto sería obviamente otro, sin que cambiara en

¹⁹ Leandro Losada, *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 2008, p. 135.

nada el hecho real del que se trata. Evidentemente, la elección poco feliz de las palabras está en sintonía con la voluntad de estetizar el mundo de la alta sociedad, de convertirlo en algo bello y, por ende, positivamente valorado. Que yo sepa, el trabajo de Losada fue bien recibido y no mereció impugnaciones por imponer al pasado su propia valoración estética.

Este breve recorrido impone la pregunta: si la valoración ética y estética del pasado es inevitable no importa cuán cuidadoso pretenda ser un historiador ¿qué hacer con esta constatación? La cuestión viene animando un extenso debate. De hecho, desde fines de la década de 1990 la cuestión de la valoración del pasado ha adquirido un lugar central en las discusiones epistemológicas. Un creciente grupo de historiadores viene defendiendo la posición de que no hay motivo para avergonzarse por ello ni para regodearse en un cinismo posmoderno: si los juicios éticos nos son indispensables como individuos para comprender el mundo en que vivimos, si nuestra realidad está habitada, entre otras cosas, por gente buena y mala, cruzada por tendencias que consideramos dañinas o benéficas, repleta de víctimas inocentes y victimarios que nos resultan culpables, salpicada de momentos que nos resultan bellos o repulsivos ¿por qué extraño motivo el mundo del pasado no habría de ser similar? Richard T. Vann propuso en 2004 incorporar “valoraciones fuertes”, sin complejos, como parte central de la labor historiadora. Otras voces se manifestaron en coincidencia en algunas de las revistas más reputadas del campo y George Cotkin llegó a hablar en 2008 de un verdadero “giro moral” en la disciplina.²⁰ Quienes –como el que escribe– se sitúan en esta posición, opinan que no hay ninguna necesidad de caer en los riesgos que apunta la objeción historicista: una cosa es valorar éticamente el pasado desde nuestro punto de vista y otra muy diferente atribuirle a personajes históricos universos morales que no tenían. La objetividad no implica siempre y necesariamente la imparcialidad: es perfectamente posible analizar en términos objetivos el conglomerado de razones que orienta el cambio social en un sentido determinado o que lleva a una persona a actuar de tal o cual modo, y asignarle al mismo tiempo un valor ético o estético *para nosotros*. De hecho, si ello después de todo es inevitable, será más objetiva una narración que no busque hacerlo invisible tras el manto de la ideología. Una valoración ética y estética visible y consciente, al menos, tiene la virtud de dar menos lugar a la propia ingenuidad y de ofrecerse honestamente al juicio de otros colegas.

²⁰ George Cotkin, “History’s Moral Turn”, en *Journal of the History of Ideas*, vol. 69, n.º 2, 2008, pp. 293-315; Richard T. Vann, “Historians and Moral Evaluations”, en *History & Theory*, vol. 43, n.º 4, 2004, pp. 3-30.

Prejuicio tres: “Es más complejo... hay que matizar”

Un último prejuicio relativo a la divulgación al que quisiera referirme es el que traza una separación entre un registro que requiere explicaciones “simples” y la labor académica, que necesariamente presenta imágenes más “matizadas” o “complejas”. Comparto la crítica que se ha dirigido a ciertos divulgadores mediáticos que, bajo el pretexto del entretenimiento y la llegada al público masivo, terminan tergiversando totalmente el pasado. Allí la crítica no es por la excesiva simpleza, sino lisa y llanamente por falsificación. Pero dicho esto, no cabe duda de que la divulgación se realiza para públicos y en formatos que requieren a menudo simplificar los discursos y hacer a un lado algunos matices. El riesgo de que de simple se termine en “simplón” está siempre presente y el historiador puesto a divulgar debe estar consciente de ello. El problema es que, para algunos historiadores, pareciera que simple es siempre e inevitablemente simplón, y esto naturalmente es un prejuicio ¿Por dónde pasa el límite?

Respecto del estilo escritural o del discurso, la respuesta es más sencilla. Por motivos de tradición cultural, el campo académico en Argentina premia la utilización de un lenguaje barroco y rebuscado que deja afuera al lector no especializado (algo que no sucede, por ejemplo, en la tradición anglosajona). Tulio Halperín Donghi, su figura de mayor prestigio, es famoso por la complejidad de su prosa, que presenta incluso frases de dudosa gramática. No me detendré en este punto: es evidente que no existe ninguna necesidad de recurrir a un lenguaje intrincado para explicar un tema, por más complejo que sea. Que tendamos a admirar ese tipo de discurso refleja únicamente el hecho sociológico básico de que somos intelectuales y construimos jerarquías entre nosotros demostrando un manejo de las habilidades propias de nuestra actividad, más orientado a impresionar a los colegas que a explicar la realidad. El estilo simple debería ser tenido por una virtud, sea o no que un historiador se interese en divulgar sus hallazgos.

El tema de los matices y complejidades necesarios para describir el pasado es más complicado. Para que me aviniera a respetar la extensión máxima permitida, Roger Bartlett, director de mi tesis doctoral, solía decirme: “La historia del mundo se puede contar en cuarenta volúmenes tanto como en una tarjeta postal”. Algún tiempo después descubrí que tenía razón. Si fuera posible una descripción verdaderamente completa del pasado, con todos y cada uno de sus matices, resultaría completamente inútil, como esos mapas de tamaño real del cuento de Borges “Del rigor en la ciencia”. Toda explicación del pasado, sin importar su extensión, funciona recortando una problemática, jerarquizando la información, generalizando y, con ello, dejando aspectos afuera. La divulgación será “simplona” no por recortar matices, sino por hacerlo en mayor medida a

lo que requiere el formato en el que interviene, o por elegir equivocadamente qué matices priorizar.

Tomemos por ejemplo el siguiente intercambio entre una historiadora y un economista en una entrevista publicada por un matutino porteño. El periodista inquiriere por los condicionamientos que impidieron que Argentina continuara con un buen ritmo de acumulación luego de la Primera Guerra Mundial, obteniendo las siguientes respuestas:

Mario Rapoport—Creo que son dos factores fundamentales, en primer lugar el problema de quién tiene el poder del recurso fundamental que es la tierra, que era una pequeña elite, y en segundo lugar quién tiene el poder político, que sigue siendo esa pequeña elite.

Hilda Sabato—No estoy de acuerdo. Creo que efectivamente hay una relación pero que es más complejo.

Rapoport—Todas las cosas son más complejas. Pero el problema fundamental es que la Argentina no puede pasar luego a una etapa diferente.²¹

El tema terminó allí ¿Quién tenía razón? Si el asunto se dirimiera en una mesa redonda frente a un público de especialistas con horas para explayarse, tendría razón Sabato. Pero en el contexto de una entrevista para un diario, la razón la lleva Rapoport; la elección y jerarquización de temas que realizó era probablemente la mejor posible en el espacio dado. Todo *siempre* es más complejo. De hecho, la complejidad del mundo va de suyo: de lo que se trata es de brindar explicaciones que nos lo hagan comprensible. El economista fue allí mejor divulgador que la historiadora: si el lector se quedaba sólo con la conclusión de que la historia es compleja, poco le habría aportado la entrevista.

Pero hay más en el modo en que se aborda habitualmente el tema. Siguiendo la metáfora pictórica, “matizar” debería significar ir agregando gradaciones de un mismo color, de modo de hacer más sutil o real el objeto representado. El matiz no borra el objeto: lo realza. Sin embargo, lo del matiz suele esgrimirse entre historiadores como un modo sutil de censurar todo trazo y afirmación fuerte. Matizar es *diluir* hasta que no se reconozca otra cosa que múltiples complejidades entre las que no puede adivinarse un sentido más o menos unívoco. La censura, sin embargo, no se aplica a todos por igual. Tal como sucede con el tema de las valoraciones, se cuestiona por falta de “complejidad” especialmente a las visiones del pasado que intentan hacer visibles los antagonismos de clase fundamentales. Rara vez se oída de nosotros el “matiz” en las visiones que, en cambio, los mezzogiornistas

²¹ “Volver a pensar un proyecto de Argentina”, en *Clarín*, 8/7/2001.

imágenes que exageran la concordia y la integración social. La preocupación por defender el imperio de la complejidad y del matiz sobre la historia con frecuencia funciona como una operación ideológica cuyo fin es o bien sostener una visión del pasado fragmentaria e inconexa, o bien una que apuntale la manera liberal de conceptualizarlo. (Aunque justo es también decir que, en nuestro país, las lecturas antagonistas del pasado efectivamente han pecado muchas veces de “simplonas”, en el sentido en el que aquí hemos utilizado la expresión.)

Palabras finales

Para que la historiografía argentina consolide el tímido interés por la divulgación que viene manifestando en los últimos años es preciso que se libere de los prejuicios que intenté describir en este ensayo. Ninguno de ellos tiene apoyatura en consideraciones epistemológicas serias. Estudiamos la historia para obtener enseñanzas para nuestra vida y no hay motivo para avergonzarse de ello. No es cierto que “el pasado es un país extranjero”, como afirma la famosa frase de L. P. Hartley que los historiadores gustan de repetir. El pasado es un territorio que ciertamente ya no es el nuestro, pero que tampoco nos es del todo ajeno. Porque se trata de una tierra habitada por nuestros ancestros y porque ellos claman, desde las sombras de la historia, que no olvidemos sus padecimientos y que seamos capaces de ejercer esa “débil fuerza mesiánica” de la que hablaba Walter Benjamin, capaz de salvarlos de las garras de la clase dominante.²² No podemos entrar al pasado como a territorio extranjero porque nuestros muertos siguen corriendo el peligro de perder la vida. No se ingresa allí con las urgencias de la razón instrumental de un político, pero tampoco con las herramientas asépticas y el desapego del científico. Al pasado se ingresa con la vocación de comprenderlo y valorarlo, desde esa rara sensibilidad que aspiramos a tener los historiadores de saber escuchar a los muertos sin proyectar sobre ellos nuestras propias voces. Para ser objetivas, nuestras historias no necesitan carecer de tensión dramática; no precisan pasar frente al sufrimiento, la humillación, el odio y la opresión, ni frente al amor, los éxitos, alegrías y liberaciones, como si todo les (nos) diera lo mismo. En la crisis de la historicidad que, como propone Frederic Jameson, caracteriza a la cultura posmoderna –en la que la lógica espacial desplaza a la temporalidad, y “el mundo pierde momentáneamente su profundidad” y amenaza con convertirse en “un flujo de imágenes fílmicas

²² Walter Benjamin, “Sobre el concepto de historia”, en idem, *La dialéctica en suspenso*, Santiago, Arcis/Lom, s.f., pp.47-68.

carentes de densidad”–, de lo que se trata es de trazar “mapas cognitivos” que nos permitan “aprehender nuestra ubicación como sujetos individuales y colectivos y recobrar la capacidad para actuar y luchar que se encuentra neutralizada en la actualidad por nuestra confusión espacial y social”.²³

No pretendo, con esto, exigir que todos los historiadores se embarquen en un compromiso benjaminiano con los muertos. No me hago ilusiones de que a todos los historiadores les interese conectar con esta visión de la disciplina ni con los usos sociales del pasado. El avance implacable de la lógica académica ya reclama para sí, de manera irreversible, un espacio acaso mayoritario en el que la práctica se reproduce generando valor de cambio sin valor de uso. Pero liberándonos de los prejuicios, quienes así lo deseemos al menos podremos habilitar un espacio en el que podamos aspirar a ser historiadores en el sentido más tradicional del término –contadores de la Historia– sin tener que justificarnos ante miradas tan descalificadoras como ingenuas.

Resumen:

Este ensayo se propone analizar algunos prejuicios que dificultan la relación entre producción académica y divulgación histórica. A través de ejemplos tomados de obras recientes de historiadores argentinos, se discuten la impugnación a la misión pedagógica de la historia (*historia magistra vitae*), la idea de la neutralidad valorativa y estética del trabajo del historiador, y el lugar y los usos de la “complejidad” y los “matices” en diversos registros de escritura.

Palabras clave: Historia magistra vitae; Historiografía; Divulgación; Ética.

Abstract:

This essay seeks to analyze some prejudices that hinder the relationship between academic and public history. Criticism against the pedagogic pretensions of history-writing (*historia magistra vitae*), the mandate of an ethical and aesthetical neutrality of historians, and the use of notions such as “complexity” and “nuance” in diverse types of histories are discussed through examples taken from recent works by Argentinean historians.

Keywords: Historia magistra vitae; Historiography; Public history; Ethics.

²³ Frederic Jameson, *Ensayos sobre el Posmodernismo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 1991, pp. 58 y 86.

Wolf, el lobo. Observaciones y propuestas sobre la relación entre producción académica y divulgación histórica

Gabriel Di Meglio¹

1. Una relación tensa

A partir de los años 80 se configuró en Argentina un campo académico historiográfico caracterizado por la normalización universitaria, el retorno de historiadores exiliados por la Dictadura, la libertad temática, el crecimiento de las publicaciones especializadas y el triunfo de la “reprofesionalización” disciplinar que privilegiaba un abordaje metodológico riguroso, el uso variado de documentos, la explicitación del aparato erudito en los textos y una búsqueda de distancia crítica con el objeto de estudio, todos elementos que homologaban a la historiografía argentina con otras del planeta. El resultado fue un relanzamiento de las investigaciones, caracterizado no sólo por la ruptura metodológica con las etapas historiográficas previas sino también por una discusión con lo afirmado en ellas y por una despolitización paulatina (lo cual también alejó al grueso de la historiografía de un rasgo clave de sus antecesoras locales). La consolidación de este sistema académico –varias veces jaqueado económicamente– se dio en los últimos años con la creación de nuevas universidades públicas y privadas en todo el país, el aumento de recursos disponibles (los proyectos de la Agencia, por caso) y el crecimiento del CONICET. Aunque amenazado por consecuencias de su propio éxito como la hiperespecialización, el mundo académico es hoy bastante sólido y su producción es amplia y variada. En lo referente a historia argentina, el área que más espacio ocupa en la producción académica, muchos temas clásicos han sido revisados a fondo y han dado lugar a interpretaciones novedosas, al tiempo que se han indagado cuestiones antes inexistentes para el campo historiográfico.

En forma paralela se fue redefiniendo otro campo con una genealogía propia, no institucionalizado y centrado en algunas figuras individuales de mucho peso, de Félix Luna a Felipe Pigna: la divulgación histórica. Su relación con el mundo académico ha sido a menudo de mutua desconfianza y en la última década llegó a

¹ UBA-Conicet. E-mail: gabrieldimeglio@gmail.com.

momentos de tensión. Pero en general esto ha ocurrido a distancia; ambas esferas han tenido pocos cruces. Los principales divulgadores suelen leer poco y nada los textos académicos actuales —es evidente en los argumentos de los hoy más destacados, como Pigna, Pacho O'Donnell, Hernán Brienza y Daniel Balmaceda— mientras que el grueso de los historiadores de las universidades y otros centros de investigación no ha mostrado demasiada preocupación por la divulgación.

Hay sin embargo importantes excepciones. Ema Cibotti fue pionera en hacer divulgación desde la academia con participaciones televisivas, su programa de radio y libros como *Sin espejismos. Versiones, rumores y controversias de la historia argentina* (2004); Luis Alberto Romero interviene asiduamente en la prensa, publicó el que supongo el libro de mayor circulación surgido de la academia actual, *Breve historia contemporánea de la Argentina* (1994), y coordinó en 2009-2010 una colección de historia argentina por décadas en *Clarín*. Han existido asimismo esfuerzos colectivos como la *Nueva Historia Argentina* que Editorial Sudamericana empezó a publicar en 1998, la *Historia Visual* de *Clarín* de 1999 y las más recientes *Claves para Todos* (que se vende en kioscos de diarios y en la que muchos títulos son de historia) y *Nudos de la Historia*. La tradicional revista *Todo es Historia* empezó hace años, asimismo, a incorporar textos de historiadores académicos en tono accesible para muchos. Los programas de televisión de Diego Valenzuela y el programa de radio porteño *Soltando Pájaros* también son puentes entre ambos mundos. Otras experiencias recientes, como en Mendoza las presentaciones radiales acerca de la historia universal de los “movimientos sociales” del colectivo *La hidra de mil cabezas* o el reví-póster sobre el Cordobazo del colectivo *Historia Vulgar* ocupan un lugar destacado en la divulgación que abreva en la producción académica. Para el Bicentenario, algunos historiadores académicos realizamos un video con un resumen de los aportes recientes sobre el período independentista para divulgación: *Dos siglos después. Los caminos de la Revolución* (el programa se emitió en televisión por canal Encuentro). Todas estas intervenciones abordan la divulgación de maneras diversas, que no tengo espacio para tratar aquí; sólo las consigno para marcar la existencia de un acercamiento creciente de sectores de la Academia hacia el terreno de la Divulgación.

Podría pensarse otra división, por ejemplo en términos ideológicos, que no implicara como polos a la Academia y la Divulgación. Es indudable que hay más coincidencias en posiciones políticas entre ciertos divulgadores y ciertos académicos que hacia adentro de ambos campos, pero esa no es la cuestión central aquí. El problema es la forma. Historiadores académicos de izquierda, centro y derecha hacen exactamente lo mismo, en cuanto a la metodología, basta ver cualquier revista, libro o acta de congreso de Historia. Las reglas profesionales adoptadas desde los 80 son el criterio legitimante de la producción y constituyen pautas laborales

fundamentales. Y más allá de que estos requisitos estructurales son determinantes y a veces se percibe aquí y allá alguna incomodidad, no ha existido –hasta donde tengo registro– una propuesta alternativa sistemática contra ellos. No hay, por decirlo de algún modo, un desafío radical a la forma de hacer historia. De allí que sea posible tomar a la producción académica como un todo.

Son muchos los que piensan –pensamos– que es necesario establecer vínculos más fluidos entre un campo y otro, que es indispensable transmitir a la sociedad los aportes historiográficos que suelen quedar en publicaciones especializadas y en reuniones disciplinares. Eso se beneficiaría de un debate sobre cómo hacerlo, quizás un método.² Alguien podría decir –lo he escuchado– que toda la producción historiográfica debería ser accesible para la sociedad, pero eso es difícil, fundamentalmente porque algunas discusiones historiográficas no pueden sino ser complejas, implican una terminología que no es de uso general y pasos metodológicos que suelen no atraer un interés masivo. Por lo tanto, es válido y necesario que exista una producción académica que circule en ámbitos específicos, profesionales. Además los condicionantes editoriales y mediáticos para la divulgación suelen ser diferentes a los requisitos académicos. El desafío es, de todos modos, que las conclusiones del ámbito académico se saquen de allí y se las adapte para la divulgación. Lo que sigue son algunas reflexiones en tono de ensayo y realizadas a partir de la práctica sobre cómo establecer un nexo. Se trata de ideas, quiero aclararlo bien, que no parten de una investigación sistemática sino de algunas experiencias de divulgación en las que he participado en la última década, siendo un historiador del mundo académico.³

2. Adaptaciones

Un primer punto general es de difícil aplicación, pero no imposible: sería deseable que las carreras de historia incorporaran a la divulgación como una tercera propuesta profesional. Todas se centran en formar investigadores y profesores o ambas cosas, pero la divulgación, aunque su salida laboral no esté

² *Historia Vulgar* publicó en 2008 una de las pocas miradas existentes sobre qué y cómo divulgar, con una perspectiva militante: *En boca de todos. Apuntes para divulgar historia* (puede consultarse en <http://divulgarhistoria.blogspot.com/>). Hay observaciones interesantes sobre el tema de la divulgación en Pablo Semán, Silvina Merenson y Gabriel Noel, “Historia de masas. Política y educación en Argentina” en *Clio y Asociados. La historia enseñada*, n° 13, 2009.

³ Principalmente me ocupé desde 1999 y durante algunos años de diseñar y guiar recorridos culturales por Buenos Aires como miembro de *Eternautas. Viajes históricos*, y desde 2006 he participado como contenidista y conductor de diferentes ciclos televisivos de historia en Canal Encuentro.

institucionalizada, puede ser una orientación, porque además ganaría mucho con una preparación específica, aunque sea pequeña, sobre cómo llevarla a cabo. Eso tendría la ventaja de valorizar dentro de la academia la figura del divulgador y su tarea. Incluso a largo plazo es posible pensar en una producción grupal de historia que combine investigación y divulgación. Es cierto que a un historiador puede gustarle investigar y divulgar –es mi caso– pero también hay quien quiere dedicarse sólo a una u a otra rama, el tema es cómo ligarlas. Una producción en equipo puede resolver eso y a la vez ser un antídoto contra el creciente mal de la extrema especialización de la disciplina. No es sencillo por cuestiones institucionales, pero es posible pensarlo como un proyecto a futuro.

Al volcarse a la divulgación es importante tener en cuenta los determinantes materiales: cómo son los espacios en los que se va a divulgar, cómo se puede –más que cómo se quiere– trabajar en ellos, las condiciones en formato y tiempo de cada medio (editorial, prensa, televisión, radio, internet, documental audiovisual, exposición, calle). Por decir una obviedad, en la televisión es muy difícil incluir algo así como un estado de la cuestión o una cita de autoría. Además, dentro de cada tipo de medio hay diferencias: no es lo mismo lo que es posible hacer en un canal como Encuentro que en un canal de aire. Otro tema central a considerar es a qué público se quiere dirigir el discurso; en mi opinión lo deseable es que sea lo más amplio posible.

De acuerdo a estos límites propongo algunos puntos de adaptación para la producción académica. Primero, es fundamental la síntesis. Generalmente hay poco espacio y tiempo, lo cual es muy evidente en la radio y la televisión pero también en un escrito, en particular para la prensa o la web; sólo los libros parecen ser la excepción, pero en textos de divulgación también las editoriales presionan a favor de la brevedad, porque un precio más bajo genera más ventas. Sintetizar obliga a saltar cuestiones constitutivas de la academia, como los debates historiográficos, pero no implica necesariamente realizar simplificaciones extremas: una buena divulgación tendría que reflejar la complejidad en pocas palabras.

Al mismo tiempo, creo que divulgar requiere no tomar nada por conocido. Si hablando de algún tema se menciona un acontecimiento como la Guerra Civil Española no habría que dar por sentado que todos saben de qué se trata, porque no es así, y seguramente convendría explicar algo a continuación, del estilo “un conflicto iniciado en 1936 cuando un sector del ejército español, dirigido por Francisco Franco, realizó un golpe de Estado contra el gobierno de izquierda de la república española”. Sin una referencia de este tipo es probable que muchos se queden afuera de relato. Es cierto que a mucha gente que sí conoce perfectamente de qué va la Guerra Civil puede molestarle, pero he ahí una apuesta: desde mi posición es mejor arriesgarse a eso e intentar llegar a la mayor cantidad de gente

posible (por supuesto, reitero, ello está condicionado por el medio en el cual se realice la actividad de divulgación).

Algo similar ocurre con el lenguaje que se emplea. En este sentido es útil tener en cuenta a figuras como el gran escritor paraguayo Robin Wood, autor de numerosos clásicos de la historieta argentina. En su serie *Wolf*—un príncipe sajón criado por una loba que enfrentaba las invasiones danesas a Inglaterra en el siglo IX—añadía en cada capítulo al mencionar al protagonista, Wolf, la aclaración “el lobo” (es decir “Lobo, el lobo”).⁴ Wood era conciente de que sus historias en editorial Columba tenían un consumo popular muy alto y de que la mayoría de sus lectores no entendía inglés, por lo cual esa traducción era indispensable. Eso puede aplicarse a términos como *laissez faire*, *know how*, *sine qua non*, *ad hoc*, *ipso facto* o *sic*, que son de uso habitual en la academia, pero el problema no es sólo idiomático ni mucho menos. Cuando presenté el texto de uno de los primeros programas que hice en Encuentro, sobre la Revolución de Mayo, escribí “retroversión de la soberanía” y me señalaron acertadamente que pocos iban a entender qué quería decir. Pensar en quién puede ser el receptor, aunque sea imposible establecerlo con certeza, me parece clave. Términos corrientes entre los académicos, como *estructural* o *hegemonía*, son incomprensibles para mucha gente; creo conveniente explicarlos o reemplazarlos para conseguir una divulgación eficaz, que logre interpelar.⁵ Ello puede tener hipotéticamente un efecto positivo luego para el propio trabajo académico, dado que obliga a repensar el vocabulario que se emplea en él. Cuando utilizamos palabras como *etnogénesis*, *transculturación*, *agency* o *intertextualidad*, por citar algunas al azar, solemos ser concientes de su complejidad y de su origen. Sin embargo, otros términos, como *prácticas*, *representaciones*, *canon*, *capital simbólico*—o *político*—, *discurso*, *campo*—en el sentido en que en este trabajo he usado campo historiográfico—y algunos más se utilizan como parte de la

⁴ “Wolf”, con dibujos de Jorge Zaffino, apareció en la revista *Fantasia* entre 1980 y 1991 y se volvió a publicar en *El Tony* durante los 90. Hubo una recopilación en dos tomos de los primeros 20 episodios en el año 2000, en la Colección Clásicos de Editorial Columba.

⁵ Permítaseme otro ejemplo personal, no ligado a la producción historiográfica pero ilustrativo. Viajando en un colectivo en 2009 leí en un cartel de un partido político, creo que el PO, “que la crisis la paguen los capitalistas”; en el mismo trayecto escuché a una mujer decirle a otra que el problema con los porteños es que son “demasiado capitalistas”, porque “solamente les importa lo que pasa en la ciudad” (esto es más o menos textual). Es decir, estaba usando capitalista como “capitalino”. Puede ser un ejemplo aislado, un error personal—aunque su interlocutora no la corrigió—pero es evidente que la señora no iba a entender el cartel de la manera que sus redactores querían. Tal vez si hubiera dicho “los empresarios”, “los patrones” o “los ricos” no hubiese dado lugar a confusión. Por supuesto, muchas personas de distinta condición social conocen el significado de capitalista, pero los otros términos recortarían menos el espectro de receptores. De eso se trata, de hasta dónde se procura llegar.

jerga cotidiana de la disciplina, con poca problematización (es interesante notar de paso que está más “naturalizada” la terminología procedente del mundo intelectual francés, que sigue así teniendo una presencia muy destacada en el argentino).

Otro elemento inherente a la divulgación también puede repercutir beneficiosamente en el mundo académico: la mirada amplia. Es posible divulgar como especialista, pero es claro que aunque uno se presente como experto en historia del peronismo o de la independencia para buena parte de los no involucrados en la actividad historiográfica es un historiador, a secas, y eso presupone la capacidad de decir algo aunque sea muy general sobre una gran cantidad de temas y también de poder establecer vínculos con el presente, que suele ser una preocupación central en los consumidores –lectores, espectadores, oyentes– de divulgación histórica. Y está bien que sea así, porque fuerza a los académicos a mirar más allá de su tema, a actualizarse mínimamente en cuestiones a las que no se dedican y a afrontar el difícil pero saludable desafío de contestar preguntas grandes.

Evitar el anacronismo y recuperar la historicidad me parece tan arduo como importante. Contextualizar es clave, incluso para el vocabulario. Por caso, si se estudia la Revolución de Mayo se encuentran documentos que hablan de “independencia” pero al hacerlo están refiriéndose a lo que hoy entendemos por “autonomía”. Cuando buscaban consignar lo que hoy llamamos independencia política hablaban de “independencia absoluta”; la adjetivación no es ociosa, siempre señala algo. De ahí que sea importante comunicar que el lenguaje cambia, que los significados de las palabras se transforman y que sin percatarse de eso no se comprende en absoluto lo observado.⁶ Esto puede aplicarse también a cierta terminología que se usa para analizar el pasado. Es frecuente hablar de que aquí o allá no había “realmente” una república o un “verdadero” liberalismo, juzgando desde definiciones de diccionario que también son productos históricos y no “Teoría” casi de origen divino. Considero muy deseable que los académicos ayuden a quienes no lo son a pensar históricamente, transmitiendo que los contemporáneos, los protagonistas que estudiamos, no sabían cómo iban a terminar los sucesos en los que estaban actuando, explicitando cómo veían ellos su realidad y advirtiéndole que no nos conviene estudiar la historia solamente para ver cómo se llegó a un resultado, aunque ello sea fundamental, sino que hay otros aspectos del pasado que no llegan al hoy y también fueron muy relevantes.

Asimismo, creo que es indispensable buscar el extrañamiento, la idea de los momentos del pasado como realidades diferentes a la actualidad, lo cual varía de

⁶ Para ello es muy útil la lectura de textos de historia conceptual, como Reinhart Kosellek, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993 o James Tully, *Meaning and Context. Quentin Skinner and his Critics*, Princeton University Press, 1998.

acuerdo a qué período se analice. Si no se hace se corre el riesgo de que quien reciba el relato lo considere sólo como una proyección hacia atrás de su presente. Es más fácil imaginar el Egipto de Kheops, claramente alejado en tiempo y espacio, que el propio lugar en el que uno vive 100 o 200 años atrás, pese a que hayan existido tantos cambios en el medio. Proponer pensar el pasado como un territorio extraño y diferente puede resultar útil para entenderlo. Por caso, al pensar en el mundo rural de la región pampeana colonial hay que recordar el tiempo que llevaba hacer distancias que hoy se cruzan velozmente, que no había alambrados ni molinos ni árboles, que las vacas eran escuálidas y tenían grandes cuernos, que la mayoría del territorio era controlado por los indígenas independientes; es decir, que tenía muy poco que ver con la región que conocemos en la actualidad.

Hay otros dos puntos que la producción académica ha impuesto dentro de su propio dominio pero han salido poco de él a los que tomo como premisas para la divulgación: combatir el esencialismo nacional y las claves explicativas elitistas. La idea de que la nación es una construcción goza de amplio consenso historiográfico, pero no es tan así por fuera de él. Sin embargo, a mi juicio es crucial que esté presente para historizar y para quitar las aristas nacionalistas más duras. Claro que eso obliga también a los académicos a no tomar a la nación por algo “falso”. Como una casa, una nación se construye, pero por eso mismo existe.⁷ El otro aspecto, la mirada elitista, prima repetidas veces —en especial entre muchos periodistas— como clave explicativa principal. Es aquella que al historizar lo ocurrido en diciembre de 2001 enfatiza más las supuestas maquinaciones de los dirigentes bonaerenses para explicar el estallido que el malestar social. Sin negar la importancia de posibles complots, éstos han existido en muchos momentos sin dar lugar a fenómenos tan disruptivos como los de ese fin de año. El problema es que mucha gente está convencida de que lo que importa, lo que determina, es la acción de unos pocos conspiradores, lo que remite al clásico lugar central de los grandes hombres en la explicación histórica. En mi opinión, desarmar esa mirada es clave.

Finalmente, la divulgación requiere generar cierta atracción. Al no estar institucionalizada ni contar con públicos “cautivos” como ocurre con la enseñanza, la divulgación histórica compite, por ejemplo con otras ofertas de contenidos en los medios. Si se transmite un argumento aburrido o se emplea una forma monótona es probable que muchos no elijan prestarle atención. Éste es uno de los aspectos más dificultosos para los historiadores y tal vez contribuya a superarlo la cooperación, trabajar con gente que provenga de otros ámbitos y tenga otras ideas. De nuevo,

⁷ Para una discusión actual sobre el problema de la nación desde Argentina puede verse Alejandro Grimson, *Los límites de la cultura. Crítica de las teorías de la identidad*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011.

el medio condiciona mucho la elección. Entiendo que si se busca una divulgación audiovisual de cualquier tipo la tarea no puede ser sino en equipo, con personas que sepan emplear ese lenguaje y realizar un producto, y probablemente el resultado final ganará en efectividad con esa colaboración.

3. Diálogos

Por supuesto, creo que la divulgación hecha desde la academia no debería renunciar a premisas básicas que van a diferenciar sus resultados de otros tipos de divulgación realmente existentes, como la rigurosidad en la información y la existencia de un aparato erudito muchas veces no explicitado pero presente en la elaboración de los contenidos. Lo mismo ocurre con evitar las explicaciones facilistas, que eluden la complejidad de los fenómenos históricos. La clave maniquea, tan provechosa para contar un drama –Montescos y Capuletos– es de rápida comprensión e interpela al sentido común pero en general es poco útil para entender el pasado. La lógica buenos vs. malos puede servir en algún caso pero suele ocultar más de lo que ilustra. Obviamente, el otro extremo, relativista, tampoco aporta. Aquí jugarán, claro está, concepciones políticas de cada uno pero considero que una divulgación eficaz deber conservar el cuidado en el abordaje que suele tener la producción académica. Y esto es extensible a los juicios de valor sobre hechos y personajes pasados. No está para nada mal opinar sobre ellos, evidentemente, pero entre los posibles receptores hay muchos adoradores de hagiografías y estigmatizaciones que buscan sentencias inapelables sobre un proceso, un hecho o un individuo. Y mi propuesta es evitar eso, complejizar la valoración aún cuando uno tenga una posición personal clara al respecto. Un buen ejemplo es la figura de Hipólito Yrigoyen. ¿Puede considerarse a su primer gobierno más positivo para una parte de la sociedad que sus antecedentes conservadores? Sí, y producto de elecciones legítimas, lo cual fue un cambio notable (de hecho las transformaciones le valieron la oposición dura de la derecha elitista). Al mismo tiempo, en su presidencia tuvieron lugar las mayores masacres de trabajadores bajo gobiernos civiles, la Semana Trágica y los episodios de la Patagonia, de las cuales él fue, por su papel de primer mandatario, responsable. Ante la pregunta ¿Yrigoyen fue bueno o fue malo? se puede tomar el camino de tratar de complejizarla pero finalmente habrá que responder (decir “es más complejo” no me parece una respuesta provechosa si no es seguida por una breve explicación de esa complejidad). Pero si no se expone todo lo antedicho y sólo se lo condena por la represión o sólo se lo celebra por la superación del régimen conservador se corre el gran riesgo de no permitir la

comprensión de Yrigoyen y su época. Y desde mi punto de vista estamos, sobre todo, para entender, interpretar y ayudar a conocer el pasado.

La divulgación tiene que lidiar con un aspecto que quizás sea más marcado en historia que para cualquier otra disciplina: el hecho de que –en particular con historia argentina– quien recibe lo que se transmite tiene algunas ideas previas sobre la cuestión. Esto varía mucho, pero hay en la sociedad una mirada sobre la historia y creo necesario dialogar con ella. Dialogar implica evitar la tentación de la extirpación inmediata, de la imposición de la “verdadera” explicación, y también eludir la desmotivación y la mirada decadentista que a veces se hace presente entre los académicos cuando perciben que discursos simplistas se articulan más fácilmente y más rápido con el sentido común. Si partimos de la base de que esos saberes generales no son incorrectos, sino contruidos históricamente, podemos trabajar con ellos respetando al lector-espectador oyente y así, tal vez, lograr que éste lea-vea-escuche lo que queremos transmitir.

Sugiero que no es conveniente brindar las explicaciones como totales y definitivas, del modo que se denomina popularmente “bajada de línea”. Creo más ventajoso dar información que por supuesto estará marcada por el punto de vista que adopte el divulgador pero permitiendo que sea el lector-espectador oyente quien saque las conclusiones finales, o por lo menos dejar un espacio para ellas, más que decirle que hay una única manera de entender el evento histórico del cual se está hablando.

Un problema ligado a esto es la cuestión de la demanda. Mis reflexiones parten de una mirada de un centro, los académicos y su criterio, hacia fuera. Ahora bien, a veces los temas a divulgar son pedidos por los medios, otras son elegidas por los divulgadores, pero pocas veces es el público el que elige. ¿Qué les interesa a aquellos a quienes queremos interpelar? Seguramente temáticas muy variadas. Establecer canales de diálogo con los receptores no es sencillo pero puede ser provechoso. Se me ocurre que en la radio ese diálogo puede ser más accesible que en otros medios, pero debería ser siempre un horizonte a tener en cuenta. Lo mismo ocurre con buscar formas –por ejemplo vía internet– para recibir devoluciones de lo realizado, que sin duda es de una utilidad inmensa para mejorar la tarea.

Una divulgación proveniente de la producción académica va a disputar un lugar dentro de discursos históricos existentes, sobre todo en lo referente a historia argentina. Frente a ellos puede buscarse construir otro discurso, realizar un esfuerzo por reescribir, con otros personajes, otros eventos, otras periodizaciones.⁸ Una tarea de esa envergadura corre el riesgo de emprender una empresa titánica,

⁸ Pienso en la propuesta de *Historia Vulgar* de reemplazar a la “historia de la Nación” por una “historia del país” tomada como un “contradiscurso insurgente”, *En boca de todos*, cit., p. 10.

demasiado grande para las posibilidades de un grupo, aunque es indudable que el sólo hecho de afrontarla no es infructuoso. Otra alternativa es lanzarse a desmitificar—muchos académicos se han encargado de hacerlo— y tratar de mostrar que las creencias habituales son “falsas” o míticas. El problema es que una operación de ese tipo debería ser seguida de algún discurso propositivo, de una nueva mirada; desmitificar *per se* puede tener alguna utilidad pero no demasiada. Mi propuesta es por un lado añadir nuevos temas y nuevas figuras pero también disputar dentro de la narrativa nacional y discutir el sentido de los mitos nacionales, más que intentar eliminarlos. Las comunidades cuentan con mitos y héroes, está más allá de nuestras fuerzas y no nos conviene ignorarlo. ¿Cómo ir en contra de la Revolución de Mayo o de San Martín? ¿Y para qué? Abandonarlos es dejárselos a los sectores más reaccionarios. Y no es lo mismo presentar a San Martín como un militar patriota que como un líder revolucionario; ambas cosas son ciertas pero tienen implicaciones diferentes (en todo caso, para evitar idealizaciones, es mejor mostrar ambas caras y todas las otras que puedan presentarse). Además, como demostró el Bicentenario, estos mitos no viven sólo en el discurso del Estado y algunos de ellos ni siquiera surgieron por su impulso (tal vez el caso más claro sea el de Malvinas, que le debe más a José Hernández, a Paul Groussac, a Alfredo Palacios, a los hermanos Irazusta y sobre todo al nacionalismo de la sociedad civil que a un esfuerzo estatal). Hay por cierto fechas como el Día de la Raza que son demasiado delicadas y puede pensarse en desmontarlas de a poco (dado que tal vez no alcance con como cambiarle el nombre, como se hizo en 2009 por “Día del respeto a la diversidad cultural”). Y también es verdad que existe el riesgo de crear nuevas mitificaciones poco provechosas, como la idealización del mundo prehispánico de los pueblos originarios o el esencialismo latinoamericanista “a la Galeano”. Los peligros son varios, pero me parece que el esfuerzo vale la pena. Es necesario desplazar a los mitos clásicos de su eje, debatirlos, devolverlos a la historia.

4. Ficciones

“Evocar el pasado requiere arte tanto como información”.⁹ La afirmación de Hayden White apunta a un tema que fue central para la historiografía de hace unas décadas: la discusión epistemológica sobre la posibilidad de acceder al pasado, de conocerlo, de llegar a la verdad; un debate al que no voy a referirme

⁹ Hayden White, “Ficción histórica, historia ficcional y realidad histórica”, en su libro homónimo, Buenos Aires, Prometeo, 2010, p. 172.

aquí.¹⁰ Me interesa en cambio tomar otra deriva: la utilidad de la ficción para la divulgación, donde es muy bienvenida la combinación de arte e información. ¿Pueden una novela, un cuento o una película ser medios adecuados para transmitir contenidos históricos? La respuesta es afirmativa. Si los criterios disciplinares no permiten esa posibilidad en el mundo académico, la divulgación puede beneficiarse de su potencialidad (su utilidad en la enseñanza ha sido también destacada por la didáctica de la historia).

Tomemos por caso la película *Tierra y Libertad* (1995) de Ken Loach, basada en *Homenaje a Cataluña* (1938), libro de George Orwell sobre su experiencia en la Guerra Civil Española. Promediando el film hay un momento en el que los milicianos del POUM y los campesinos de un pequeño pueblo discuten la posible colectivización de las tierras. La escena es fascinante, porque si bien en toda la película el director muestra claramente cuáles son sus preferencias ideológicas –se inclina por el sector más radicalizado– aquí reconstruye con rigurosidad y sin desacreditar la posición con la que no acuerda, una discusión central en la izquierda revolucionaria de la época: ¿cómo dividir la tierra? ¿Primero había que hacer la revolución o lo más importante era ganar la guerra contra la derecha y lo demás vendría después? ¿Cumplir un objetivo programático o ser pragmáticos? Es una escena, me animo a decir, perfecta, y es también más útil que muchos textos para explicar esa problemática a un público que se acerca al tema por primera vez. Por lo tanto, es muy adecuada para la divulgación histórica. No narra algo verdadero, esa reunión concreta no existió, pero sí tuvieron lugar otras similares. Es entonces verosímil y por lo tanto legítima.¹¹

Lo mismo ocurre con novelas clásicas como *Yo Claudio* (1934) de Robert Graves u *Opus Nigrum* (1968) de Marguerite Yourcenar, que incluso han sido utilizadas como bibliografía universitaria en otros países. Para Latinoamérica,

¹⁰ Quisiera sostener, sin embargo, que sería saludable para el campo historiográfico argentino retomar lo y no simplemente ignorarlo, como ocurre habitualmente. Han habido estudios sobre el “giro lingüístico” y temas aludidos, pero suelen circunscribirse a los investigadores que se dedican a historia intelectual, a historiografía y a cuestiones de filosofía de la historia; véanse por ejemplo Elías Palti, *Giro lingüístico e historia intelectual*, Universidad de Quilmes, 1998, o en el n° 3 de esta misma revista (2006) el artículo de Nicolás Lavagnino, “Narrativismo, historiografía y después. La nueva filosofía de la historia y el límite de la comprensión histórica”. En cambio, quienes se dedican a otros tipos de historiografía suelen (solemos) aceptar las convenciones del campo y eludir ese terreno escabroso. Pero ignorar estos debates con suficiencia y sin abordarlos por “posmodernos” –término que se utiliza con frecuencia como descripción peyorativa– no le hace bien a nuestra práctica.

¹¹ Aunque no se ocupa de esta película, la defensa de lo verosímil en el cine histórico es central en Robert Rosenstone, *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Barcelona, Ariel, 1997.

una novela como la magistral *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, por usar un ejemplo destacado, puede tener una enorme utilidad. Fruto de una investigación profunda, explica los rasgos del período que corre entre 1790 y 1808 en el Caribe, en Francia y en España, con contundencia y belleza. Victor Hughes, el personaje central, es una figura histórica que efectivamente gobernó la isla de Guadalupe entre 1794 y 1798, derrotó allí a los británicos, abolió la esclavitud, y fue años más tarde responsable del restablecimiento de la esclavitud en la Guayana Francesa.¹² Las escenas del libro que describen La Habana colonial, la percepción de la rebelión haitiana, la París revolucionaria, los sucesos de Guadalupe y la Madrid antinapoleónica son excelentes piezas históricas. La imagen de la guillotina en la cubierta del barco en marcha hacia el Caribe con la que comienza el libro es muy potente para marcar el signo de los tiempos. ¿Es verdadera? Tal vez, tal vez no, pero es verosímil; no apta para las convenciones del mundo académico mas adecuada para el de la divulgación. La novela es, en suma, un libro de historia sin pretensiones académicas pero de gran calidad.¹³ Y puede ser usado para conocer el período. En Argentina hay también varios textos con potencia similar: el brillante cuento de Ricardo Piglia sobre las razones del asesinato de Urquiza, “Las actas del juicio”, es uno de los ejemplos más notables.¹⁴

¹² Un completo estudio sobre Victor Hugues y la rebelión de los esclavos de Guadeloupe en Laurent Dubois, *A Colony of Citizens: Revolution & Slave Emancipation in the French Caribbean, 1787-1804*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004.

¹³ Muchas veces se analiza *El siglo de las luces* como una mirada sobre la Revolución Cubana, es decir como una novela que habla de su contexto (además, el asma de otro protagonista, Esteban, hace que enseguida se piense en Ernesto Che Guevara). De hecho fue escrita en Cuba y aunque la base del texto estaba lista en 1958 no se publicó hasta 1962, con modificaciones, e indudablemente refiere a ese suceso que tanto impresionó a Latinoamérica; en esa clave fue leída la novela, que tuvo mucha repercusión. Pero el peso de su contexto no anula su fuerza como texto histórico, del mismo modo que no lo hace con un magnífico libro –considerado “de historia”– sobre la revolución haitiana, *Los jacobinos negros*, en cuya reedición de 1963 el autor –C.L.R. James– trazaba una línea entre Toussaint L'Ouverture y Fidel Castro, *El siglo de las luces* no es sólo una fuente para pensar la historia intelectual y literaria de los años 60 latinoamericanos, no es sólo una reflexión sobre la revolución como problema, incluyendo a la Revolución Cubana; es al mismo tiempo una mirada sobre la Revolución Francesa como corolario de las distintas caras de las “luces” –el barco que porta una guillotina y una imprenta– y sobre su influencia. Para el impacto de *El siglo de las luces* en su época y algunos de los debates que generó véase Pablo Rocca, *Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006. Sobre el campo intelectual del período y el tema de la revolución véase Claudia Gilman, *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

¹⁴ Por supuesto, también la poesía aporta lo suyo, desde el genial “Poema conjetural” (1943) de Borges sobre la muerte de Narciso Laprida hasta obras recientes como la canción del uruguayo

Creo que es factible aprender de allí que la narrativa de ficción es válida para la divulgación histórica y que puede proporcionar algo invaluable a un campo que lo necesita: un atractivo mayor que otras formas de contar historia. Por supuesto que muchas novelas y películas históricas no tienen ninguna utilidad porque la historia en ellas es simple escenario, pura ambientación, de una trama concebida en términos actuales; sería bueno escoger solamente aquellas obras que trabajan como textos de historia. Pero mi propuesta principal no es sólo seleccionar ese material sino animarse a emplear recursos de ficción desde el campo historiográfico. Por supuesto que es una cuestión delicada e implica mucha responsabilidad profesional, pero el riesgo vale la pena. Aclaro, no considero que toda la divulgación tenga que ser canalizada a partir de recursos ficcionales ni muchísimo menos, sino que éstos pueden ser una alternativa en ciertas ocasiones.

Tuve la oportunidad de incursionar en recursos de ficción para abordar el pasado en dos experiencias realizadas en equipo de las que participé en 2010 y que tuvieron buenas respuestas de muchos espectadores (ambas en Canal Encuentro): el dibujo animado *La asombrosa excursión de Zamba en el Cabildo*, que procuraba explicar a los chicos lo ocurrido en los días de Mayo de 1810 –aunque tuvo también un público adulto– a través del viaje al pasado de un niño formoseño, y dos capítulos sobre esclavitud rioplatense de un ciclo llamado *Bajo Pueblo*. En éstos se redactó un diario apócrifo de alguien que fue capturado en África para ser vendido como esclavo en Buenos Aires, participó como soldado en el Ejército de los Andes y volvió como un hombre libre a la ciudad. La construcción se basa en verosímiles: si bien no se han hallado escritos de afrodescendientes en la Buenos Aires de esa época sí los hay en Montevideo;¹⁵ los datos que integran la biografía del personaje fueron extraídos de bibliografía académica y de documentos de policía, de juicios y de solicitudes a gobiernos. Esa vida no existió pero está compuesta de fragmentos de vidas que sí lo hicieron. Además, una operación de este tipo permite darle entidad individual a alguien que no pertenece a una elite, a una clase dominante. El personaje que inventamos, Agustín Peralta su nombre, puede así ser visto –con la debida aclaración para evitar malos entendidos– en el mismo plano que un San Martín o un Belgrano, como un protagonista, aunque su “biografía” sea el resultado de retazos aprehensibles de otras. Con ello es posible

Fernando Cabrera “Décimas de prueba” (2002), en la que hace una síntesis admirable de las principales figuras decimonónicas de su país: “Lavalleja es calentón / Rivera es gaucho compadre / tal vez Oribe no cuadre / mas parece un Borbón / Venancio Flores matón / fue con Berro al cementerio / por qué la historia es misterio / te pido que me lo digas / un padre santo fue Artigas / una ilusión su criterio”.

¹⁵ Véase Jacinto William Acree y Alex Borucki, *Jacinto Ventura de Molina y los caminos de la escritura negra en el Río de la Plata*, Montevideo, Linardi y Risso, 2008.

no tratar a las clases populares solamente como masa, como multitud, para poder contar sus experiencias con otra cercanía y en otra escala, evitando que se las presente exclusivamente como grupos anónimos y en función de alguna “gesta”. He ahí otro aporte de la ficción.

Por lo tanto, como ha señalado Carlo Ginzburg en diversas ocasiones, leer literatura y ver cine parecen actividades muy ricas para la práctica de los historiadores. Agregaría que esto me parece especialmente cierto para la divulgación, tanto porque proporcionan material concreto como porque inspiran formas de acción. Y no debe sorprendernos: es probable que muchos de los que investigamos historia hayamos encontrado en novelas, películas e historietas el primer impulso para dedicarnos a la profesión. ¿Por qué no tratar entonces de usar la ficción profesionalmente, si ya conocemos perfectamente cuán elocuente y estimulante puede ser? Es difícil, sin duda, pero puede servir mucho. Quien escribe este ensayo debe gran parte de su pasión por la historia tanto a las obras de Dumas y Salgari como a *Asterix* y a la pluma de Robin Wood, sobre todo a sus *Nippur de Lagash* y *Dago*. Podemos volver a esos referentes que nos hablaban de historia cuando no teníamos ninguna idea al respecto para pensar cómo transmitir nuestro saber profesional a los que no se dedican a esto, que es quizás para quienes tiene más sentido hablar. ¿Por qué no seguir la senda de Wolf, el lobo?

Resumen:

El artículo reflexiona sobre la relación entre la producción de historia realizada en el mundo académico y el campo de la divulgación. Plantea una serie de adaptaciones para que la producción académica pueda ser accesible a un público amplio e intenta pensar cómo puede dialogar con ciertos saberes sociales establecidos. Propone finalmente la utilidad de recurrir a la ficción como alternativa para una divulgación amplia.

Palabras clave: Academia; Divulgación histórica; Ficción; Adaptación; Mito

Abstract:

The article analyses the relationship between the production of history made in the academic world and the field of public history. It poses a series of adaptations to make the academic production more accessible to a broad audience and it tries to think of how to deal with certain established social knowledge. Finally, it proposes the utility of fiction as an alternative for a broad public history.

Keywords: Academy; Public History; Fiction; Adaptation; Myth.

Entre el *qué*, el *por qué* y la hegemonía de la lógica *billikeneana*. Algunas reflexiones sobre la difusión de la historia

Pablo Scatizza¹

¿Por qué estamos discutiendo sobre algo que, a simple vista, no debería dar mayores motivos que los que pudieran servir para un mero intercambio de pareceres referidos a cuestiones de forma? A ver: si nos ponemos a investigar sobre un determinado tema y luego de un gran esfuerzo producimos un texto sobre ello; y si somos de los que creen que la producción de conocimiento debe ser socializada, ¿no es lo más lógico entonces que pongamos a disposición del mayor número de personas esto que acabamos de producir? Pensemos: ¿no le habrá pasado esto mismo a los comunicadores que analizaron la inserción de las redes sociales virtuales en las clases medias y *tuítearon* un link al blog donde expone sus resultados? ¿No les sucedió algo parecido a los/as biólogos/as marinos que descubrieron luego de años de investigación por qué las ballenas francas encallaban en las costas patagónicas, y que enviaron sus conclusiones a la revista dominguera de un diario de circulación masiva?² ¿Por qué entonces nosotros, historiadores e historiadoras, estamos discutiendo y dándole vueltas al asunto de la difusión del conocimiento histórico, en vez de dar a conocer lo que hacemos y listo? ¿Qué nervio nos tocaron para que hoy sea una preocupación en sí misma esta cuestión de la divulgación?

No caben dudas de que el asunto es más complejo de lo que a primera vista proponen estas preguntas retóricas, y es por ello que en este breve ensayo intentaremos dar cuenta de algunas líneas de fuga por donde creemos que se puede pensar la cuestión, intentando no repetir –mas sin por ello dejar de mencionar– argumentos ya vertidos al respecto por colegas que se han ocupado y preocupado por este tema. En una segunda parte, plantaremos algunos interrogantes sobre

¹ UNCo-UTDT. E-mail: pscatizza@gmail.com. Este artículo es el producto de un debate mantenido con Humberto Bas, Ariel Petrucelli, Alejandra Kurchan, Fernando Lizárraga y Mauricio Suraci, compañeros/as del *Colectivo Editorial El Fracaso* del cual formo parte. Muchas de las ideas aquí vertidas por ende no me son propias, y cargo junto con ellos/a tanto los créditos como los cuestionamientos que puedan llegar a generarse.

² Son ejemplos imaginarios. Realmente desconozco si ese tipo de investigaciones existen o son novedosas.

los que creemos que no se ha reflexionado suficiente y que vinculan directamente la problemática de la difusión/divulgación con la razón misma de esta disciplina que tanto nos apasiona.

Antes de avanzar, sin embargo, una breve aclaración. Este artículo carece en términos de análisis y reflexión de un elemento indispensable al momento de hablar de socialización de conocimientos, cual es el de la *producción* de los mismos. Durante las discusiones que hicieron posible este texto coincidimos en que poco se habla de las formas y lógicas en que los saberes son construidos en función de los diversos mecanismos de poder que hegemonizan determinados momentos históricos; y que en ciertas circunstancias la ignorancia de los mismos por parte de quienes no participan de esos procesos pueden resultar tan peligrosa como la naturalización de fenómenos que son históricos —y por ende no son *naturales*—, así como la aceptación de verdades universales. Queríamos por ello dejar explícita esta falta, y dejar planteado la necesidad de un debate al respecto.

¿Divulgar o di-vulgar?

En primer lugar entonces, algunas cuestiones relacionadas con la tarea de “divulgar” los conocimientos que en la puesta en práctica de nuestro oficio producimos acerca del pasado. Y no estaría mal comenzar por la cuestión de si el propio término que nos ocupa es legítimo o no. ¿No estaremos partiendo de un prejuicio al hablar de “divulgación”; al pensar que nosotros los “profesionales de la historia” tenemos algo para decirle a un “vulgo” supuestamente necesitado y deseoso de conocimientos? La propia respuesta negativa o afirmativa inherente a este interrogante nos ofrece dos caminos divergentes que permiten matizar esta cuestión. Por un lado, podríamos pensar que ello no es así y que en tal caso lo que se quiere es, precisamente, rescatar la idea de “lo vulgar” y redefinirla en términos positivos, quitarle de encima su cualidad negativa o peyorativa y revitalizarla, como por ejemplo lo están haciendo —y de manera lograda— un grupo de colegas del *Colectivo Historia Vulgar* y de *La Hidra de Mil Cabezas*. Tal como lo cuentan en su blog³, los primeros entienden a la divulgación de la historia “como una actividad urgente”, y pretenden recuperar el vínculo “entre la práctica del historiador y los modos en que la comunidad se relaciona con su pasado como desafío”. Los segundos,

³ <http://divulgarhistoria.blogspot.com/>, consultado en mayo de 2011. También su publicación colectiva, *En boca de todos. Apuntes para divulgar historia*, Buenos Aires, Ed. del Autor, 2008 (disponible en <http://interfacejournal.nuim.ie/wordpress/wp-content/uploads/2010/11/Interface-2-1-pp334-380-colectiva.pdf>).

ubicados geográficamente en Mendoza, se han planteado como objetivo “difundir la historia de los movimientos sociales más allá de esa ‘torre de marfil’ que es la universidad”, y lo hacen principalmente a través de micros radiales, jornadas de cine-debate y publicaciones de bajo costo, entre otros soportes⁴. Y si bien es cierto que no son estas las únicas experiencias conocidas⁵, tampoco abundan los casos en que historiadores/as de oficio y profesión⁶ adoptan como política explícita de acción y de intervención la difusión de conocimientos históricos, productos estos de investigaciones serias y metódicas.

Sin embargo, no siempre se entiende la divulgación de esta manera, y es entonces cuando se vuelve legítimo pensar en redefinir el concepto para hablar, en tal caso, de difusión o socialización del conocimiento. Frente a una di-vulgación que desde su concepción se considera vulgarizada y simplificada, hablar y actuar en términos de difusión nos obliga a pensar en un receptor capaz de comprender “saberes” con cierto grado de complejidad, potencialmente crítico y activo frente a la posibilidad de construir –y constituirse en el– conocimiento. Un sujeto político, social y cultural, además, susceptible de ser creado y constituido a partir de esta difusión. Y esto que a primera vista puede parecer una mera cuestión retórica, nos abre el camino para reflexionar acerca de una filosa arista que suele evitarse en las discusiones sobre este tema, la cual nos remite a nuestras propias estructuras históricas de pensamiento. Esquemas, decimos a modo de adelanto, que nos hacen preferir la descripción frente a la explicación al momento de intentar adentrarnos en ciertos campos del conocimiento. Veamos de qué se trata.

La lógica descriptiva

Sin ánimo ni pretensiones de entrar aquí en un análisis sociológico de largo alcance, sí queremos al menos dejar planteada una hipótesis sobre la cual basamos parte de nuestras reflexiones acerca de este tema que nos ocupa. En este sentido, creemos que desde muy temprana edad, especialmente desde

⁴ <http://www.lahidrademilcabezas.com.ar>, consultado en mayo de 2011.

⁵ Sin ir más lejos, la tradicional revista *Todo es Historia* fundada en 1967 por Félix Luna es un ejemplo de ello, así como lo son en términos más recientes los ciclos de documentales realizados y emitidos por el canal Encuentro.

⁶ Pensé en escribir directamente “historiadores/as profesionales”, pero creo que el calificativo “profesional” puede generar suspicacias, o en el mejor de los casos aludir únicamente a titulados y académicos. Para evitarlo, me refero aquí a aquellos hombres y aquellas mujeres dedicados a investigar, escribir y enseñar historia, capaces de manejar técnicas propias y específicas para llevar a cabo una reconstrucción seria y crítica del pasado, su reproducción y transmisión docente.

el momento en que comenzamos a ser dominados simbólicamente por esas estructuras estructurantes que son las instituciones escolares, eclesiásticas y familiares, nuestros inquietantes “por qué” históricos deseosos de explicaciones van progresivamente dejando terreno a los apacibles “qué”, donde la lógica de la revista *Billiken*⁷ y su modelo de reconstrucción meramente descriptiva del pasado se constituye en todo un arquetipo. ¡Y hasta qué punto! Es llamativo cómo paulatinamente vamos internalizando esta lógica de aprehensión del pasado y del mundo que nos rodea, en las cuales la linealidad aporética y el maniqueísmo son indudablemente sus mayores elementos representativos. Tal es así, que si lo observamos tras la lente de Pierre Bourdieu, es posible entender la institucionalización del descriptivo “qué” como un elemento clave en la consolidación de un *habitus*, de un esquema generativo de pensamiento y acción registrado históricamente en nuestros cuerpos y nuestras mentes, y que condiciona en gran medida la manera en que percibimos y actuamos en el mundo.⁸ Dicho de otro modo, no creemos equivocado pensar que en términos del conocimiento de nuestro pasado somos institucionalmente apaciguados desde edad temprana, y es desde este punto de vista que podemos comprender por qué es mucho más “exitosa” la difusión o divulgación de una historia descriptiva que responde a todos los “qué” posibles y con certezas definitivas, frente a una historia hipotetizante y conjetural que se propone reflexionar sobre los a veces dudosos y abiertos “por qué”.

Por otro lado, algunas de las razones esgrimidas por quienes desde la academia se sintieron molestos/as ante la proliferación en quioscos y librerías de obras

⁷ Y por qué no de la revista *Anteojito*, la cual dejó de editarse en 2002 luego de 37 años de publicación ininterrumpida. Si bien su permanencia fue mucho menor que la aún existente *Billiken* —que data de 1919—, durante los años en que aquella se publicó la preferencia de niños/as y adolescentes fue disputada por ambas revistas, aunque sin que la primera lograra alguna vez opacar la preferencia mayoritaria de la primera. Paula Guitelman realizó un minucioso análisis de la *Billiken* durante el último gobierno militar, en *La infancia en Dictadura* (Buenos Aires, Prometeo, 2006), y allí puede verse cómo durante el *Proceso* este modelo de representación del pasado se profundizó a tal punto que cualquier referencia a la historia no era más que “una visita al museo”.

⁸ Pierre Bourdieu era un enemigo de las definiciones. Sin embargo, resulta bastante representativo del concepto de *habitus* cuando hace referencia a él en el sentido de “sistemas de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes” (...) “como principios generadores y organizadores de prácticas y de representaciones que pueden ser objetivamente adaptadas a su meta sin suponer el propósito consciente de ciertos fines ni el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos, objetivamente reguladas y regulares” sin ser para nada el producto de la obediencia a determinadas reglas y, por todo ello, colectivamente orquestadas sin ser el producto de la acción organizadora de un director de orquesta” (*El sentido práctico*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2007, p. 86 y ss.).

de historiadores/divulgadores (incluso de sus voces en las radios y sus rostros en las pantallas televisivas) ayudan a fundamentar el argumento recién esgrimido. Entre ellas el hecho de poseer estas publicaciones una cualidad común, cual es la de proponer una sencilla y efectiva clave interpretativa de ciertos fragmentos del pasado, que de manera teleológica aseguran una directa relación entre origen y causalidad, como ha señalado Beatriz Sarlo⁹, o el particular maniqueísmo que proponen las historias allí contadas, donde sólo hay buenos ejemplares y malos malísimos, como han señalado entre otros/as Hilda Sabato y Mirta Lobato.¹⁰ Lejos de compartir cierto dejo fundamentalista que permiten vislumbrar este tipo de afirmaciones,¹¹ no hay dudas de cómo se complementan estas maneras simplificadas y simplificadoras de contar la historia con la hegemonía del descriptivo “qué” al que nos referíamos más arriba, ¿no es así? Salta a la vista que una historia cuyo devenir es explicado a partir de ciertos individuos y sus acciones heroicas, y para cuya interpretación se ofrecen sencillas y lineales claves de interpretación que, como tales son susceptibles de ser manipuladas, sea mucho más rentable en términos de difusión;¹² mucho más atractiva que una historia quizá un poco menos tangible, como puede llegar a ser la que de cuenta de procesos y problemáticas cuya explicación y comprensión resulte un tanto más compleja. Estas últimas,

⁹ Beatriz Sarlo, *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005, p. 15.

¹⁰ Hilda Sabato y Mirta Lobato, “Falsos mitos y viejos héroes”, en revista *Ñ*, 31/12/2005 disponible en línea en <http://edant.clarin.com/suplementos/cultura/2005/12/31/u-01116107.htm> (consultado en mayo de 2011).

¹¹ Me refiero al fundamentalismo academicista que reniega de toda posibilidad de aprender del pasado (referida a la tan cuestionada máxima positivista *historia magistra vitae*), así como de la negativa a plantear valoraciones éticas respecto a los sujetos de la historia. En el primer caso, creo que desde el momento en que hay problemas que se repiten a lo largo del tiempo, al menos muchas de sus características en sus contextos particulares –sin decir con esto que la historia lisa y llanamente se repite– es posible obtener de ellos ciertas enseñanzas para los distintos presentes en pugna (R. Kosselleck ha teorizado sobre esto en *Futuro pasado. Para una semiótica de los tiempos históricos*, Paidós, 1993. Cap. 2); y por otro lado, no creo que sea indigno de un buen trabajo historiográfico proponer o dejar en evidencia ciertos juicios de valor sobre las cualidades éticas de los sujetos de la historia y/o sus acciones, siempre que estos no representen en sí mismos una clave interpretativa o una explicación de los procesos por ellos protagonizados.

¹² Y también en términos económicos y de construcción de poder. De hecho, todo esto no sería un problema en sí mismo si no hubiera una industria cultural que interactúe de manera dialéctica con este tipo de construcciones históricas; una industria que, en términos adormianos, individualiza el producto que industrializa, reforzando la ideología a partir de provocar la ilusión de que “lo que está cosificado y mediatizado es un refugio de inmediatez y de vida” (Ver Theodor Adorno, “La industria cultural”, en Edgard Morin y Theodor Adorno, *La industria cultural*, Buenos Aires, Galerna, pp. 11-20).

seguramente, no lograrán como aquellas brindar de manera directa una explicación a los problemas y preocupaciones que “fluyen entre la gente” (mucho menos una interpretación de los mismos), sobre todo de aquellos problemas y preocupaciones que los sectores de poder mediáticos, económicos y políticos ponen en la agenda de corto y mediano plazo. Por otro lado, es importante tener en cuenta cómo esta cualidad descriptiva es funcional a la forma de subjetivación que un proyecto nacional requiere, el cual también es en sí mismo histórico y por lo tanto cambiante. Es decir que este tipo de historias que estamos cuestionando conllevan de manera implícita el objetivo concreto de constituir una forma de subjetividad consolidada en un supuesto “ser nacional”, que implica a su vez formas específicas de actos y acciones donde la emoción y las reacciones afectivas juegan un rol fundamental, y para lo cual el relato que lo conforma debe ser sencillo y libre de contradicciones.

Limitaciones académicas

Otro elemento a tener en cuenta en este planteo es la admirable capacidad del campo historiográfico académico para atentar contra sí mismo en términos de difusión, tanto al resistirse a dejar de utilizar de manera sistemática un lenguaje críptico que sólo le permite ser leído por especialistas, como al empeñarse a fragmentar cada vez más los temas de investigación. Limitaciones que sin dudas la propia Academia construye más para protegerse de invasiones externas que en perjuicio de ella misma.

Respecto a la escritura, no son pocos/as los/as docentes que en las universidades les exigen a sus estudiantes de grado que escriban “con rigor académico”, como si la excelencia y la calidad estuvieran dadas por las palabras que se usan o se dejan de usar, más que por la seriedad intelectual, metodológica y ética impuesta al momento de llevar a cabo una investigación. Y no nos estamos refiriendo con esto a dejar de lado la utilización de términos, conceptos y categorías por el sólo hecho de que resulten difíciles de comprender o su uso sea poco habitual en las conversaciones cotidianas. No. Lo que queremos decir es que es tan habitual en el ámbito universitario esforzarse por escribir “difícil” como ser premiados por tal esfuerzo, dejando de lado muchas veces el trabajo –arduo, por supuesto– de explicar argumentos y teorías sin caer en simplificaciones, lo cual implicaría dejar de pensar al momento de redactar los resultados de nuestras investigaciones en que quienes leerán son sólo pares y evaluadores/as. Lo mismo ocurre con el tan mal ponderado aparato de ruidito. Es impensable un escrito académico que no posea en su cuerpo un arsenal de notas y citas bibliográficas que avalen “científicamente” los conocimientos allí expuestos. Y si bien es innegable la importancia que en

ocasiones puede llegar a tener un sólido cuerpo de referencias en un texto que estamos analizando, especialmente para quienes desean continuar indagando sobre lo que están leyendo o poner a prueba las premisas, hipótesis y /o afirmaciones allí vertidas, no es menos cierto que el abuso de ese cuerpo independiente y paralelo al escrito en cuestión muchas veces termina teniendo más peso e importancia que el propio texto al que refiere, volviendo tediosa la lectura y espantando a potenciales lectores/as. Más allá de la relativa verdad que pueda tener el pensamiento de Macedonio Fernández, de quien dicen detestaba todo aparato erudito por entender que era una manera de eludir el pensamiento personal...

Sea como fuere, es indudable que si hay un elemento que vuelve lisa y llanamente aburridos a ciertos trabajos historiográficos, con su consecuente fracaso al momento de intentar una difusión de los mismos, es el de la escritura “académica” cerrada sobre sí misma, que se jacta de su complejidad lingüística y de la superabundancia de citas y referencias bibliográficas. Tanto, como lo es la especialización *nanohistorizante* de cada vez más trabajos de investigación. En este último aspecto, basta echarle un vistazo, por ejemplo, a los listados de títulos de los trabajos presentados en las Jornadas Interescuelas de Historia que se realizaron en la última década, para ver cuán grande es el número de ponencias en las que se propone analizar cuestiones deliberadamente restringidas tanto en términos espaciales como temporales. El problema, en este sentido, es que la mayoría de ellas queda generalmente lejos de lograr –e incluso de intentar– emular lo propuesto por la Microhistoria, lo cual implicaría llevar a cabo una investigación de un tema determinado muy preciso y puntual, más no como un hecho local o regional aislado sino como parte de un contexto social, político e ideológico mucho más amplio que permita obtener conclusiones generales que no se circunscriban necesariamente al espacio analizado.¹³ Por el contrario, quienes proponen trabajos de este tipo suelen focalizarse en temas e indagaciones extremadamente acotados y sin posibilidades de obtener de ellos elementos que permitan pensar problemáticas más amplias, más generales y en otros contextos históricos y espaciales que permitan conectarlos con las realidades que nos ocupan y preocupan.¹⁴

¹³ Cfr. Carlo Ginzburg, “Microhistoria: dos o tres cosas que se de ella”, en *Entrepassados*, año V, n° 8, comienzos de 1995, pp. 51-73; Edoardo Grendi, “Repensar la microhistoria?”, en *Entrepassados*, año V, n° 10, comienzos de 1996, pp. 131-140; Jacques Revel, “Microanálisis y construcción de lo social”, en *Entrepassados*, año V, n° 10, comienzos de 1996, pp. 141-160.

¹⁴ Se le adjudica a Giovanni Levi el haber dicho que la Microhistoria es la historia general pero analizada partiendo de un acontecimiento, un documento o un personaje específico; es como si se utilizara un microscopio: se modifica la escala de observación para ver cosas que, en una visión general, no se perciben.

Cómo, qué y para qué

Ahora bien, adelantamos al comienzo de este escrito la intención de dejar planteados algunos interrogantes que se relacionan con el dilema de la reconstrucción histórica y su difusión, y como se verá a continuación, no hay en ellos ninguna pretensión de alcanzar algún grado de fórmula mágica con cual resolver el entuerto. Son sólo tres preguntas que nos hemos hecho al momento de discutir este escrito, y con ellas algunas líneas de fuga por las cuales creemos que sería interesante ponerse a reflexionar. Partimos, eso sí, de una premisa sin la cual nuestros interrogantes no tendrían ningún tipo de asidero, cual es la de creer que efectivamente existen intenciones, en el conjunto de los historiadores/as de oficio y profesión, de difundir, propalar y/o divulgar los conocimientos por ellos construidos.¹⁵

En primer lugar, entonces, ¿cómo socializar los conocimientos que construimos en materia histórica? Cuando pensamos en dar a conocer nuestra producción fruto de una investigación ya sea desde un ámbito académico o no, lo hacemos generalmente en función de escribir y publicar. En este sentido y dejando de lado lo dicho más arriba acerca de la escritura encriptada, son muchos los obstáculos que debemos atravesar para lograr tal objetivo, desde la necesidad de interesar a un medio de comunicación de amplia difusión si lo que queremos es publicar en un diario, periódico o revista, hasta la oportunidad de acordar con una editorial que nos publique y distribuya el trabajo en cuestión. Poco se habla en ámbitos académicos —aunque cada vez más sí en otros espacios— de la utilización de soportes alternativos para la difusión de la historia, como lo son la radio, la televisión, el cine, las intervenciones callejeras, el teatro y muchas otras formas de socialización, incluyendo a Internet y las denominadas nuevas Tecnologías de la Información y

¹⁵ Este último término nos trae a la mente uno de los puntos que discutimos en *El fracaso* previo a la escritura de este ensayo. No es lo mismo construcción de conocimientos que apropiación de conocimientos ya construidos. Y esto último es lo que suele prevalecer en los trabajos que adquieren mayor difusión. Hay teorías, procesos, acontecimientos, explicaciones, etcétera, que son dados a conocer luego de muchos años de investigación, dedicación y trabajo, susceptibles de ser aprendidas con todo rigor en unos pocos días de atenta lectura. Esto no es un pecado en sí mismo ni mucho menos. Pero lo que suele suceder es que si quien produce esos saberes resulta incapaz de dar a conocer masivamente su obra por carecer de las herramientas intelectuales y/o materiales necesarias para hacerlo, hay dos maneras de que esos conocimientos sean difundidos. O bien por un “buen divulgador” que recupere ese trabajo y lo socialice (aquí suenan las palabras que propone Gabriel Di Meglio acerca de conformar equipos de investigación y divulgación, donde no todos necesariamente se dediquen ni se especialicen en ambas tareas), o bien por un “divulgador a secas”, podríamos decir, que tome, recorte y utilice a su antojo esos conocimientos. Estos últimos son los que proliferan, por supuesto, y que ponen en aprietos a nuestro oficio.

Comunicación (TIC). Si bien es cierto lo que ha dicho Michel De Certeau¹⁶ respecto a cómo la escritura es el punto de llegada de toda investigación –y la que hace posible a la operación historiográfica junto a la “práctica” y al “lugar social”– no menos cierto es que ya no se puede seguir pensando en que es esa escritura (a menos *ese tipo* de escritura) donde esa operación debe concluir *necesariamente*, y que en tal caso puede servir como sustento de un soporte diferente que sirva a su difusión. Más aún con el cada vez mayor acceso público a Internet (algunas estadísticas señalan que el número de usuarios en América Latina superó en 2010 los 112 millones de usuarios, y colocan a la Argentina en el tercer lugar con más de 12.8 millones de conexiones)¹⁷ y el consecuente incremento en el uso de blogs y redes sociales (Facebook, Twitter, LinkedIn, MySpace, entre muchas otras) como espacio de intercambio de información, de producción y socialización del conocimiento¹⁸. En conjunto, son soportes que creemos que es imprescindible tener en cuenta y prepararnos (metodológica y técnicamente) para utilizar en tanto herramientas, tratando de adaptar a sus formatos y necesidades las conclusiones explicativas que obtengamos en nuestras investigaciones.

El segundo interrogante sobre el que creemos que cabe reflexionar se vincula a la cuestión de la “necesidad” que acabamos de mencionar deliberadamente en el párrafo anterior: ¿qué *historia* difundir? Rápidamente alguien puede decirnos que una pregunta como esta carece de sentido, que toda historia es susceptible de ser socializada y que en tal caso quién es quién para decidir qué contar del pasado y qué no. El punto en cuestión es que es evidente que hay “historias” que interesan más que otras, y que ello se encuentra íntimamente ligado a los distintos espíritus de época que van cambiando con el tiempo, tanto como a los distintos usos políticos que se le da al pasado desde los diferentes sectores de poder. También es un dato cierto, como decíamos más arriba al hablar de la hegemonía de la *Billiken*, que las historias descriptivas que ofrecen una directa y lineal clave interpretativa del presente, son más seductoras para el público no especializado que las historias problemáticas y problematizadoras surgidas de

¹⁶ Michel De Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

¹⁷ Ver “La Argentina está en el podio de usuarios de Internet en América Latina”, *iProfesional.com*, <http://tecnologia.iprofesional.com/notas/113364-La-Argentina-esta-en-el-podio-de-usuarios-de-Internet-en-America-latina>, consultado en mayo de 2011.

¹⁸ Existen innumerables sitios Web que tratan y analizan el uso y la inserción de las redes sociales en todo el mundo. Por ejemplo, David de Ugarte, *El poder de las redes. Manual ilustrado para ciberactivistas*, edición electrónica en línea en <http://deugarte.com/manual-ilustrado-para-ciberactivistas>, o bien el trabajo de Viviana Dehaes y Mayra Botta, *Redes sociales y comunidades del conocimiento*, edición electrónica en línea en <http://portal.educ.ar/debates/educacionytic/nuevos-alfabetismos/redes-sociales-y-comunidades-d.php> (ambos consultados en mayo de 2011).

hipótesis explicativas que dejan expuestas las complejidades y los matices del pasado. Ahora bien, ¿debemos renunciar a esto último sólo por su falta de seducción? Claro que no. Sí debemos y necesitamos, sin embargo, pensar estrategias tanto de difusión como de construcción de una historia con ambición explicativa y complejizante, sin que ello implique necesariamente un producto encriptado y cerrado sobre su propio ombligo. No son pocos los ejemplos de autores/as argentinos/as y extranjeros/as que han alcanzado este desafío, al proponer en sus obras historiográficas explicaciones a procesos complejos de una manera sencilla (más no sintética), ofreciendo evidencias para respaldar sus hipótesis, conjeturando y preguntándose por qué como niños de cinco años no alcanzados aún por la dominación de la lógica *billikeniana*.¹⁹ Más allá de la redundancia, contar historias en las que la complejidad sea la clave no debería ser necesariamente complejo. Los conceptos que utilizamos generalmente no son en sí mismos excesivamente abstractos, muchos de ellos son de uso corriente y, en tal caso su especificidad, límites y alcances pueden ser precisados sin demasiado esfuerzo. Pensemos si no en hegemonía, clase, huelga, Estado, pueblo, sociedad, trabajo, lucha de clases, violencia y muchas otras categorías históricas y conceptos que forman parte de nuestro utillaje teórico: no implican un grado de ajenidad excesiva como sucede por ejemplo en el campo de la física o de las matemáticas, cuyos conceptos pueden llegar a ser literalmente incomprensibles para quienes no somos especialistas en la materia. No existe un punto de bifurcación entre la complejidad y la difusión. Y si así fuera, será cuestión de construir otro camino que unifique ambas opciones.

Por último, quisiéramos dejar planteado un interrogante que atraviesa todos los dilemas vistos hasta aquí, y que se conecta directamente con los objetivos que perseguimos al llevar a cabo este oficio. Sucede que al momento de reflexionar sobre la necesidad de difundir los conocimientos históricos, cómo hacerlo de manera eficiente y efectiva, y qué tipo de contenidos deberíamos ocuparnos en socializar con más dedicación, surge una pregunta que no por simple deja de ser válida: ¿para qué difundir? O expresado de manera más amplia: ¿Por qué preocuparnos tanto y consumir tantas energías en esta cuestión de la difusión/divulgación

¹⁹ A modo indicativo y entre muchos otros ejemplos posibles, pensemos en la indiscutible obra de Eric Hobsbawm: *Bandidos* (1969); *La era del capital* (1975); *La era del imperio* (1987); *Historia del siglo XX* (1994), entre otros trabajos); la trilogía biográfica de Isaac Deutscher: *Trotsky: el profeta armado* (1954), *Trotsky: el profeta desarmado* (1959), *Trotsky: el profeta desterrado* (1963); el trabajo de Christopher Browning sobre el Batallón 101 y la Solución Final, *Aquellos hombres grises* (1995); el reflexivo análisis de Alessandro Portelli en torno a la masacre de las Fosas Ardeatinas en *La orden ya fue ejecutada* (2003); o en el plano más reciente y local, el complejizante análisis de la clase media en la Argentina que hace Ezequiel Adamovsky en *Historia de la clase media en la Argentina* (2009).

de la historia, si al fin y al cabo la gente está ocupada con cosas más importantes que tienen que ver con el presente y, en tal caso, a quienes pueda llegar a interesarles algo de historia van a leer de una u otra forma lo que encuentren en las bateas, mientras que quienes deseen profundizar en determinadas cuestiones históricas o nudos problemáticos del pasado buscarán los libros apropiados para tal fin?

Bueno, digamos que el asunto es un poco más complejo que lo que plantea este último interrogante. Cuestionarse el para qué de la socialización de la historia nos lleva irremediamente a preguntarnos sobre la propia utilidad social del saber histórico. Y aunque no es el objetivo de este escrito el discutir sobre este tema, sí nos parece importante dejar expresadas algunas líneas respecto a la vinculación entre estos dos problemas que atañen a nuestro oficio. Partimos para ello de una premisa fundamental, cual es el convencimiento del doble carácter funcional que posee el discurso histórico (doble carácter que no es exclusivo de este campo y que comparte con otras ciencias, por supuesto) de ser al mismo tiempo importante y necesario para conocer y comprender el mundo en que vivimos, tanto como herramienta —o “arma”, dirá Manuel Moreno Fragnals²⁰— como para actuar política y socialmente.

Esta hipótesis responde por sí sola la inquietud. Es cierto. Tanto sea para satisfacer nuestros deseos más privados de conocer y saber sobre el mundo que nos contiene y contenemos, como para llevar a cabo el ejercicio público y político de actuar en él, la difusión de la historia se vuelve una... obligación, podríamos decir. Es por ello que este “difundir, ¿para qué?” se corresponde automáticamente con el “historia, ¿para qué?” de Carlos Pereyra, en especial al coincidir con él cuando señala que

“Pocas modalidades del saber desempeñan un papel tan definitivo en la reproducción o transformación del sistema establecido de relaciones sociales. Las formas que adopta la enseñanza de la historia en los niveles de escolaridad básica y media, la difusión de cierto saber histórico a través de los medios de comunicación masiva, la inculcación exaltada de unas cuantas recetas generales, el aprovechamiento mediante actos conmemorativos oficiales de los pasados triunfos y conquistas populares, etc., son pruebas de la utilización ideológico-política de la historia”.²¹

Y, tenemos que reconocerlo, desde el punto de vista de esta utilización ideológico-política los precursores de la historia meramente descriptiva nos vienen

²⁰ Manuel Moreno Fragnals, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*, Barcelona, Crítica, 1999.

²¹ Carlos Pereyra *et al*, *Historia ¿para qué?*, México, Siglo XXI Editores, 1980, p. 22.

ganando por lejos. De aquí surge nuestra preocupación por discutir este tema, y actuar en consecuencia. Preguntarnos acerca de la cuestión de la socialización de las investigaciones y sus procesos de producción, tanto como qué historia difundir y la forma de hacerlo, nos impone tener presente permanentemente para qué queremos llevar a cabo tal tarea, para retornar así al inicio de nuestra discusión. Como ya lo sugerimos más arriba, no creemos que el receptor de toda historia difundida (tanto como la di-vulgada) sea un recipiente a llenar con información, sino que al tiempo que construye historia se construye así mismo y se constituye en ella en tanto sujeto político, social y cultural con capacidad de acción. Poner en discusión entonces el tema de la difusión de los conocimientos del pasado no sólo se justifica por todos estos motivos: se vuelve un todo un imperativo.

Resumen:

¿Por qué la divulgación del pasado se ha transformado en un problema? En otras palabras, ¿cuáles son los motivos que han hecho de la socialización del conocimiento histórico un tema de discusión? En este escrito damos cuenta de algunos de los ejes en torno a los cuales gira este debate, teniendo en cuenta cómo en nuestros esquemas de pensamiento y acción se fue imponiendo históricamente la lógica descriptiva sobre la explicativa al momento de aprehender el pasado. Una lógica que creemos tipificada en la revista *Billiken* y su estilo meramente descriptivo de difusión de la historia. Finalmente, proponemos continuar la reflexión acerca de la socialización del conocimiento histórico –y la propia producción de ese conocimiento– a partir de tres interrogantes que creemos clave: qué difundir, cómo hacerlo, y para qué.

Palabras clave: Divulgación de la historia; Socialización del conocimiento; Lógica descriptiva; Lógica explicativa

Abstract:

Why has the dissemination of historical knowledge at a popular level become a problem? In other words, what are the reasons for the socialization of history to be a topic of discussion? In this article we give an account of some of the main points of this debate, paying attention to how in our schemes of thought and action a descriptive logic was imposed over an explicative one as far as the understanding of the past is concerned. We believe the former logic has its typical expression in the *Billiken* magazine and its merely descriptive style of popularizing historical knowledge. Finally, we propose to advance the reflections about the socialization of historical knowledge –as well as of the production of that knowledge– from three key questions: what to popularize, how to do it and what for?

Keywords: Dissemination of Historical Knowledge; Knowledge Socialization; Descriptive Logics; Explicative Logics.

Artículos

Un aporte al debate teórico sobre la burocracia sindical

Agustín Santella¹

El objetivo de este artículo es realizar un aporte al debate sobre los conceptos de burocracia sindical. Para ello dividimos nuestra exposición del siguiente modo. 1) Partimos de discusiones que surgen de la investigación empírica reciente. Deteniéndonos en un fructífero intercambio entre Adrián Piva y Nicolás Iñigo Carrera, compararemos estas dos posiciones en relación a la problemática de la burocratización de la acción sindical. 2) A pesar de la profundidad de estas investigaciones sobre conflictividad social y laboral, se han hecho pocas sugerencias sobre la temática que nos compete. Por eso, retomaremos los aportes provenientes de la interpretación marxista. Los marxistas han insistido largamente en las modificaciones que la burocratización trae sobre la dinámica de la lucha de clases. 3) Una vez resaltados los aportes, se realizará una crítica sobre algunas derivaciones, a partir de ciertos criterios analíticos desde la perspectiva teórica de la lucha de clases. En este apartado se hará una recuperación crítica del aporte marxista a la luz de historia contemporánea.

Investigaciones sobre protesta social

El carácter de esta nota es ensayístico antes que un resultado de investigación empírica y teórica sobre el tema. Nuestra intervención se incorpora en el debate impulsado por la revista *Nuevo Topo* sobre el concepto de burocracia sindical, y en este sentido se trata de una nota al calor de las discusiones. En primera instancia

¹ UBA-Conicet, E-mail: agustinsantella@gmail.com. Mis argumentos finales se beneficiaron de la discusión con Gastón Gutiérrez (Instituto del Pensamiento Socialista “Karl Marx”), a quien por supuesto no responsabilizo por las conclusiones. Agradezco los comentarios de Omar Acha y Adrián Piva al borrador. Este artículo intenta continuar con el debate abierto por el Dossier sobre el concepto de burocracia sindical del número 7 de *Nuevo Topo* (2010). Relacionadas con la publicación se realizaron discusiones públicas en diciembre del mismo año en el Instituto del Pensamiento Socialista, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, y en mayo de este año en la Biblioteca Popular de Escobar, estos últimos eventos con motivo de la presentación de la revista.

los debates surgidos apuntaban a ver que queríamos decir cuando decíamos “burocracia sindical”, y si efectivamente poseíamos un concepto explícito y qué significado adquiriría en estudios o intervenciones políticas específicas.

Comenzamos con el estudio de un debate particular que tiene un respaldo en la investigación sistemática sobre la conflictividad laboral reciente en Argentina. Este primer apartado entonces refiere a una controversia no desplegada cabalmente en torno de la dinámica de la protesta social de la Argentina reciente, particularmente en el período de los años 90. Un artículo de Adrián Piva arremete sin ambigüedades contra el estudio que Nicolás Iñigo Carrera hace de la dinámica de la protesta social en la Argentina entre 1983 y 2001.² Las conclusiones principales de Iñigo Carrera, publicadas en distintos avances de investigación, refieren al protagonismo de las organizaciones sindicales en la protesta popular, no solo en los años 80, y más aún en la historia argentina moderna, sino en un período en que se suponía que los sindicatos estaban agonizando inevitablemente en los años 90.

El objetivo principal de los estudios de Iñigo Carrera es confrontar con la tesis del fin del trabajo, la clase obrera y los sindicatos. En particular se refuta que las formas de la protesta y de movilización adquieran la dinámica prescrita por las teorías de los nuevos movimientos sociales. Estas teorías predicen nuevas formas de protestas, con nuevos “formatos” y demandas, ya no centradas en el trabajo o en la lucha política, sino en la cultura y la identidad, con modos organizativos “no burocráticos”, acciones colectivas de movimientos basados en la participación directa, en la acción disruptiva de grupos que enlazan lo personal con lo colectivo. Aquí las teorías de los nuevos movimientos sociales combinan dos tipos de interlocutores. En un primer momento los movimientos sociales (particularmente estudiantes) ofrecen una alternativa contra el viejo movimiento obrero reformista e institucionalizado. En un contexto un poco posterior (movimientos antinucleares, por ejemplo, a principios de los 1980), el debate académico se dirige contra las teorías de la movilización de recursos. Se introducen ciertas tesis sobre el cambio del tipo de sociedad (post-industrial, ya en el Touraine de los años 1960).³

El debate de los nuevos movimientos como alternativa a la burocratización de la acción colectiva se mantiene mayormente en distinciones de la teoría de la acción weberiana.⁴ Los movimientos sociales muestran que la “ley de hierro de la

² A. Piva, “El desacople entre los ciclos del conflicto obrero y la acción de las cúpulas sindicales en Argentina 1989-2001”, en *Estudios del Trabajo*, n° 31, 2006, pp. 23-52. N. Iñigo Carrera, “Las huelgas generales en la Argentina”, en *PIMSAs 2001*, Buenos Aires, PIMSAs, 2002, pp. 108-128.

³ A. Touraine, *La producción de la sociedad*, México, UNAM, 1995 (1973), pp. 133ss.

⁴ Ver A. Pizzorno, “Intercambio político e identidad colectiva en el conflicto laboral”, en Crouch, C. y Pizzorno, A., *El resurgimiento del conflicto de clases en Europa occidental a partir de 1968*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, pp. 381-408. Craig Jenkins, J., “Resource

oligarquía” no es inevitable. “Las estructuras organizacionales de los movimientos sociales pueden aún evolucionar, desde un marco básico. Contrariamente a la teoría clásica Weber-Michels, este cambio no se da inevitablemente en la dirección de una mayor burocratización”⁵. La crítica de la burocratización en las teorías de la acción colectiva en los movimientos sociales difiere del debate de los marxistas sobre movimiento obrero. Por un lado, la esperanza está por fuera de la clase trabajadora. Por otro lado, las categorías organizacionales (identidad, movilización de recursos, etc.) desplazan a la relación entre organización y lucha de clases. El debate sociológico no marxista discute el proceso de racionalización en abstracción de las luchas históricas entre las clases y las dinámicas sociales embebidas en la relación mediada con la naturaleza a través del trabajo. En este sentido, la teoría socio-histórica marxista es más concreta que la abstracción social de la tradición sociológica dominante.

Por ejemplo, para el caso argentino Paul Buchanan señala que “los movimientos sociales” son alternativos al sindicalismo (CGT) porque aquellos, a diferencia de éstos, mantuvieron en los 90 el cuestionamiento ideológico radical al menemismo.⁶ Esta discusión plantea categorías por fuera de los estudios de Iñigo Carrera. Aún cuando las huelgas generales en los años 90 hayan catalizado al conjunto de protestas sociales, como puede mostrar un estudio objetivo de la composición de categorías sociales y tipos de organizaciones de las acciones, esto no da cuenta de los conflictos hegemónicos que se procesan en esas confrontaciones que pertenecen al orden de lo “ético-político”, más allá de la relación corporativa con el estado (siguiendo los niveles distinguidos por Gramsci).

Por fuera del debate entre marxistas y teóricos de los nuevos movimientos sociales, la intervención de Piva supone un descentramiento del debate hacia el interior de las interpretaciones de clase. En primer lugar él cuestiona la hipótesis de que los sindicatos articulan el conjunto de la protesta de los trabajadores. Afirma Piva entonces una heterogeneidad entre fracciones de la clase trabajadora en los 90 (ocupados y desocupados). Pero también examina la articulación entre dirigencias sindicales y bases. El punto de observación sobre esta relación entre dirigencias (que llama “cúpulas”) y trabajadores pasa por el estudio temporal de las secuencias entre conflictos centralizados (huelgas generales) o descentralizados (huelgas por empresa). Lo que sostiene Piva es que la no correspondencia

mobilization theory and the study of social movements”, en *Annual Review of Sociology*, Vol. 9, 1983, pp. 527-553.

⁵ Craig Jenkins J., “Resource mobilization theory...”, *ib. cit.*, p. 541.

⁶ P. G. Buchanan, “Contrahegemonic strategies in neoliberal Argentina”, en *Latin American Perspectives*, Vol. 24, No. 6, 1997.

entre el tiempo de las huelgas generales y de las huelgas de base expresaría una diferencia entre intereses específicos de la estructura sindical como organización (caso típico, las huelgas en defensa de las obras sociales o beneficios organizacionales) y los intereses de las bases. “Es esta estrategia [neoparticipacionista] la que permite comprender el sentido de la acción de la CGT en relación con el estado y el desacople con los ciclos de conflictividad obrera (...) a diferencia de los años 1980, en los años 90 se verifica un desacople entre la actividad huelguística de la cúpula cegetista y la evolución de la conflictividad obrera”.⁷ Piva habla de “cúpulas” y no de “burocracias sindicales” como actores. Aunque se sugiere, tampoco se habla de una teoría de la burocracia en el análisis del desacople entre bases y cúpulas.⁸

Iñigo Carrera responderá con nuevos datos.⁹ La discusión sobre la dinámica de la conflictividad laboral es traducida en el debate sobre burocracia sindical (pp. 174ss.). Se plantea “delimitar en qué medida la huelga general, en este estadio del desarrollo capitalista, constituye un instrumento de lucha del conjunto de la clase obrera o sólo de una capa que detenta el control y administración de las organizaciones sindicales” (p. 174). Define burocracia como parte del proceso de las organizaciones complejas que, así como en el estado, generan intereses específicos de sus grupos dirigentes, sin que esto implique estos intereses sean contrarios o funcionales a los de su grupo social (clase trabajadora). La reproducción de la burocracia entonces tiene como condición de existencia la representatividad de los trabajadores, o de su conciencia de asalariados (pp. 175-176). Luego, el autor presenta nuevos datos de su investigación para zanjar las preguntas que surgen de esta problemática, y defender su hipótesis cuestionada sobre una correspondencia entre huelgas generales (dirigidas por las centrales sindicales burocráticas, en el sentido dado anteriormente) y protesta obrera. En contra de lo afirmado por Piva, esta correspondencia se mantendría entre 1994 y 2002.¹⁰

⁷ A. Piva, “El desacople entre los ciclos del conflicto...”, ob. cit., p. 47, 49.

⁸ En una comunicación personal (13 de junio 2011) Adrian Piva nos aclara que las cúpulas refieren a las direcciones sindicales, mientras son las estructuras sindicales las que se caracterizan como “burocráticas”. También que “existe una contradicción entre el desarrollo de esas “estructuras sindicales burocráticas” y el desarrollo antagónico de la clase obrera al interior del capital”. Esta aclaración no modifica el balance del análisis empírico de la relación entre burocracia y bases en las protestas. Pero la aclaración muestra que el autor elaboró una serie de hipótesis histórico-conceptuales sobre la relación entre burocracia y clase trabajadora en Argentina, cuya originalidad debe ser explorada en el transcurso del debate.

⁹ N. Iñigo Carrera, “Indicadores para la periodización (momentos de ascenso y descenso) en la lucha de clase obrera: la huelga general. Argentina 1992-2002”, en *PIMSA 2008-2009*, Buenos Aires, PIMSA, 2010, pp. 165-186.

¹⁰ Idem., cuadro p. 181.

Sin embargo, de los datos de Iñigo Carrera nosotros distinguimos dos fases. Entre 1994-1997 crecen las huelgas generales sin que lo hagan los hechos de protesta. Y entre 1998-2002, en contraste, se produce una evolución directa de ambos indicadores. Esta correspondencia se interrumpe en 2002. Esto sugiere preguntarse por los años posteriores 2003-2010 para los que hubo una sola huelga general (de solidaridad frente al asesinato del militante sindical docente Carlos Fuentealba, en 2007) y si hay un incremento histórico de la actividad huelguística. De todos modos, si entre 1994-2002 hay 20 huelgas generales, más de la mitad (13/20) se realizan al mismo tiempo que crece la protesta general, entre los años 1999 y 2002.

Kelly y Hamman parten de una situación en Europa que presenta una paradoja similar a la Argentina de los años 90.¹¹ Observan que, entre 1980 y 2008, crecen las huelgas generales en toda Europa en un período de declinación de la actividad huelguística. Sin embargo estos investigadores no discuten la representatividad sindical sino que se preguntan por los mecanismos causales. Encuentran que la acción de los gobiernos explica una parte importante de las variaciones cuantitativas. Así podríamos ver en Argentina que los años 1999 a 2001 coinciden con un gobierno que tiene dos rasgos, por un lado es no peronista, pero además de eso, es decididamente anti-sindical, incluso más que el gobierno menemista. Esto es, que más allá de la constatación de las identidades políticas de los gobiernos y los sindicatos importa ver que políticas efectivamente se instrumentan en la relación entre ambos. En este sentido, una política “pro-sindical” entre los años 2003-2010 podría explicar la ausencia de huelgas generales al mismo tiempo que la presencia estadísticamente mucho mayor a los años anteriores de las huelgas por empresa o por sector de actividad. No se trataría entonces de ver en el período kirchnerista una confirmación de la no representatividad de la dirección sindical (dada la ausencia de huelgas generales), sino de indagar en la dinámica que pueda explicar las huelgas, así por lo menos como se sugiere en el estudio de Kelly y Hamman.

El marxismo y la cuestión de la burocracia sindical

A pesar de la profundidad de estas investigaciones, las sugerencias en el debate Piva-Iñigo sobre la temática están todavía en gran manera implícitas o apenas anunciadas teóricamente. Por eso, para comenzar con algunas conexiones, retomaremos los aportes provenientes de la interpretación marxista. En la tradición

¹¹ J. Kelly, J. y K. Hamman, “General strikes in Western Europe 1980-2008”, *paper* presentado en Political Studies Association Annual Conference, Manchester, 7-9 de abril de 2009.

marxista hay un corpus relativamente establecido de tesis sobre la burocratización sindical. “Desde Engels tenemos una verdadera crítica moderna de la burocracia sindical. Esta crítica fue fuertemente elaborada por Luxemburgo y Lenin en la primera parte del siglo, y más tarde asumió su expresión más virulenta e intransigente en los escritos de Trotsky de los años 30... De esta tradición marxista emergió la idea de una lucha revolucionaria en dos frentes: hacia fuera contra el capital y sus agentes, adentro contra la burocracia sindical y otros dirigentes reformistas de las organizaciones obreras”.¹²

Una síntesis de la tradición marxista se encuentra en el dossier anterior de *Nuevo Topo*.¹³ Destaquemos que la cuestión de la burocracia sindical para el marxismo en rigor evita un planteo abstracto de los mecanismos de la representación democrática o mecanismos de organización, sino que relaciona la acción sindical con lo que Hyman ha denominado “funciones” de los sindicatos. “¿Cómo establecemos cuáles son las funciones comunes y significativas de los sindicatos? Para Engels, y para muchos de los intérpretes marxistas posteriores, los sindicatos eran ‘escuelas de guerra’ y sus actividades fueron analizadas bajo esa luz. Proposiciones específicas (por ejemplo el impacto distorsionador de la “aristocracia del trabajo” o la burocracia sindical) fueron desarrolladas para explicar aquella situación (crecientemente común) en que los sindicatos no parecían funcionar como vehículos de la lucha de clases”.¹⁴

La cuestión democrática para el marxismo se inserta en la capacidad de autogobierno de los miembros de una sociedad, siendo imposible su enfoque de manera parcial en algunas de sus instituciones o clases sociales. Democratización en este sentido equivale a la extinción de los poderes de subordinación en la sociedad, un asunto inserto en la explotación de las relaciones de producción, cuya resolución excede los procesos de democratización interna de las organizaciones.¹⁵

Dicho así la caracterización de tal o cual sindicato como “burocrático” excede la ponderación de sus mecanismos organizativos, los atributos de sus dirigentes o sus declaraciones discursivas formales. La “unidades de análisis” son las relaciones entre las estrategias, las organizaciones y la dirección de las transformaciones sociales e históricas de conjunto. Tratándose además de una comparación entre casos dados y casos en procesos esto trae una dificultad que no se resuelve con la

¹² J. Kelly, *Trade unions and socialist politics*, London, Verso, 1988, p. 147.

¹³ Una síntesis comprensiva se encuentra en los artículos de Victoria Basualdo y Hector Löbbe al dossier.

¹⁴ R. Hyman, “Trade union research and cross-national comparison”, en *European Journal of Industrial Relations*, Vol. 7, n° 2, 2001, pp. 203-232, 216.

¹⁵ Ver E. Mandel, *El poder y el dinero. Contribución a la teoría de la posible extinción del estado*, México, Siglo XXI, 1994.

metodología positivista o empirista, sino que requeriría de la dialéctica (en donde los atributos empíricos se despliegan como potencialidad). Tales comparaciones pueden realizarse sobre casos distintos (tipos de sindicatos y estrategias) pero sobre una base holística que toma los particulares en su significado de conjunto, en el proceso histórico.

Ahora bien, asumiendo la tradición marxista sobre la cuestión de la burocracia sindical podemos preguntarnos cómo esta temática se sigue en la investigación social. Con esto queremos apuntar, en relación al debate abierto, a cierta falta de correspondencia entre los análisis concretos en Argentina y la riqueza de los aportes marxistas.¹⁶ La diferencia cualitativa del enfoque marxista es su acento en la criticidad del objeto temático, esto es su construcción desde el punto de vista de su transformación progresiva. Esta distinción metódica informa la crítica general del marxismo a las teorías no críticas de la sociedad burguesa como el estructural funcionalismo o el individualismo metodológico. Esto quiere decir que la forma sindicato, así como la forma del capital, son puestas como históricamente específicas y transitorias. Así, mientras que la tradición que proviene de Max Weber ha señalado la “burocratización del mundo” lo ha hecho como una tendencia lineal, no contradictoria del mundo histórico social.

Una valoración presuntamente negativa de la tradición marxista se encontraría en Alvin Gouldner, quien refutara fuertemente el “pathos” de la burocratización.¹⁷ Sewart dice “quizás una de las deficiencias más flagrantes de la tradición marxista ha sido su falla en elaborar una teoría práctica para las bases de una sociedad revolucionaria que sea democrática y no autoritaria. Las dos estrategias más prominentes han sido el marxismo-leninismo o la Social-democracia estructuralmente reformista. Ambas han fallado en proveer una alternativa significativa al centralismo burocrático y la dominación. Esta inadecuación parte principalmente de una conceptualización subdesarrollada de la teoría de la transición, en la adhesión a un reflejo de la teoría del conocimiento y en la reducción de la subjetividad al estudio de la ‘leyes’ objetivas del desarrollo histórico”.¹⁸ No obstante ello, este artículo

¹⁶ Se trata más que una ausencia absoluta, de un tema a desarrollar. La historiografía y sociología sobre movimiento obrero en Argentina tiene un cúmulo considerable de estudios. Recientemente M. Atzeni ubica la dimensión de la “burocratización” como un eje del conflicto laboral en la historia argentina, ver *Workplace conflict. Mobilization and solidarity in Argentina*, Londres, Palgrave Macmillan, 2010.

¹⁷ A. Gouldner, “Metaphysical pathos and the theory of bureaucracy”, en *The American Political Science Review*, vol. 49, n° 2, 1955, pp. 496-507. J. H. Sewart, “Alvin Gouldner’s challenge to Sociology and Marxism: the problem of bureaucracy”, en *The Pacific Sociological Review*, vol. 24, n° 4, 1981, pp. 441-460.

¹⁸ Sewart, “Alvin Gouldner’s challenge...”, ob. cit., pp. 443-444.

se basa en nociones similares a las expuestas por Ernest Mandel en *El poder y el dinero* sobre la alternativa antiburocrática y en especial en la crítica a Max Weber. La diferencia importante es la cuestión de la relación entre subjetividad-objetividad, y en torno del partido leninista. “En este registro Alvin Gouldner tendría como proyecto uno inspirado en el ‘marxismo prefigurativo’ (Pannekoek, Gorter, Korsch, Gramsci, el Movimiento Consejista, etc.). Esta tradición se caracteriza por un énfasis común sobre aquellas formas de decisión económica y política que son verdaderamente democráticas”.¹⁹

Sin poder desarrollar aquí esta hipótesis, la idea de Gouldner acerca de un tratamiento incompleto de la cuestión de la burocracia en el marxismo tiende a ocultar una rica producción resumida por Mandel en *El poder y el dinero*, o por Kelly en *Trade unions and socialist politics*. No obstante esto parece aclararse por su referencia al “marxismo prefigurativo”. La crítica de los consejistas apunta a que el marxismo ortodoxo u oficial no puede pensar su propia burocratización y por tanto no accede cabalmente al fenómeno mismo. Esta crítica se verifica realmente en el marxismo institucionalizado o devenido estado, pero deja de lado que en rigor la teoría marxista en el siglo XX se desarrolló en confrontación a la estatalización del “marxismo” (sea en occidente o en oriente). En lo que las ideas de Gouldner pueden ayudar es en observar de qué modo la estatalización influye en la estructuración teórica y práctica de los partidos marxistas. Sewart no desarrolla demasiado su punto, pero aduce una concepción mecanicista-etapista según la cual para el marxismo la burocracia se elimina primero superando las relaciones de explotación entre las clases.

Una concepción dialéctica contraría pensaría (con Luxemburgo o Trotsky) que ambas tareas (en definitiva socialistas y democráticas) se necesitan mutuamente en el mismo proceso.²⁰ De hecho, aunque no afirmemos que la burocracia soviética haya constituido una clase, si podemos señalar que como grupo político se sostuvo transitoriamente por su inserción en relaciones colectivas de control y explotación del trabajo. La transitoriedad residía en que formaba parte de manera contradictoria y conflictiva del sistema capitalista mundial. Este carácter opresivo, basado en condiciones materiales de producción, aparecía como progresivo en una primera etapa de lucha contra la burguesía y el imperialismo, especialmente en sectores atrasados del capitalismo mundial, con lo que la dirección de los estados burocratizados formaba parte aún de una movilización mundial socialista, democrática y antiimperialista. Hacia los años 70s y 80s cumplidas las tareas de

¹⁹ Idem, p. 454.

²⁰ Agreguemos el conjunto de tareas democráticas entendidas como la lucha contra toda forma de opresión, tal como la emancipación de la mujer.

la industrialización, las cuestiones democráticas en el socialismo estallaron como tareas prioritarias (con los antecedentes de la rebeliones de 1956 en Hungría, en 1969 en Checoslovaquia, etc.), finalmente canalizadas por la burguesía internacional en la crisis del bloque soviético.

El debate Piva-Iñigo reabre el examen sobre las maneras en que la burocratización incide en la protesta de los trabajadores. El primero señala una divergencia en las curvas históricas de las protestas centralizadas y descentralizadas, emergencia de un conflicto entre clase trabajadora y “estructuras sindicales burocráticas”. En contraste, Iñigo Carrera reafirma con sus datos una confluencia dinámica en las series temporales entre la centralización del conflicto y la movilización de las bases. Este ofrece unas páginas sustantivas sobre el concepto. Se define burocracia sindical con cierta analogía con la burocracia estatal, un grupo que adquiere intereses propios. Sin embargo, “más que un divorcio entre “burocracia” y “bases” lo que existe es una correspondencia entre el grado de conciencia de asalariado dominante entre la mayoría de los trabajadores y las direcciones sindicales. Sobre todo en los sindicatos de trabajadores insertos en actividades estratégicas y con mayor tradición de lucha, que, en consecuencia, son más fuertes y pueden insertarse de manera más sólida y estable en el sistema institucional”.²¹ En la tradición de la investigación social, Iñigo Carrera aquí define los conceptos para dar cuenta y explicar cuerpos de datos construidos teóricamente, a saber, la dinámica de la protesta obrera en un período específico. Sus datos son plausibles porque seguramente captan dimensiones empíricas, como el nivel de conciencia que es expresado por la estructura sindical burocratizada.

Pero esta situación se complejiza en los conflictos intrasindicales entre bases y direcciones. Aquí se dice que “lo que se presenta como lucha entre bases y burocracia es en realidad una lucha por la dirección; el discurso bases-burocracia es un ariete en la lucha por la conducción”.²² Por un lado, todo proceso de movilización tiene como condición un discurso sobre sus causas y sus perspectivas. Empero se trata de ver si el análisis de la burocratización sirve para dar cuenta de conflictos internos a las fracciones de la clase trabajadora. En términos concretos, la década del 90 se caracteriza por un grado muy bajo de conflictividad laboral obrera, en comparación histórica. En los momentos de incremento de la conflictividad se advierte que crecen las confrontaciones internas “antiburocráticas” (años 70s, y en menor medida en la actualidad). Este proceso de movilización no es enteramente espontáneo, ya que la lucha antiburocrática requiere de activistas e incluso organizaciones políticas. Asimismo estos conflictos expresan luchas

²¹ N. Iñigo Carrera, “Indicadores para la periodización...”, ob. cit., p. 176.

²² N. Iñigo Carrera, “Indicadores para la periodización...”, ob. cit., nota 23, p. 176.

por la dirección de los movimientos sindicales. Pero se trata de incorporar esta conflictividad interna a la formación de la clase trabajadora en un proceso de relaciones históricas, relacionar tendencias y luchas en procesos más abarcadores. En términos de tesis política, estos conflictos forman parte del proceso de autoemancipación de los trabajadores. La cuestión de la burocratización, más allá de las formas discursivas de la agitación que asumen en los actores empíricos de la lucha antiburocrática, hace referencia a dinámicas identificables en las que la estructura sindical institucionalizada en acuerdos con el estado y los empresarios ofrece una resistencia violenta a tendencias revolucionarias emergentes en la clase trabajadora. La dinámica de la guerra civil se traslada en los conflictos armados entre fracciones sindicales y obreras.²³

La táctica, los ciclos y la historia

La teoría marxista señala que la burocratización de las organizaciones obreras genera un nuevo campo de lucha. Si bien la estrategia institucional de reformas dentro del capitalismo de los sindicatos, así como incluso la represión de alternativas revolucionarias tienen consenso en la media ideológica de una fracción menor o mayor de la clase trabajadora, se afirma que en el largo plazo y en períodos de intensa lucha de clases se presenta reiteradamente esta confrontación estratégica, siendo parte incluso de la radicalización propia de los ciclos de protesta más álgidos.²⁴ Aquí queremos apuntar que las relaciones de consenso y conflicto entre estructuras sindicales y bases obreras se modifican según las relaciones de fuerzas en los períodos históricos. Podríamos decir que la diferencia entre los 90 y los 70 reside en el nivel de movilización y politización entre los trabajadores repercute en el grado de cuestionamiento a las direcciones sindicales por parte de corrientes revolucionarias en el movimiento obrero. Estas relaciones varían históricamente

²³ A. Santella, “Las guerras obreras en la Argentina. Villa Constitución en 1973-1975”, en Inés Izaguirre, comp., *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina*, Buenos Aires, EUDEBA, 2009 y “Temporalidad y protesta colectiva. Discusión metodológica a partir de estudios de caso en la Argentina de los 70s”, *VI Jornadas de Sociología de la UNLP*, 9-10 diciembre de 2010. En esta última ponencia se discute la cuestión de los alineamientos empíricos de los trabajadores frente a la guerra civil. Esta lucha interna está oculta por la interpretación de las corrientes oficiales de la CGT (62 organizaciones) como “movimientos orgánicos” de la clase trabajadora, realizada por B. S. Balvé, “Acerca de la distinción entre los movimientos de carácter orgánico y los fenómenos de coyuntura”, *Cuadernos de CICSO, Serie Estudios* n° 72, Buenos Aires, CICSO, 1994.

²⁴ Ver E. Screpanti, “Ciclos económicos largos e insurrecciones proletarias recurrentes”, *Zona Abierta*, n° 34-35, 1985, pp. 63-104, 70.

entonces, aún cuando pueda afirmarse que en el largo plazo, desde el punto de vista de la transformación revolucionaria, haya incompatibilidad y antagonismo entre clase trabajadora y burocracia.

Aunque la burocracia de las organizaciones está interesada en el acuerdo puede ir a la confrontación frente a los ataques antisindicales de los empresarios y del estado. Este momento confrontativo de parte de organizaciones comprometidas con el capital y el estado puede pensarse como una de las fases en una secuencia del ciclo de “oportunismo” en las organizaciones obreras. Offe y Wiesenthal proponen una explicación alternativa a la burocratización sindical distinta de la “ley de hierro” de Michels.²⁵ Para ello sugieren un modelo secuencial de fases en el crecimiento y la transformación organizativa. Aquí se evita la linealidad y la inevitabilidad. Los sindicatos adquieren poder mediante la lucha, con ello fuerza de negociación independiente, crean formas de autorreproducción organizativa con independencia del conflicto con el capital. Luego encuentran que pueden sostener las organizaciones sin lucha apelando a recursos externos mediante alianzas con el estado (a través de los partidos obreros socialistas o laboristas). Pero la oposición constante del capital, permitida en ciertas circunstancias, obligan a los sindicatos a movilizar nuevamente en confrontaciones, volviendo desde un nuevo punto a la primera fase del ciclo, teniendo en cuenta que también estos ataques provienen del estado. En cierta manera los ataques capitalistas y estatales caracterizaron especialmente la etapa neoliberal de los años 90, así como el recurso de la protesta. Desde la perspectiva de las bases, en los 90 los costos de la movilización eran mucho mayores en un contexto de derrotas, desocupación y ofensiva ideológica contra las ideas colectivistas de clase trabajadora.

Este cuadro debería completarse ubicando el carácter represivo que los sindicatos “oportunistas” ejercen respecto de otras alternativas que se ubican por fuera de la lógica de la reproducción organizativa. Este tipo de protesta (la vuelta a la primera fase) presupone un estricto control de parte de la organización, cuya preservación presupone un equilibrio de largo plazo con el sistema de las clases sociales y especialmente la tasa de rentabilidad del capital industrial. Es así entonces que la protesta organizada conlleva la represión de alternativas de protesta por fuera de la organización central. Este control se ejerce reactivando los acuerdos con el capital y el estado (por ejemplo, apelando típicamente al despido acordado con la empresa de activistas opositores).

Podemos ahora situar la crítica a ciertas formas, especialmente ligadas a la agitación política, en que se ha manifestado la teoría de la burocracia sindical.

²⁵ C. Offe, y H. Wiesenthal, *Dos lógicas de la acción colectiva*, en *Cuadernos de Sociología*, n° 3, Buenos Aires, Carrera de Sociología, UBA, 1985.

Esta crítica ha motivado gran parte del debate en cuestión. Se ha escrito que los testistas de la burocracia sindical no explicarían como las direcciones burocráticas se mantienen si no tienen representatividad entre los trabajadores.²⁶ Desde nuestro punto de vista queremos ubicar esta relación temporal y espacialmente. Los datos para los años 90 o la actualidad pueden mostrar que gran parte de la dirección sindical tiene consenso entre sus trabajadores afiliados, mirando desde las acciones de protesta. En muchos conflictos puede haber represión de las direcciones a los trabajadores en protesta, pero también protestas impulsadas por los sindicatos oficiales. Reconocer esta diversidad es fundamental para los activistas ya que se pierde en el discurso que presenta invariablemente una oposición externa y la mera imposición desde la estructura sindical a las bases organizadas.

Kelly ha estudiado este discurso en la prensa sindical clasista de Inglaterra hacia los años 70 y 80s oponiéndose especialmente a los análisis trotskistas.²⁷ Su investigación empírica se propone mostrar que los dirigentes sindicales no son “conservadores” como se derivaría de los diagnósticos de la teoría de la burocracia sindical (Kelly toma particularmente los materiales Alex Callinicos). Los rasgos tenidos como propios de la burocratización de los dirigentes (privilegios, funcionariado) no implican el abandono de la disputa industrial (huelgas) para conseguir mejor convenios colectivos. Los dirigentes sindicales nacionales no revolucionarios conducen el conflicto por mejoras dentro del capitalismo. Esto no se condice con la denuncia por quietismo o conservadurismo, ni que las masas (invariablemente) quieran luchar en contra de las direcciones pasivas.

Este discurso tendría como fuente el último Trotsky. Kelly conecta este error empírico con la prospectiva más amplia. Se plantea el problema de cómo el análisis histórico estructural más amplio incide en el análisis de las coyunturas en las que se libran las batallas sindicales. Para Kelly el diagnóstico de la época imperialista que hace Trotsky se aplicaría mecánicamente y exteriormente a las distintas situaciones locales, nacionales o temporales más cortas determinando invariablemente la relación entre burocracia sindical y trabajadores (exterioridad, imposición, conservadurismo, represión). Por esto Kelly dice que la de Trotsky es la versión más radical de rechazo de la burocracia sindical en la tradición marxista continuada por Luxemburgo, Lenin y Gramsci. Estos otros no llevarían a este extremo el peso independiente que puedan tener las direcciones

²⁶ Ver el artículo de Alejandro Belkin y Pablo Ghigliani en el dossier de *Nuevo Topo*, y la defensa de la teoría de la burocracia sindical por parte de Paula Varela. Esta discusión específica también se encuentra, como hemos visto, en el artículo de Nicolás Inigo Carrera oportunamente citado. Ver asimismo la entrevista que Gabriela Scodeller y Pablo Ghigliani le hacen en el mismo dossier.

²⁷ J. Kelly, *Trade unions and socialist politics*, ob. cit., pp. 40-71 y cap. 7.

sindicales o reformistas en la determinación del proceso histórico. Cierto que en el conflicto entre propensión a la lucha de masas y represión burocrática, la primera se impondría tal como se afirma al inicio del *Programa de transición*. “La orientación de las masas está determinada ante todo por las condiciones objetivas del capitalismo en descomposición y en segundo lugar por la política traidora de las viejas organizaciones obreras. Entre estos factores, el decisivo es evidentemente el primero: las leyes de la historia son más fuertes que el aparato burocrático”.²⁸

Kelly remarca en Trotsky entonces que la contradicción entre el carácter de la “época” (imperialista) y las situaciones variables de las relaciones de fuerzas estarían determinadas por el primer factor, esto es por un tipo de antagonismo estructural históricamente específico entre dimensiones sociales (al nivel del desarrollo social productivo) más allá de la conciencia de los agentes. Pero aquí se presenta una causalidad unilateral del primer factor sobre el segundo sin atender a una posible dialéctica entre dinámica estructural y lucha de clases. Esta dialéctica ha sido discutida largamente por los marxistas en torno de la teoría de la crisis capitalista, de la transición entre modos productivos, las modificaciones de los patrones de acumulación o recientemente la globalización del capital. Sin embargo esta dialéctica no es ajena a Trotsky. Como sostiene Kelly, la idea de una historia mundial catastrófica que depende de la dirección de las masas oculta los análisis más relacionales y dialécticos del Trotsky de los informes de la III internacional. Aquí se proveen elementos fundamentales para situar el proceso como una relación entre factores estructurales y subjetivos.²⁹

A la luz del debate, en contraste con la experiencia contemporánea, es posible afirmar que (1) la dialéctica entre historia productiva y lucha de clases se produce no sólo una vez declarada la crisis por mecanismos autónomos de la lógica del capital sino en su transcurso. (2) Que esta lucha de clases se despliega heterogéneamente a través de la situación mundial, como escenario de luchas entre clases transnacionales y relación entre estados nacionales (3) Que la conciencia de clase se desarrolla en el transcurso de estas luchas “transicionalmente” como la contraposición entre los objetivos emergentes de situaciones concretas y el antagonismo de sus oponentes.

²⁸ L. Trotsky, *El programa de transición y la fundación de la IV internacional*, Buenos Aires, CEIP, 2008, p. 68 (1938).

²⁹ Debemos notar que Richard Hyman en este sentido retoma las convergencias entre Trotsky y Gramsci (ver *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, México, Era, 1978, conclusiones) que han destacado por algunos historiadores del marxismo como P. Anderson, *Las antinomias de Antonio Gramsci. Estado y revolución en occidente*, Barcelona, Fontamara, 1998. Ver también Rosen-garten F., “The Gramsci-Trotsky question (1922-1932)”, en *Social Text*, n° 11, 1984, pp. 65-95.

El significado revolucionario de las demandas de la movilización esta determinado específicamente por su papel en situaciones concretas, no desde el parámetro externo de la conciencia abstracta. Los condicionamientos estructurales de los antagonismos conjuntamente con las respuestas de los actores de la lucha de clases conducen hacia la radicalización de los objetivos en el proceso empírico de la dualidad de poderes.

Estas tesis permiten modificar los lugares de las proposiciones contrapuestas en el debate marxista. En vez de postular el carácter invariable de la situación mundial en cierta etapa (agonía, decadencia o descomposición), la experiencia posterior a 1945 muestra la recomposición relativa del capitalismo, no por ausencia de lucha de clases sino como respuesta (provisoria, nunca definitiva) al ascenso del proletariado y la competencia entre estados capitalistas y estados burocratizados. Esta relación de fuerzas explica parcialmente las crisis en los años 70 e inclusive en la caída del bloque soviético.

La idea del límite en el desarrollo capitalista que retoma Trotsky es parte del conjunto de la tradición marxista, desde Marx en *El manifiesto comunista* hasta inclusive Gramsci en *Análisis de situaciones. Relaciones de fuerzas*. Se postula que el capitalismo tiene una dirección propia de desarrollo, dinámica en la que “el límite del capital es el propio capital”. Sin modificarla esta tesis sugiere el agotamiento autónomo de la reproducción capitalista. Históricamente es difícil sostener que esta ampliación haya tenido su límite hacia 1900, 1870 o 1914. Análíticamente, la reproducción sucede por la ampliación de los espacios de explotación en el mundo no capitalista, y por la destrucción y reconstrucción de los espacios ya conquistados por el capital (Europa). Pero también llevando la lucha de clases a un nivel más intenso en el pasaje a la reproducción ampliada vía los mecanismos de la plusvalía relativa. Este conjunto de mecanismos se actualizan en los 90 con la descomposición de los estados de planificación burocrática, lanzando una nueva proletarianización en zonas del mundo, así como por los cambios tecnológicos que conducen a nuevas crisis de rentabilidad y movilización del capital entre sectores y espacios nacionales. Lejos de socavarla, esto lleva a nuevos niveles de intensidad de la lucha de clases en el mundo, en torno de los cuales se mueven las relaciones entre burocracia sindical, clase trabajadora y fuerzas revolucionarias. Al interior de este proceso, sigue vigente la afirmación internacionalista del siglo XIX que “la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, lo que se completa con que la liberación de los trabajadores será en contra de la burocracia obrera.

Resumen:

El objetivo de este artículo es realizar un aporte al debate sobre los conceptos de burocracia sindical. Partimos de la investigación empírica reciente sobre conflictividad social y laboral en Argentina. Posteriormente, retomamos los aportes provenientes de la interpretación marxista. Se realiza una crítica sobre algunas derivaciones de esta tradición. La tesis de la burocracia sindical se ubica temporalmente y espacialmente para mejorarla como instrumento analítico.

Palabras clave: Sindicatos; Burocracia Sindical; Clase Trabajadora; Teoría Social; Marxismo.

Abstract:

The aim of this article is to contribute to the debate on union bureaucracy's concept. We start from the recent empirical research on social and labor protest in Argentina. Later we reintroduce the contributions of the Marxist interpretation. A critique on some derivations of this tradition is made. The union bureaucracy thesis is located temporal and spatially in order to improve it as an analytical instrument.

Keywords: Unions; Union Bureaucracy; Working Class; Social Theory; Marxism.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Perfiles

New Left Review (1960-)

Juan Grigera¹

En la larga tradición de revistas de izquierdas la *New Left Review (NLR)* es sin lugar a dudas la más emblemática del marxismo inglés, y probablemente un ícono de la *intelligentsia* de izquierda mundial. Ese sello distintivo respecto de sus pares académicos, el de haber sido órgano o núcleo de movimientos, corrientes de opinión u otros grupos políticos, alcanzó en la *NLR* un estatuto singular en tanto expresión del “marxismo occidental” (y al mismo tiempo conformó su canon, al menos en lengua inglesa). “Hermana mayor” de otras revistas y proyectos editoriales (como lo fue *Pasado y Presente* en el ámbito local) los más de 50 años y 300 números del intimidante recorrido de la *New Left Review* no están exentos de polémicas, controversias, debates, denuncias y derrotas. Revista política al fin, en toda su dimensión, de complejo itinerario y cambiantes identidades.

Orígenes

El movimiento que dio origen a la revista era una fusión de descontentos marxistas de, por un lado, el reformismo socialdemócrata del partido laborista y por otro del estalinismo del Partido Comunista británico.

Durante el espacio de debate y movilización política abierta por el conflicto del canal de Suez en 1956 (donde el laborismo por primera vez se opondría a una guerra imperialista británica)² surgió la *Universities and Left Review*, con Stuart Hall y Raphael Samuel como editores y Eric Hobsbawm, Isaac Deutscher, E. P. Thompson, Rodney Hilton (entre otros) como colaboradores permanentes. Esta primera revista tenía una orientación amplia que iba desde la crítica marxista al laborismo hasta un importante espacio dedicado al pacifismo (desarme nuclear,

¹ UNLP, UNQ, CONICET. E-mail: juan@grigera.com.ar. Agradezco las observaciones sobre la historia de la *New Left* a Sebastian Budgen y los comentarios del consejo editorial de *Nuevo Topo*.

² Mark Phythian, *The Labour Party, War and International Relations, 1945-2006*, Londres, Taylor & Francis, 2007.

denuncia de la guerra fría, etc.)³ especialmente en auge entre el activismo europeo de la época.

Por otro lado, la invasión soviética que aplastó la revuelta de Hungría había derivado en la crisis más importante de la historia del PC británico, con la ruptura de un cuarto de sus miembros⁴ y el florecimiento de variados debates y revistas teórico-políticas que evidenciaban la vitalidad del marxismo crítico frente al gigante soviético y sus adláteres. Entre estas publicaciones surgió *The New Reasoner*,⁵ marcadamente alineada en la tradición marxista-comunista, de clara definición antiestalinista, que editaría diez números entre 1957 y 1959, contando con los aportes de, entre otros, Stuart Hall, Ralph Miliband, Peter Worsley y Doris Lessing. Después de un proceso de debate entre *Universities and Left Review* y *The New Reasoner* que los llevó a introducir suscripciones conjuntas, las revistas confluirán en la unión de sus comités editoriales bajo el nombre de *New Left Review*.⁶

Stuart Hall sería el editor en estos primeros años en que la revista se planteó más claramente como un movimiento político con expresión en papel: grupos conocidos como “New Left Clubs” conformaban algo como cuarenta seccionales locales de esta Nueva Izquierda a lo largo del Reino Unido. En 1962 los grupos se diluyeron y la revista decidió concentrarse en “preparar la base teórica de la revolución”, cambiando claramente el eje de intervención original. Esta transformación incluyó el reemplazo de su editor hasta entonces, por quien sería su director hasta 1983 y un nombre indisolublemente unido al de la revista, Perry Anderson.⁷ El formato de la revista también cambió; comenzó a editarse como revista-libro, con artículos más largos, con referencias bibliográficas detalladas y menos notas de coyuntura e ilustraciones. La concepción editorial general de esta nueva época de

³ Los siete números publicados entre 1957 y 1959, pueden consultarse en <http://www.amielandmelburn.org.uk/collections/ulr>.

⁴ En los dos años siguientes a febrero de 1956 la afiliación cayó de 33 a 24 mil miembros. Andrew Thorpe “Stalinism and British politics”, en *History*, vol. 83, n° 272, octubre 1988, pp. 608-627.

⁵ La revista surge como el relanzamiento de *The Reasoner*, una revista que comenzarían E. P. Thompson y John Saville en julio de 1956 y que editara tres números y les valiera a ambos la suspensión del partido por negarse a dejar de publicarla. Los diez números de *The New Reasoner* pueden verse en <http://www.amielandmelburn.org.uk/collections/nr>.

⁶ Stuart Hall, “Life and times of the First New Left”, en *New Left Review*, Segunda Serie, n° 61, enero de 2010.

⁷ Birchall, del Socialist Workers Party británico, interpreta este cambio como la pérdida de influencia de E. P. Thompson (Ian Birchall, “New Left/Review: the search of a theory”, en *International Socialism Journal*, n° 115, julio de 2007). Stuart Hall, *ob.cit.*, en cambio, sostiene que fue el fracaso en desarrollar los comités regionales (y la falta de recursos para hacerlo), además de las tensiones entre éstos y el comité editorial lo que desenlazó su renuncia.

la *NLR* estaba inspirada mayormente en *Les Temps Modernes*, la admirada revista fundada por Sartre en 1945.⁸

El apogeo: los sesenta y los setenta

La *NLR* trató de superar el marco nacional de sus preocupaciones por la política británica aspirando a cubrir una agenda internacional extensa. Su relativo éxito en este terreno será una característica distintiva y admirable, convirtiéndose a la vez en órgano de difusión y formadora de agenda del “marxismo occidental”. Así es que la revista introdujo al debate británico (y por extensión a todo el espectro angloparlante) varios autores continentales como Benjamin, Adorno, Korsch, Gramsci y Althusser, mediante artículos y traducciones y a otros gracias a entrevistas: Sartre, Lukacs, Althusser y Coletti. Esta tarea de formación y difusión de un canon del marxismo occidental contó en sus inicios con un acuerdo con la editorial Penguin y desde 1970 con un sello editor propio, *New Left Books* (hoy *Verso*) que tradujo al inglés un sinnúmero de autores.⁹

Pero además de difundir y validar el campo teórico-político del marxismo, la revista se fijó una agenda propia. Este ambicioso objetivo adoptó el formato de informes y reseñas de temas globales, muchos por encargo, sobre temáticas amplias tales como una cobertura exhaustiva del tercer mundo o una sección regular de estudios detallados de cada país. A esta última serie pertenece el destinado a describir la situación de Gran Bretaña, que dio origen del famoso debate sobre “las peculiaridades de lo inglés”, la polémica Nairn-Anderson *vs.* Thompson.¹⁰ Entre los temas clásicos del legado revolucionario de comienzo de siglo intentaron un debate entre distintas corrientes sobre el rol de Trotsky en la revolución rusa (disparado por Nicolás Krassó, estudiante húngaro y activista de 1956) y una evaluación crítica de la tradición marxista (con artículos sobre Marx, Engels, Lenin, Luxemburg). Un informe general sobre la crisis del petróleo y la coyuntura económica encargado a Robert Brenner en los ‘70 se demoró hasta el número especial de 1998, aunque es indicador de las preocupaciones editoriales de éste período. El feminismo tuvo temprana acogida en sus páginas, por ejemplo

⁸ Gregory Elliott, *Perry Anderson: The Merciless Laboratory of History*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1998.

⁹ Los Penguin Specials incluyeron títulos hoy consagrados editados por Blackburn y Cockburn como *The Incompatibles*, sobre el movimiento sindical y las luchas contra el congelamiento del salario a fin de los ‘60 y *Student Power* sobre las revueltas estudiantiles de 1968.

¹⁰ La respuesta de E. P. Thompson apareció en el *Socialist Register* en 1965. Después de la renuncia de Hall, Thompson abandonó las páginas de la *NLR* por 15 años.

en la polémica en torno al trabajo doméstico iniciada por Wally Seccombe¹¹ o en la tentativa de síntesis entre feminismo y marxismo de Juliet Mitchell¹² en 1966.

Los esfuerzos “holistas” también incluían la intención de abarcar desde el campo de la vanguardia artística (en el terreno del cine supo ser cubierto por Peter Wollen) hasta debates filosóficos (con Marcuse, Habermas, el marxismo de elección racional, el evolucionismo social de W. G. Runciman). Del lado de las reseñas, bajo la forma de entrevistas o informes cuasi-periodísticos, solían encontrarse reportes de movimientos del tercer mundo, protestas estudiantiles y relatos de experiencias de alienación en variados lugares de trabajo.¹³ Pero el ángulo distintivo de la *NLR* no residía en mero “pasar revista” sino en la habilidad para dar cuenta de estos temas con aguda profundidad teórica: muestra de esto es la cobertura del tercer mundo que rápidamente derivó en extensos debates sobre el nacionalismo (E. Hobsbawm, B. Anderson, T. Nairn), o el intercambio desigual, la naturaleza del estado postcolonial y renovados y variados ángulos sobre el imperialismo, incluyendo las extrañas posiciones de Bill Warren (quien sostenía que el imperialismo juega un rol progresivo en la difusión del capitalismo, requisito indispensable para la revolución socialista).

El “impacto” de los artículos siempre fue enorme, muchas polémicas clásicas del marxismo occidental se iniciaron y pasaron por sus páginas. Frederic Jameson adelantó la parte más sustancial de su obra sobre el postmodernismo en la revista, como también lo hiciera Mike Davis con su historia crítica del urbanismo a propósito de la ciudad de Los Angeles y su agenda de diálogo con el ecologismo. Ya mencionamos algunas polémicas, pero podríamos citar muchas más desarrolladas en *NLR*: Mandel, Nove y Elson sobre la planificación, Thompson, Halliday y Davis sobre el ‘exterminismo’ durante la guerra fría.¹⁴ Asimismo están aquellos debates que se iniciaron en la revista y siguieron en otros lados, como la polémica Anderson-Thompson sobre el rol de la teoría y el althusserianismo (que continuaría en *La miseria de la teoría* y en *Teoría, política, historia*), la polémica sobre la obra de Raymond Williams que seguiría en *Politics and Letters* o los dos debates Brenner: el primero sobre la transición del feudalismo al capitalismo desarrollado

¹¹ Wally Seccombe, “The housewife and her work under capitalism”, en *New Left Review*, n° 83, enero de 1974 y las respuestas en los números siguientes por Coulson, Magas, Wainwright, Godelier y Gardiner.

¹² Juliet Mitchell, “Women: the longest revolution”, en *New Left Review*, n° 40, noviembre de 1966.

¹³ Una serie de artículos de historia oral compilados por Ronald Fraser, bajo el título “Work”. En los “70 se retomaría este aspecto con la entrevista a Scargill sobre la huelga de los mineros y Cowley sobre los delegados de base.

¹⁴ De aquí surge el libro de Edward P. Thompson, comp., *Exterminism and Cold War*, Londres, New Left Books, 1982.

más detalladamente en *Past and Present* y más recientemente el referido a la dinámica del capitalismo desde la posguerra, cuyas reacciones se publicaron en *Historical Materialism*.

La *NLR* supo navegar en estos años los distintos compromisos políticos dentro del, a decir de Bensaid, “archipiélago del marxismo”. Por momentos más cerca de Sartre o de Althusser, del maoísmo, del guevarismo o del trotskismo inspirado por Mandel o Deutscher, la trayectoria de estos años, en promedio al menos, la aleja claramente del sectarismo. Hay que señalar sin embargo, que con el tiempo la revista se fue replegando cada vez más del “mundo exterior” y los conflictos y preocupaciones de corte más político, irrumpirán paulatinamente menos en sus páginas. Los artículos dedicados a eventos coyunturales (Vietnam, el Mayo francés, China, Angola, Nicaragua) darán paso a ejes más abstractos, como los números especiales sobre la economía global (1998), o “globalización y biopolítica” (2007). El número especial, escrito por Barnett, dedicado a la guerra de Malvinas en 1982, es una excepción y también un contra ejemplo de la alternante importancia de la política británica en su agenda.

Denuncias, desacuerdos y disidentes

A pesar de este creciente ascetismo político la revista continuará el rumbo de la izquierda europea, es decir, no podrá evitar atravesar una profunda crisis a comienzos de los '90. El conjunto histórico de acuerdos, que incluía también ciertos silencios (hasta 1994 la revista evita por ejemplo, posicionarse sobre la independencia de Irlanda) y una definición pluralista dentro del marxismo. Los primeros conflictos se expresarán sin embargo en torno al control de la revista, cuyo proceso de trabajo seguía un “modelo feudal” o la “variante consuetudinaria del centralismo democrático”,¹⁵ bajo la figura dominante de Anderson (cuyo rol financiero en la revista siempre fue objeto de suspicacias).¹⁶ En febrero de 1993 la mayoría de los miembros del comité renuncian (incluyendo a Ellen Meiksins Wood, Doreen Massey y los infames Quintin Hoare y Norman Geras)¹⁷

¹⁵ Ian Birchall, art.cit., y Duncan Thompson, *Pessimism of the Intellect? A History of New Left Review*, Londres, Merlin Press, 2007.

¹⁶ Su fortuna familiar probablemente le haya permitido hacer aportes sustantivos en 1962 y en la creación de la editorial en 1970.

¹⁷ En 2006 Norman Geras, Quintin Hoare, Alan Johnson y otros impulsaron la firma del “Manifiesto Euston” (<http://eustonmanifesto.org/>) en el que apoyaban, “desde la izquierda” la guerra e invasión a Irak para acabar con un régimen totalitario e impulsar la democracia, respaldaban las acciones de Bush y Blair y acusaban de antisemitas a un amplio espectro de la izquierda

denunciando un manejo abusivo de Perry y Benedict Anderson de los estatutos de *New Left Review Ltd.*¹⁸ En 1997 muchos otrora adherentes a la *NLR* apoyaron la creación de *Historical Materialism* sosteniendo la necesidad de crear una revista marxista con lineamientos similares a los de la *New Left* original, ante el giro liberal que se comenzaba a evidenciar en ésta.

Después de 238 números, en 1999, Robin Blackburn volvió a ceder el lugar de editor a Perry Anderson, quien inauguraría una “Nueva Serie” con renovada estética, una sección de reseñas de libro y editoriales con firma. La primera de estas titulada “Renovaciones”, firmada por el mismo Anderson, comenzaba diciendo que “el único punto de partida para una izquierda realista hoy es el registro lúcido de una derrota histórica”, para pintar luego un panorama oscuro sin posibilidad de resistencia alguna al neoliberalismo y proponer una agenda para esta izquierda que consistía en tareas críticas pero contemplativas.¹⁹ Desde entonces la *New Left Review* se convirtió conscientemente en “una revista de ideas”, con una posición cercana al liberalismo de izquierda, abierta a voces por fuera no ya del marxismo sino también de la autodefinición de izquierda y más bien distantes de movimientos radicalizados o de la elaboración de cualquier proyecto político para el futuro. Los disensos políticos no acabaron, sin embargo, y el número especial por los 50 años llevó a Alexander Cockburn, miembro desde 1963, a renunciar, debido a la inclusión en la publicación de un artículo de Mike Davis sobre la cumbre de Copenhague. Le molestó que “el número aniversario estuviese signado por una adopción particularmente acrítica y acientífica del catastrofismo climático, una triste obsesión que pasa por ser de izquierda”.²⁰

¿Cuál es hoy el lugar de la *New Left Review*? Podría decirse que la *NLR* es hoy una revista setentista sólo en el promedio de edad de los miembros del consejo editor, o que la predicción de Boris Kagarlitsky, ante la editorial que inició la segunda serie, sobre la muerte de la *NLR* y su reemplazo casual por una revista con su mismo nombre se ha cumplido.²¹ Sin embargo, pareciera más lúcida la pregunta de Susan Watkins, la editora desde 2003, en el número 50 aniversario: “¿Puede un proyecto intelectual de izquierda tener la esperanza de prosperar ante

pro-palestina. En esta misma línea, Geras sostuvo que el asesinato de Bin Laden estuvo “legal y moralmente justificado”.

¹⁸ El texto de la renuncia puede leerse aún en <http://web.archive.org/web/20090103084221/http://www.etext.org/Politics/History/New.Left.Review.Dies.shtml>. Otra renuncia masiva sucedió en 1983, pero los motivos no fueron publicitados.

¹⁹ Perry Anderson, “Renewals” en *New Left Review*, Segunda Serie, n.º 1, enero 2000.

²⁰ Jon Wiener, “New Left Review at 50”, en *The Nation*, 22 de Marzo de 2010.

²¹ Boris Kagarlitsky “The suicide of New Left Review”, en *International Socialism Journal*, n.º 88, otoño de 2000.

la ausencia de un movimiento político?”.²² Treinta años antes, Perry Anderson, analizando el marxismo occidental, había contestado que tal cosa no era posible. Que hayan olvidado la respuesta es tal vez un signo más de que la *NLR* es probablemente la continuidad cultural de un ciclo cerrado, una expresión residual, creada en condiciones sociales que no son las actuales. Reconocer esa continuidad en la *New Left*, antes que negarla fóbicamente, es también reconocer las múltiples herencias de las derrotas del proyecto revolucionario de los ‘70.

Como buen exponente del marxismo británico lleva las marcas que el siglo XX le dejó al legado revolucionario. Si las últimas son las de la derrota, sus orígenes son notables de otro modo. Recordemos sencillamente cuando decidieron que cada miembro del comité editorial tenía que aprender un idioma y estudiar la historia, política y cultura de alguna zona del mundo. “Alguien tuvo que aprender serbio-croata y estudiar la economía yugoeslava”, dice Susan Watkins, y “otros aprendieron mandarín, japonés...”.²³

Esta visión ambiciosa de las tareas del marxismo crítico es parte del legado de *New Left Review*. Una herencia digna de ser recuperada y considerada como nuestra. Una herencia digna también de ser actualizada a la luz de los desafíos del socialismo en los comienzos del siglo XXI.

²² Susan Watkins, “Shifting Sands”, en *New Left Review*, Segunda Serie, n° 61, enero de 2010.

²³ “In Praise of New Left Review”, en *The Guardian*, 26 de febrero de 2010.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar



Crítica de libros

Julio E. Vezub, *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de Las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2009, 300 p.

Florencia Carlón
UNQ/CONICET

El 15 de diciembre de 2009 una FM de la localidad de Esquel, provincia del Chubut, entrevistaba a Jorge Saygüequé, nieto de uno de los últimos caciques que opuso resistencia al avance militar de Julio Argentino Roca a fines del siglo XIX. Éste anunciaba la constitución de la comunidad mapuche-tehuelche ‘Valentín Saygüequé’, en honor a aquel líder y su instalación en la localidad de Gobernador Costa. En la entrevista mencionaba: “volvemos a las tierras que nos dejó nuestro abuelo” y aseguró que se trataban de terrenos fiscales que les fueron adjudicados tras el avance militar sobre sus toldos en 1881.

¿Quién fue Saygüequé? ¿Por qué, siendo uno de los caciques aliados más importantes de las autoridades argentinas pasó a liderar la última resistencia militar significativa en Patagonia? ¿Cómo se constituyó la Gobernación indígena de las Manzanas, esa especie de estado paralelo, reconocido por las autoridades nacionales hasta tanto se inició el proceso confiscación de territorio indígena? Como vemos, el libro que reseñamos, *Valentín Saygüequé y la Gobernación Indígena de Las Manzanas. Poder y etnicidad en la Patagonia septentrional (1860-1881)*, reviste una gran actualidad. Aunque tratándose de un estudio histórico sobre la política indígena durante el último período de autonomía, las secuelas del proceso de sometimiento de los grupos originarios durante la consolidación del estado-nación Argentino siguen estando vigentes.

A partir de la reconstrucción de la trayectoria de Valentín Saygüequé, jefe principal de la Gobernación indígena de “Las Manzanas” en el norte patagónico, Julio Vezub pone de manifiesto el proceso de construcción de un liderazgo étnico así como de su desarticulación entre 1860 y 1880. Dos décadas signadas por el fin de las relaciones diplomáticas entre el estado argentino y esos “otros” internos que pasaron a representar ‘los indios’, incompatibles con el proceso de homogenización cultural que se imponía por entonces. El libro indaga, a su vez, en el tipo de configuración socio-política que representó la Gobernación indígena de las Manzanas o Manzana-Niyeo. Este fue el centro administrativo de la jefatura de Saygüequé, la que tuvo territorialidad sobre un espacio clave como el noroeste patagónico (actual Neuquén y parte del valle de río Negro), ya que controlaba las rutas de acceso a los pasos cordilleranos y a los enclaves estatales (como Carmen

de Patagones o Bahía Blanca en Argentina y Valdivia en Chile), a la vez que aseguraba la conexión entre parientes, toldos y rukas.

A lo largo de siete capítulos se ponen de relieve problemas como ‘el poder’, ‘la etnicidad’ y ‘el parentesco’ en sociedades no estatales, analizando las condiciones que permitieron la consolidación de Saygüequé como líder y la emergencia de una jefatura sin precedentes en la región. Las discusiones sobre el tipo de organización social indígena y los cambios desatados tras la conquista y colonización europea en la región aún no han sido saldadas.¹ Es interesante, entonces la propuesta del libro, ya que antes que verificar los requisitos que debiera cumplir una formación social para ser considerada “jefatura”, reconstruye los elementos que la caracterizaban a fines del siglo XIX, encontrando un momento de quiebre. Se trató de una coyuntura donde entraron en contradicción el “parentesco”, principio que hasta entonces ordenaba a estas sociedades, y el “poder”, indicador de la emergencia de jefaturas de “nuevo tipo”. Se trata de sociedades no estatales donde el “poder” y el “rango” pasan a ser los fundamentos de ordenación principal. La legitimidad del líder pasó a estar dada por la herencia y los atributos personales, a la vez que se produjo el quiebre de las reciprocidades y la reformulación de ciertas lógicas y prácticas. La emergencia de un aparato burocrático como el de intérpretes y productores de correspondencia del que dispuso Saygüequé es ejemplo de ello. Todo esto al influjo de un cambio de correlación de fuerzas a favor del estado nacional y la expansión del capitalismo argentino que devino en la “solución radical” respecto la cuestión indígena.

La base documental que sustenta el libro es uno de sus mayores aportes. Denominada por su autor como la “Secretaría de Valentín Saygüequé”, este corpus de textos escritos en los toldos mapuche-tehuelches reúne la correspondencia elaborada por intérpretes que asistieron a Saygüequé con el fin de comunicarse con las autoridades estatales. Se trata de documentos secuestrados por las tropas

¹ El tema fue planteado hacia 1979 por Rex González en “Las exequias de Painé Guor. El sutté entre los araucanos de la llanura”, en *Revista Relaciones*, n°13, 1979, pp. 137-161. Una década después, la discusión fue retomada con el trabajo presentado por Marta Bechis, “Los lideratos políticos en el área arauco-pampeana en el siglo XIX: ¿autoridad o poder?”, en *I Congreso Internacional de Etnohistoria*, Buenos Aires, 1989. En la actualidad podemos seguir tal discusión a partir de los artículos publicados por Raúl Mandrini y Lidia Nacuzzi en la *Revista de Antropología Americana* en 2000 y 2008 respectivamente. R. Mandrini, “El viaje en la Fragata San Antonio, en 1745-1746. Reflexiones sobre los procesos políticos operados entre los indígenas pampeanos-patagónicos”, en *Revista Española de Antropología Americana*, n°30, Madrid, 2000, pp. 235-263. L. Nacuzzi, “Repensando y revisando el concepto de cacicazgo en las fronteras del sur de América (Pampa y Patagonia)”, en *Revista Española de Antropología Americana*, n°38, Madrid, 2008, pp. 75-95.

que asaltaron la “Gobernación indígena de las Manzanas” hacia 1881 y que se encontraban dispersos en diversos archivos y repositorios. La reconstrucción de este corpus y su cruce con crónicas de viajeros de la época como George Musters o Francisco P. Moreno, los partes oficiales y ensayos etnográficos, permitieron a Vezub divisar las redes sociales, económicas, políticas y culturales establecidas entre grupos a ambos lados de la cordillera, y donde la gobernación manzanera fue el epicentro. Asimismo, pone de manifiesto la complejidad alcanzada por las sociedades indígenas a fines del siglo XIX, las que aunque en origen ágrafas, incorporaron la escritura, resignificándola en función de lógicas propias.

La perspectiva micro-analítica que se llevó adelante en este libro tiene relación con el propósito de ‘etnografiar’ los archivos históricos. Entendiendo por etnografía “una concepción práctica de conocimiento que buscó comprender los fenómenos sociales desde la perspectiva de sus miembros”², en este caso, el mundo indígena de fines del siglo XIX. Así, se hace nuevas preguntas y supera viejos prejuicios generados por la etnología esencialista, la que redujo el pasado indígena a la clasificación de grupos étnicos según rasgos culturales predefinidos e inmutables en el tiempo. La reconstrucción del liderazgo de Saygüequa a lo largo de dos décadas de contactos y conflictos con el estado en ciernes dan cuenta de la inconsistencia de considerar a los grupos en contacto como bloques cerrados, tal como proponía la etnología clásica.

Por último, creemos que la apuesta de Vezub por explicar la constitución y declive del proyecto del País de las Manzanas en el contexto de conformación del estado-nación Argentino se vincula con el problema de la identidad nacional, la que fue forjada a partir de la homogenización cultural y también, como muestra este estudio, de la eliminación de ‘otras’ identidades existentes por entonces.

* * *

Javo Ferreira, *Comunidad, indigenismo y marxismo. Un debate sobre la cuestión agraria y nacional-indígena en los Andes*, El Alto, Ediciones Palabra Obrera, 2010, 166 p.

Alejandro M. Schneider
UNLP-UBA

El continente latinoamericano, desde los últimos años del siglo XX, experimenta un extenso escenario de protestas y levantamientos protagonizados por diferentes

² R. Guber, *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Bogotá, Editorial Norma, 2001.

pueblos originarios. En Bolivia, esa dinámica social produjo, entre otras cuestiones, una intensa situación de inestabilidad política cuya máxima expresión fue el derrocamiento de Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003. Desde esas históricas jornadas se ha abierto un rico y contradictorio proceso de movilización social que aún permanece subyacente en el actual gobierno de Evo Morales. A raíz de estos acontecimientos, distintos sectores, tanto políticos como académicos, empresarios o sindicales, entre otros, han pensado y ensayado un sinnúmero de declaraciones buscando dar respuestas a las demandas subyacentes en esas movilizaciones. En particular, los temas a resolver giraron en torno a la cuestión agraria y a los derechos de autodeterminación de los pueblos indígenas. En este marco han sobresalido diferentes pensamientos y orientaciones políticas de carácter indianistas e indigenistas que intentaron —y todavía insisten e ilusionan— en dar una solución a estas problemáticas dentro de los límites de la economía y de la sociedad capitalista.

El presente libro *Comunidad, indigenismo y marxismo*, escrito por Javo Ferreira, se inserta dentro de este rico contexto histórico y se propone dar cuenta —en forma polémica— de algunos de estos interrogantes. Cabe indicar que su autor es uno de los principales responsables políticos de la Liga Obrera Revolucionaria por la Cuarta Internacional (grupo integrante de la Fracción Trotskista —Cuarta Internacional) en el país del altiplano. Si bien Ferreira no proviene del mundo universitario, su obra no sólo tiene un profundo contenido académico sino que también posee un claro y explícito compromiso político, a favor de la liberación, con las clases explotadas y con las nacionalidades originarias oprimidas.

La investigación, desde una óptica que rescata las principales contribuciones del pensamiento clásico del marxismo, analiza, interpreta y discute con los lineamientos básicos conceptuales que nutren la filosofía y la praxis política de la administración de Morales. En especial, encara el estudio de las diversas formaciones sociales productivas que posee Bolivia a partir del empleo de la ley del desarrollo desigual y combinado formulada por León Trotsky. Así, el eje articulador que cruza todo el ensayo es el de efectuar una sólida crítica a las denominadas corrientes de estudios decoloniales y poscoloniales. La objeción a éstas no se hace con el fin de enriquecer los debates académicos, cuestión que también se logra, sino lo que se busca es fundamentalmente impugnar las bases políticas interculturales sostenidas durante la gestión de Evo, que tienen su máxima expresión legal en la aprobación de la nueva Constitución Política del Estado Plurinacional del año 2009.

El libro se encuentra organizado a través de cuatro partes; junto con ello, consta de una Introducción y un apéndice con los documentos escritos por Trotsky en las décadas de 1920 y 1930, que hacen referencia a la cuestión de la liberación de los pueblos y de las nacionalidades oprimidas.

En la Introducción, el libro además de subrayar que es “un texto de lucha teórica y política” (p. 12), rescata el pensamiento del marxista peruano José Carlos Mariátegui para la comprensión del “problema indio”. En particular, Ferreira recupera la obra del Amauta a fin de polemizar con las vulgarizaciones y las deformaciones que continúan efectuando el estalinismo, el maoísmo, el populismo, diversos sectores del indigenismo y el propio Partido Obrero Revolucionario (POR) del extinto Guillermo Lora.

En cuanto a la primera parte, denominada “La comunidad y la hibridez del mundo agrario nacional”, Ferreira hace un detallado análisis de la estructura agraria en el occidente del país y las diversas formas que adquiere el régimen de propiedad, tenencia y explotación de la tierra por parte de las comunidades campesinas andinas. En ese apartado se describe, en continuo debate con aquellos intelectuales y políticos que presentan a la comunidad como algo esencialmente *puro*, sin relación con el sistema capitalista, la singular formación económico-social del agro del altiplano y los valles andinos donde las comunidades se supeditan degradándose, de manera orgánica, a la economía mercantil. A fin de demostrar esta hipótesis, el autor explica a través de diferentes datos la distribución de la tierra y las disímiles formas de organización del trabajo imperantes en las áreas rurales; subrayando cómo “los comunarios vienen priorizando la productividad y el rendimiento del trabajo en desmedro de las formas comunales” (p. 61). Todo esto conduce a refutar la idealización de la comunidad que hacen no pocos nativistas.

En el segundo capítulo, “Félix Patzi y los límites de su propuesta ‘Comunal’”, se polemiza con las concepciones de este indigenista, sociólogo y ex Ministro de Educación del Movimiento al Socialismo (MAS). En particular, Ferreira debate con la promesa de crear un *sistema comunal* como forma de superar no sólo la *colonialidad* existente en el país sino también como una propuesta de carácter *universal*. En este sentido, el programa esbozado intenta erigirse como un pensamiento alternativo frente a los dogmas liberales y marxistas, al ser ambos –según el catedrático– pensamientos eurocéntricos. Más aún, en base a eso formula el reemplazo de la economía capitalista por *empresas comunales* y la sustitución de la democracia representativa por la *democracia comunal*. Frente a estas ideas, el autor de *Comunidad, indigenismo y marxismo* critica la factibilidad de llevar a cabo dichos planteos indicando su carácter abstracto y utópico frente a la realidad y la complejidad del país del altiplano y del resto del orbe; indicando que tales formulaciones sólo sirven para ocultar, ante diversos sectores de la población, la política de reconstitución del Régimen Burgués que el propio Patzi ha contribuido como ex funcionario.

En el tercer apartado, “Fausto Reynaga: ¿pensamiento indio o ideología burguesa ‘occidental’?”, se analiza los postulados centrales de este indianista

que abrió las puertas para el surgimiento de numerosos grupos políticos, desde el Partido Indio hasta el Ejército Guerrillero Tupac Katari (EGTK). Entre sus numerosos ensayos, hubo tres estudios que influenciaron en el accionar de los jóvenes estudiantes de origen aymara: *La Revolución India* (1969), el *Manifiesto del Partido Indio de Bolivia* (1970) y la *Tesis India* (1971). Las ideas de Reynaga se convirtieron en un material fecundo que, por un lado, alimentó las bases del naciente katarismo; pero, por otra parte, sustentó la falacia de creer que se puede solucionar la *cuestión nacional india* dentro de un proyecto político subordinado a alguna fracción burguesa, ya fuese indígena o mestiza. De este modo, sobre la base de estos libros y sobre el examen de la propia trayectoria desplegada en su vida política –desde su paso por el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) hasta el apoyo brindado a una de las dictaduras más sangrientas del continente, la de Luis García Meza–, Ferreira estudia las bases ideológicas de este autor. En particular, además de indicar el eclecticismo doctrinario de sus posiciones, explora la influencia que ejerció la obra de Oswald Spengler, como sustento teórico para el empleo del concepto de *raza* y como alegato para postular la necesidad de hacer una *revolución india* frente a la *decadencia de Occidente*.

En la última parte, “La moda del relativismo cultural: la interculturalidad”, el libro se detiene a explicar la dificultad que adolecen las diversas soluciones culturalistas que se han ensayado para resolver la cuestión indígena en las últimas décadas. Más aún, cuando desde el gobierno se viene ejecutando la propuesta del actual vicepresidente Álvaro García Linera de que en Bolivia hay que desarrollar un capitalismo andino amazónico y que el socialismo *es una buena idea* para dentro de cien o doscientos años. En este escenario, Ferreira enfatiza cómo estas respuestas no afectaron –por el contrario, agravaron– los intereses materiales que posibilitan la condición opresiva y la situación de explotación sobre los originarios. El punto nodal de este apartado consiste en recalcar que las demandas de los pueblos originarios no pueden ser resueltas, como pretende el MAS, en el marco del hegemónico sistema de producción existente.

En otras palabras, en la investigación queda manifiesto la imposibilidad de resolver la grave situación de opresión nacional que viven decenas de pueblos originarios en el altiplano y en Latinoamérica a partir de las promesas enunciadas por las diferentes corrientes indianistas e indigenistas, ya fuesen éstas realizadas en ámbitos académicos o políticos. Sobre la base de todo lo anterior, vale subrayar que la lectura de libro de Ferreira es altamente recomendable.

Números anteriores de *Nuevo Topo*

N° 1 - Setiembre/Octubre de 2005

Editorial / Artículos: **O. Acha**, Las narrativas contemporáneas de la historia nacional; **J. Hernández**, La historiografía socio-económica colonial y los debates teórico-metodológicos; **G. Di Meglio**, La historia popular de la Argentina del siglo XIX / **H. Camarero**, La izquierda como objeto historiográfico; **A. Valobra**, La relación entre historia de las mujeres y género en la Argentina; **K. Ramacciotti**, El estudio de la política social en la Argentina; **M. Franco**, La historiografía argentina y la historia reciente de los años '70 / **Perfiles:** **J.-P. Sartre**, por **O. Acha** y **H. Camarero** / **Crítica de libros:** sobre J. C. Torre, D. Kersfeld, L. Caimari.

N° 2 - Abril/Mayo de 2006

Presentación / Artículos: **S. Ferreyra**, Mariátegui y la Internacional Comunista; **A. Santella**, Trabajadores, peronismo y protesta en Argentina / **Ensayos y Debates:** **P. Ben**, Presentación; **J. D'Emilio**, Capitalismo e identidad gay; **M. Bergel**, La idea de Europa en el pensamiento radical italiano / **Dossier: ¿Girar a la izquierda? Disidencias en el socialismo argentino:** **A. Belkin**, La "revolución" radical de 1905 y los orígenes del sindicalismo revolucionario / **C. Herrera**, Corrientes de izquierda en el socialismo argentino / **Perfiles:** **C. Hill**, por **N. Kwiatkowski**. **Crítica de libros y películas:** sobre A. Chavolla, A. Bisso, O. Terán, G. Clooney.

N° 3 - Setiembre/Octubre de 2006

Artículos: **C. Belini**, La historia industrial argentina, 1870-1976; **G. Queirolo**, *Mujeres que trabajan*. Una revisión historiográfica del trabajo femenino / **Entrevistas:** Clases subalternas, etnicidad y política. Una entrevista con R. Melgar Bao / **Dossier: Problemas teóricos y metodológicos en la historia y las ciencias sociales:** **N. Lavagnino**, Narrativismo, historiografía y después; **O. Acha**, Historia y psicoanálisis; **D. Sazbón**, La "descomposición de lo social". La sociología de Gabriel Tarde y sus lecturas recientes; **J. Balsa**, Notas para una definición de la hegemonía / **Perfiles:** **A. Flores Galindo**, por **J. L. Hernández** / **Crítica de libros y películas:** sobre G. Grandin, I. Cosse, B. Kagarlitsky, H. Abu-Assad.

N° 4 - Setiembre/Octubre de 2007

Presentación / Dossier: El concepto de clase social y su porvenir en los estudios históricos: **E. Adamovsky**, Historia y lucha de clase; **H. Camarero**, Consideraciones sobre la historia social en la décadas de 1920 y 1930; **A. Gurbanov** y **S. Rodríguez**, La huelga metalúrgica de 1942; **E. Garguin**, El tardío descubrimiento de la clase media en Argentina / **Artículos:** **A. Bonnet**, El concepto de hegemonía a la luz de las hegemonías neoconservadoras / **M. T. Bonet**, "La imaginación histórica" en la obra de Juan José Hernández Arregui / **Perfiles:** **A. Gunder Frank**, por **D. Mayer** / **Ensayos y debates:** **J. Hernández**, Las coordinadoras fabriles y la huelga general de junio y julio de 1975 / **Crítica de libros y películas:** sobre R. Fradkin, L. Doyon y M. V. Murillo.

N° 5 - Setiembre/Octubre de 2008

Dossier: Lo "revolucionario" en las revoluciones de independencia iberoamericanas: **G. Di Meglio**, Introducción; **R. O. Fradkin**, ¿Qué hubo de revolucionaria la revolución de independencia?; **F. Wasserman**, Una pregunta en dos tiempos: ¿Qué hacer con la Revolución de Mayo?; **J. P. G. Pimenta**, La independencia de Brasil como revolución; **A. Ávila** y **R. Moreno**, El vértigo

revolucionario. Nueva España 1808-1821 / **Artículos:** E. Campos, *Cristianismo y Revolución: ¿un proyecto de hegemonía alternativa?* / **Encuesta:** ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina?; E. Adamovsky, Introducción; Respuestas de D. Lvovich y A. Grimson / Perfiles: I. Deutscher, por A. Petruccelli / **Crítica de libros: historia de la izquierda en la Argentina:** sobre H. Tarcus, H. Camarero, E. Weisz, N. Galasso.

Nº 6 - Setiembre/Octubre de 2009

Editorial / Dossier: Pensar la relación entre intelectuales e izquierda en América Latina hoy: O. Acha, Intelectuales en el ocaso de la ciudad letrada; A. Petruccelli, Sobre nuestra condición intelectual (y sus anti-condiciones); M. Mazzeo, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual; C. Castillo y M. Maiello, Hacia la superación de una generación intelectual domesticada; E. Molinari, “Justo llegaba”... o la lengua del 2001; Entrevista a E. Palti, por B. Fornillo; Entrevista a “Beto” Pianelli, por A. Belkin y R. Morena / **Artículos:** Hegemonía, lucha de clases y estado, por A. Piva / **Encuesta:** ¿Existe una dimensión étnica o racial desatendida en la investigación social en la Argentina? (segunda parte), responden J. Vezub, M. Lobato y C. Briones / **Perfiles:** N. Poulantzas, por C. Herrera / **Crítica de libros: Teorías e historias de la clase obrera:** sobre M. van der Linden, J. Womack, O. Acha, R. Izquierdo, M. Schiavi, J. Brennan y M. Gordillo, F. Aiziczon.

Nº 7 - Setiembre/Octubre de 2010

Dossier: Hacia un debate sobre el concepto de “burocracia sindical”: V. Basualdo, La “burocracia sindical”: aportes clásicos y nuevas aproximaciones; H. Löbbe, Defendiendo al Capital: la burocracia sindical argentina en los '70; G. Colombo, “Estos no solamente son burócratas”. Acerca de la moralidad en la construcción de antagonismos políticos en un sindicato marplatense; G. Pérez Álvarez, Retomando un viejo debate: bases, direcciones, sindicatos y estrategias obreras; P. Varela, Entre la fragmentación de los trabajadores y los negocios propios (o sobre qué se sostiene la actual burocracia sindical); M. Raimundo, Burocracia y democracia sindical: necesidades y herejías; P. Ghigliani y A. Belkin, Burocracia sindical: aportes para una discusión en ciernes; Entrevista con N. Iñigo Carrera, por G. Scodeller y P. Ghigliani: La burocracia sindical: del concepto a la historia / **Artículos:** P. Pérez Branda, Dirigentes y segundas líneas en el Partido Socialista Independiente en la Capital Federal; L. O. Barandiarán, La propaganda socialista en el campo bonaerense: la experiencia de los “comités de zona” (1930-1943) / **Perfiles:** Charles Tilly, por A. Santella / **Crítica de libros: Historia y política desde una perspectiva de género:** sobre C. Barry, A. Valobra, A. Ciriza, P. Martínez, A. Andujar y otras.

Normas de publicación

El envío de trabajos con pedido de publicación debe ser remitido por vía electrónica a: revistanuevotopo@yahoo.com.ar. Los mismos deben ser acompañados por una nota dirigida al Consejo Editorial de *Nuevo Topo*. El envío supone el conocimiento de las siguientes normas:

1. Los trabajos recibidos serán considerados por dos o más integrantes del Consejo Editorial locales o externos, quienes podrán officiar como evaluadores o designar a especialistas que consideren pertinentes para el referato, el cual será estrictamente anónimo.
2. Se remitirá un archivo electrónico, Word o RTF, en hoja tamaño A4, interlineado doble, en letras Times New Roman 12, a esta dirección electrónica: revistanuevotopo@yahoo.com.ar.

La extensión máxima en caracteres con espacio (incluyendo notas y gráficos) será: 60.000 para “Artículos”; 40.000 para “Ensayos” y “Entrevistas”, 20.000 para “Perfiles” y 8.000 para “Crítica de libros”.

Cada artículo debe estar acompañado por un resumen de su contenido en español y, si es posible, en inglés. El resumen no puede superar las cien palabras.

3. Los trabajos deben ser inéditos en castellano.
4. Los textos no deberán ser presentados a otras revistas. *Nuevo Topo* acusará recibo del trabajo en un plazo máximo de un mes y de la evaluación de referato en un lapso no mayor a cuatro meses.
5. Las referencias bibliográficas se realizarán a pie de página, respetando las siguientes convenciones:

Ejemplos de libros:

– Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

– Eric J. Hobsbawm y Terence Ranger, comps., *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983. Lo mismo para el caso de coordinación, edición o dirección.

Ejemplos de artículos:

– Ernesto Laclau, “Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno”, en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, pp. 19-57.

– Juan Carlos Torre, “Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo”, en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, n° 112, enero-marzo 1989, pp. 525-548.

Abreviaturas e indicaciones bibliográficas utilizadas (nunca utilizar cursiva): véase (en lugar de cf., cp., ver, etcétera).

ob. cit. y art. cit., para obras ya mencionadas; en caso de existir varias obras de una misma responsabilidad intelectual, se abreviará el título tomando las tres primeras palabras del mismo, seguidas de las abreviaturas adecuadas. Por ejemplo: S. Žižek, *El sublime objeto*, ob. cit., p. 134, para la obra *El sublime objeto de la ideología*, que fue citada con anterioridad.

Idem, para una referencia bibliográfica exactamente igual salvo la indicación de páginas. En ese caso se indicará Idem, p. x.

Ibidem, para referencia coincidente en datos bibliográficos y paginación.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar





Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

